



BENITO



TAIBO



PERSONA NORMAL

*Una grandiosa e increíble aventura
para ser todo... excepto normal*



*Para Maricarmen Mahojo, por su
inmensa, inagotable generosidad.*

*Para Mely y todos los amigos que
han hecho de esta vida,
lo que debería ser siempre,
una extraordinaria aventura.*

¿Cómo podrías ser feliz estando
con alguien que insiste en
tratarte como a un
ser humano normal?

OSCAR WILDE

En los momentos de crisis, sólo la
imaginación es más importante
que el conocimiento.

ALBERT EINSTEIN

TEMPESTAD

Llueve.

La mujer debajo del farol se tapa la cabeza con un periódico mientras cae sobre ella toda el agua del mundo. No está contenta. Mira una y otra vez las luces de los autos que se acercan y aparece en su cara, cuando los faros la iluminan, un pequeño destello de esperanza, para inmediatamente dar paso al mohín de disgusto que ha marcado su rostro los últimos veinte minutos al descubrir que ése que viene no es a quien espera y que pasa de largo.

Está empapada.

El periódico se está deshaciendo entre sus manos y sobre el pelo. Ya van dos veces que los coches pasan tan cerca, sobre el inmenso charco que se ha hecho a sus pies, que la sumergen en un torrente de líquidos oscuros.

Yo estoy mirándola por la ventana, tengo doce años y unas inmensas ganas de bajar a ofrecerle una toalla blanca y limpia de las que están guardadas en el clóset del fondo del pasillo.

El aguacero arrecia. Ella ha optado por soltar el periódico y recibir la lluvia de manera franca y resignada. Tiene trozos de la sección de deportes en los hombros de la gabardina beige que ahora es mucho más oscura, un jugador de fut se le deshace en la manga.

Las coladeras de la ciudad de México siempre están tapadas. Por eso cada lluvia, por pequeña que sea, convierte las calles en ríos, devolviéndole su calidad fluvial a la antigua capital del imperio mexicana.

Me da una enorme tristeza. La han dejado plantada. Los minutos pasan y la lluvia me impide ver las lágrimas que seguramente, también como el agua, inundan sus mejillas.

No viene nadie por ella.

El nivel del torrente ha subido tanto que ya está por encima de sus tobillos. La muchacha intenta mirar sus zapatos hundidos en el agua y una sonrisa resignada, como una mueca, atraviesa su rostro.

Llueve. Y el pavimento ha desaparecido en la corriente.

A lo lejos se ve una antorcha que avanza por el medio de la calle, zigzagueante. El agua no la apaga, es como si por lo contrario, el fuego se avivara, se volviera más poderoso. Ella pone una mano a modo de visera sobre los ojos intentando descifrar el misterio. Ya es una crecida extraordinaria. La mujer se sostiene con los dos brazos de un poste de luz mientras el líquido le llega a las rodillas, haciendo flotar los volantes de su vestido verde con flores estampadas, el pánico comienza a apoderarse de su rostro. Yo debería hablarle a los bomberos, pero la llama al final de la calle me detiene.

Ya está la luz en la bocacalle. Sigue la tea imperturbable, tremendamente ágil abriéndose paso entre las ramas, basura que flota, un puesto de periódicos a la deriva, una bicicleta sin dueño que es arrastrada por la fuerza implacable del diluvio.

Casi llega hasta donde ella se aferra al poste que se ha vuelto asidero a la vida.

Ve entonces una góndola negra y enorme, de madera bruñida, que en el frente lleva un león rampante de bronce que refulge bajo la poderosa exhalación del fuego de la antorcha que corona su proa. Quien la guía, magistralmente, es un hombretón de barba grisácea y camisa de rayas horizontales azules y blancas; lleva un sombrero de paja con una cinta azul al frente y tres estrellas bordadas en plata.

Maniobrando elegantemente se pone junto al poste.

Ella tiene la boca abierta. Yo también.

En el centro de la góndola hay una casetita de madera que tiene ventanas a los lados y visillos de brocado. De allí sale un hombre de turbante color rojo sangre que se incorpora sonriente. Lleva una kurta del mismo color y una espada enorme a la cintura. Al levantarse se nota que es muy alto, musculoso. A pesar de la cortina de agua, noto claramente que tiene la tez bronceada de los nativos de Malasia, una barba de candado y unos ojos que refulgen como el fuego mismo.

Se acerca a la muchacha y le tiende elegantemente una mano. Ella mira hacia todos lados intentando encontrar la salida de esa obra de teatro a la que no ha sido invitada.

La góndola sigue allí, quieta. Como si poderosos imanes la mantuvieran contra el suelo, ese suelo que ya no se ve bajo el agua oscura y amenazante.

La muchacha duda un instante. Tiende su mano al aire, él la toma y con un ágil movimiento la hace abordar, salvándola.

Y pasando un brazo por sobre sus hombros, la introduce a la cabina.

El gondolero comienza a mover su pértiga con fuerza y la nave retoma el centro del canal en que se ha convertido la calle. Parece que va cantando. Estoy a punto de abrir la ventana para oírlo, cuando, desde la cocina, mi tío grita:

—¡Ya casi está la cena! ¿Qué estás haciendo?

Y estoy a punto de contarle el prodigio de lo que acaba de suceder antes mis ojos cuando me contengo.

—Nada. Viendo llover —y levanto la voz sobre el diluvio.

Será que él mismo, mi tío Paco, me ha dicho más de cien veces que los sueños son de quien los sueña, y de nadie más.

DE LO QUE TENÍA Y LO QUE TENGO

Tener doce años es lo mismo que no tener nada.

Todo el mundo te dice lo que tienes que hacer, cómo vestirse y peinarte, cómo comer con cuchillo y tenedor, cómo sonarte los mocos, cómo saludar a las personas mayores.

Las posibilidades de que te escojan, si además eres bajito, en el equipo de fútbol de la escuela, son casi nulas. El mundo de los otros, de los adultos, es extraño y complejo, como una galaxia lejana, difícil, lleno de sobrentendidos y cosas que no se dicen, tal vez porque las han dicho muchas veces. Cada vez que entras a una habitación donde hay más de dos personas mayores de 25 años, dejan de hablar de lo que están hablando, como si alguien tuviera un dispositivo especial escondido en la bolsa del pantalón o la gabardina y lo oprimiera, para que, instantáneamente, todos al mismo tiempo, como en el ballet o un coro de televisión, cambien de tema. Antes no era así; a los seis o siete, podías escuchar las cosas más sorprendentes, como que la esposa de don Arturo era muuuy *hooker* (y lo decían en inglés, confiando en que no entendieras, aunque te quedara claro que era muy zorra porque además se le notaba) o que Pepe había perdido todo en Las Vegas por *asshole* y por prepotente.

Pero a los doce no, claro que no. Como si al momento de cumplirlos, con el pastel de cumpleaños y las velas, viniera incluido el entendimiento de las pasiones humanas, altas y bajas. Y eso, señoras y señores, es completamente falso.

Como si fuera ayer, veo claramente, sobre todo si cierro los ojos, a mis padres, muy acaramelados hablando en la sala, bebiendo de sus copas y platicando como los mejores amigos del mundo, contándose uno al otro lo

que pasó durante el día en voz alta, entre sonoras carcajadas, y me veo a mí mismo, mirando la televisión, sentado en el suelo a sus pies. Viendo lo que fuera, pero intentando captar trozos de conversación que involucraran a amigos y conocidos.

Pero mamá, sobre todo mamá, además de unos ojos enormes y bellos, tenía dos antenas, como de marciano, y gracias a ellas, sabía, siempre de los siempres, cuándo quedarse callada prudentemente. Y había, así, silencios metidos en medio de las palabras que hacían de la conversación algo curioso e incomprensible, como si fuera una de esas obras de teatro modernas donde todo el mundo dice cosas que nadie acaba de entender, pero a las que se aplaude en cuanto cae el telón.

Por lo tanto, yo era como una enciclopedia con huecos en blanco. Como uno de esos exámenes que tienes que hacer para pasar el curso, en los que hay que rellenar los espacios con las palabras correctas. Por ejemplo, recuerdo que «Mariela es bien _____ y cada vez que salía por las noches se _____ con cualquiera. Ahhh, pero eso no es lo peor, ya van dos veces que en el hospital de _____, sí, ése que está en la calle de _____, le han practicado _____. Pobrecita, cuando quiera tener un _____, se las va a ver negras. Porque los años no perdonan».

Y a pesar de la obviedad y de los problemas de Mariela, que cualquiera puede adivinar fácilmente, yo me divertía como enano poniendo lo primero que se me ocurría en los trozos de información prohibida.

Así, hoy puedo decir, que Mariela era (porque ya no es) bien eléctrica y que cada vez que salía por las noches se estrellaba con cualquiera. Sé, también, que dos veces en el hospital de radios, ése que está en la calle de Niño Perdido le han practicado fresas. ¡Pobre Mariela! Cuando quiso tener osos polares blancos, se las vio negras. Todo el mundo lo sabe. Porque los años no perdonan.

Yo nunca conocí a Mariela, pero sé, porque me lo contaron ya de adulto, que murió tontamente, de una tonta apendicitis mal cuidada.

Así que, a los doce, tenía poca información, pero tenía otras muchas cosas; como una bicicleta «banana», con un largo manubrio y llantas más gruesas que las normales. Le ponía un globito entre los rayos de atrás y cada vez que avanzaba, sonaba como si fuera una poderosa motocicleta, o como si

se fuera echando pedos de ametralladora. Yo prefería lo de la moto, pero realmente, sí sonaba a pedos de ametralladora y mi padre se desternillaba de la risa.

Tenía también 943 soldados de plástico; cuatrocientos nazis grises y 543 estadounidenses verdes. En las batallas que organizaba en el pasillo que llevaba hasta mi cuarto, siempre ganaban los gringos. Será que eran más.

Tenía patines de hielo que originalmente eran blancos, porque originalmente eran de la tía Pili y en cuanto llegaron a mis manos fueron pintados de negro, porque los patines blancos eran de niña y yo lo que quería era patinar y no terminar a golpes en medio de la pista acusado de *mariquita*.

Tenía una mochila llena de canicas y estampas de jugadores de futbol y una resortera con la que nunca apunté a nadie y coches de metal, algunos sin una rueda. La llevaba a todos lados, como si fuera a necesitarla en cualquier momento. Su pérdida hubiera sido la pérdida de mi propia identidad.

Tenía tres amigos-amigos y un montón de cuates a los que saludaba de lejecitos y a los que no les contaría cosas íntimas. Tenía un puesto de «suplente» en el equipo de futbol de la escuela y tenía también un termo que siempre iba lleno de agua de sabor y el cual vaciaba en casa, al llegar de partidos o entrenamientos, porque siempre prefería los refrescos con gas que nos daban al terminar. Mi madre estaba orgullosa de que yo no bebiera refrescos y yo estaba orgulloso de mi capacidad de hacerla creer que debía estar orgullosa de mí. Los dos lo sabíamos y nos seguíamos el juego.

Tenía tratos y negocios extrañísimos con Armando, el de la ferretería, que también vendía, además de clavos y tornillos, cigarrillos sueltos y revistas con mujeres desnudas.

Tenía a mi tío Paco, hermano de mi madre, que además de tío, y todo el mundo lo sabía, era la *oveja negra* de la familia. Será que hacía lo que quería, como desaparecer por semanas sin que nadie supiera su paradero, o decir lo que pensaba, como que el presidente de la república era un cabrón, mientras todos lo callaban y le hacían ¡shhhh! en las comidas de los domingos. Y la verdad no sé por qué lo callaban, a las comidas de los domingos no iba nadie que trabajara con el presidente, ni otro cualquiera que pudiera irle con el chisme. El tío Paco era la *debilidad* (así decían todos) de mi madre, su único hermano. Antropólogo, medio poeta, medio subversivo, medio loco

(¡completo!) y medio raro. Y cuando digo medio raro no es que lo diga yo, lo decía la tía Pili, que era fresa-fresa, y ponía a todo volumen canciones de Rocío Durcal y de Raphael, cuando al tío lo que le gustaba eran los Rolling Stones y The Who.

Tenía un reloj de pulsera negro que parecía no funcionar, porque los días se me hacían interminablemente largos y los fines de semana, sorprendentemente cortos.

Tenía, todos los domingos por la noche, una opresión en el pecho que no me dejaba respirar bien y que me impedía dormir. Claro, será que también tenía en la mochila, en la de la escuela, llena de libros, sacapuntas, compases, reglas y cuadernos, esa libreta maldita donde no había hecho la tarea. Conservo, todavía hoy, esa sensación, domingo a domingo, a pesar de que no tenga escuela ni tarea.

Tenía un par de padres divertidos y jóvenes y llenos de sueños y de planes. Pero a mis doce años, cinco meses, tres días y dos horas y cuarto, aproximadamente, me quedé sin ellos.

Se estrellaron volviendo de una comida en la carretera de Cuernavaca contra un camión que transportaba cemento. Así que, me quedé solo.

Bueno, no del todo. El tío Paco se vino a vivir a la casa y a cuidarme. No sé por qué él.

Ésta es la historia, la historia de mi vida extraordinaria con Paco.

Agradezco cada uno de esos momentos vividos, desde el fondo de mi alma.

DE CÓMO SOBREVIVIR EN UNA ISLA DESIERTA

—¡Viernes! ¡Ya son las siete y cuarto, no vas a llegar a la escuela!

Amodorrado, arrastrando los pies, quitándome las lagañas de los ojos, veo a mi tío trasegando con sartenes y cubiertos en la cocina. Estoy enojado, muy enojado.

—No me llamo Viernes, tío Paco. Me llamo Sebastián.

—Nop. Hoy te llamas Viernes. Y yo me llamo Robinson. Pero me puedes decir «jefe».

—¡Estás loco! ¡Jamaaaaás te voy a decir «jefe»! ¿De qué hablas? ¡Además hoy es sábado y los sábados no hay escuela, carajo!

—Bonita palabra. Ya hablaremos luego de lo que significa. ¿Porque no lo sabes, verdad? —y lo miré desde mis doce años, apretando firmemente los labios por única respuesta.

—Tranquilo, siéntate allí —y señaló una banca de madera en el barra que separa la cocina del pasillo.

Lo hago a regañadientes. Nunca había dicho carajo en voz alta, no mientras mis padres vivían. Ha puesto frente a mí un plato que tiene dos huevos estrellados, pero en vez de clara, las yemas están perfectamente puestas en los huecos de sendas rebanadas de piña en almíbar.

—¿Qué es esto?

—Mis famosísimos «huevos tropicales». ¿No es notorio?

—Y, ¿por qué vamos a comer tus fa-mo-sí-si-mos huevos tropicales?

—Aaaay, Viernes. Porque eso es lo que se come en las islas desiertas. Lo que hay, pues.

Hice acopio de toda la paciencia que puede tener un niño de doce años y en vez de pegar dos o tres gritos, insultarlo o irme a mi cuarto a dar un portazo sonoro y contundente, probé, a regañadientes, los huevos tropicales.

Y puedo decir que estaban buenísimos. El pan tal vez demasiado tostado, pero el tío insistió en que en las islas desiertas «así es el pan tostado», con lo cual te dejaba muy pocos argumentos para rebatirle. También había jugo de guayaba mezclado con ginger ale y hielo y mermelada roja.

—¿Mantequilla? —pregunté, empezando a divertirme con el juego.

—En esta isla desierta no hay vacas —respondió sin dudar.

—¿De dónde salió el ginger ale? —dije socarronamente.

—Del refri —dijo, restándole importancia—. Además, ¿qué tiene que ver la leche con el ginger ale? Ésa fue una pregunta totalmente fuera de lugar.

De acuerdo, le voy a seguir el juego.

Estamos en una isla desierta donde no hay vacas, pero sí refrigeradores y huevos con piña y mermelada roja y ginger ale. Él se llama Robinson y no le diré jefe aunque me haga manita de puerco, y yo soy Viernes, ni modo, sólo un rato. Me llamo Sebastián. Una sola cosa me seguía dando vueltas en la cabeza mientras miraba el reloj de la cocina que marcaba poco más de las 7.20 de la mañana.

—¿En esta isla desierta, hoy es sábado? —pregunté mordiendo un trozo de pan con mermelada y huevos con piña.

—Claro, es sábado como en el resto del mundo —dudó un instante—. Bueno, no. En algunos lugares ya es domingo y en otros viernes al filo de la medianoche. Depende de los husos horarios. No sé exactamente qué hora es en Mindanao. ¿Quieres saber la hora exacta de Mindanao? Porque puedo averiguarlo.

—No. No quiero. Hoy, aquí es sábado. Por lo tanto, no hay escuela, como en el resto del país con este mismo huso horario —afirmé sabihondo.

—Eso no es del todo cierto, Viernes —dijo él mientras bebía a grandes y sonoros sorbos de su vaso.

—¿O sea?

—O sea, que hoy vas a aprender aunque no haya escuela. ¿Quieres leche?

—Ohhh, ¿no que no había vacas?

Y, capturado en falta, por un instante lo hice trastabillar en su

interpretación, salir del ensueño. Pero hábil como pocos, volvió a su papel casi sin transición.

—Es leche en polvo. ¿Quieres o no quieres leche? ¡Carajo, Viernes!

Y yo estallé en carcajadas, cayéndome del banco y descubriendo que sí, sí había escuela y seguramente muchas cosas por aprender.

—¡Dijiste carajo! Ésa es una mala palabra —le espeté en medio de un ataque de risa que me impedía casi hablar.

El tío, muy serio, salió de la cocina y se fue a su habitación, escaleras arriba, para volver, minutos después con un birrete polvoriento sobre la cabeza, de ésos que usan los alumnos cuando se gradúan en las preparatorias gringas y que me he cansado de ver en la televisión. Traía dos tomos de enciclopedia, gordos y grandes entre las manos. Temí lo peor. Yo esperaba que me recetara los significados de la palabra y su origen latino, pero no. Los plantó en el suelo y se puso de pie sobre ellos. Ya no era Robinson. Empezó a hablar como maestro, engolando la voz.

—No, no es una mala palabra. Es sólo una palabra. Las palabras, *bachiller*, están acompañadas por la intención que se les quiera dar. ¡Ejemplo! Diga usted ahora mismo (y me señalaba con el índice de la mano derecha) cualquier palabra, la que desee, vamos, ¡sin miedo!...

Lo dudé. Tampoco es que yo fuera un diccionario... ¡tan sólo tenía doce años!

—¡Escorbuto! —grité. Me pareció lo suficientemente exótica y acababa de escucharla en la clase de historia. Es una enfermedad que le daba a los marineros por no comer vegetales y frutas frescas durante las largas travesías y que hacía que se les cayeran los dientes.

Contra lo que me esperaba, el tío no murió de la risa, por el contrario, se puso muy serio, me miró fijamente a los ojos y dijo:

—¡Estoy hasta el escorbuto! ¿Qué me mira, pedazo de escorbuto? ¡Va usted a seguir haciendo escorbutadas! —bajó del pódium enciclopédico y vino a sentarse a mi lado. Yo estaba un poco asustado por el tono que había empleado, brusco y violento, jamás lo había visto así.

—¿Ehhhh?

—Sí, sí. ¿Cuánto escorbuto más tendré que aguantar?

—Pues... ninguno. Escorbuto no es una mala palabra, es una enfermedad

—le aclaré, usando el tono de voz más suave que pude, pensé que tal vez no me había comprendido.

—¡Ahhh! Usted está entendiendo perfectamente la lección del día de hoy. Las palabras, dependiendo del tono y la intención, cobran significados distintos. Si se dicen con mala fe, intentando herir, incluso las palabras aparentemente más sencillas pueden volverse horribles. Pero en el fondo, no son más que palabras.

—Pero hay algunas que cuando se dicen, todo el mundo se escandaliza.

—Porque no saben lo que significa. La gente le tiene muchísimo más miedo a las palabras que a los cañones. Las palabras han hecho revoluciones, puentes, caminos. Han logrado que la gente se enamore o se odie para siempre. Hay palabras grandes como *monocotiledónea* o *gastroenterólogo* y pequeñas pero poderosas como *paz*. Importantes como *justicia*, imprescindibles como *vida*, valiosas como *sueño*, muy poco significativas como *dinero*... Lo importante es cómo se usan y qué se quiere decir cuando se usan.

—¿Ejemplo? Necesito un ejemplo —insistí.

—Va. «Maestro, es usted un imbécil». Si lo dices en medio del salón de clases, ¿qué crees que pasaría?

—Que no me dejarían volver a entrar a la escuela en la vida —contesté riéndome e imaginándome la escena.

—Cierto. Por eso hay que evitarlo. Aunque lo pienses. Imbécil es una palabra suave que puede ser muy fuerte. No necesariamente hay que gritarla.

—Pero puede sonar terrible.

—Ese es el ejemplo. Cuando algo suena terrible es porque se está diciendo con la intención de que suene terrible. Por eso hay que pensar antes de decir y nunca dejar de decir lo que se piensa. Pero elegantemente: «Maestro, no coincido con su apreciación acerca de los posibles errores cometidos por Napoleón en Waterloo». Sí lo dices así, los demás van a escuchar, incluso si el maestro es un imbécil. ¿Entiendes la idea?

—Entiendo, Robinson, entiendo. Considero que usted cometió una imprudencia al despertarme en sábado. Y sin embargo, creo que esta escuela me gusta más que la otra.

—¡Bien! Se acabaron las clases. ¿Vamos al cine?

DE LAS DIFICULTADES DEL AMOR

El amor es una cosa incomprensible.

Había aprendido hacía muy poco la palabra *incomprensible* y me deleitaba, machaconamente dentro de mi cabeza, con su sonido y su musicalidad, in-com-pren-si-ble.

Mucho más fácil que decir que no se comprende, que no se entiende, que no hay forma de agarrarlo en un puño, al igual que no se puede agarrar un virus, una célula, una mota de polvo.

La frase «el amor es una cosa incomprensible» la había anotado, con letra minúscula, en el cuaderno de historia de México, entre Virreinato e Independencia, mientras odiaba y amaba al mismo tiempo, con todas mis fuerzas, a Roxana, que a pesar de estar a sólo tres pupitres de distancia, era por el momento inalcanzable.

Todos mis esfuerzos eran vanos. Mientras yo contaba con pelos y señales la caída de la gran Tenochtitlan en 1521, haciendo gala de toda mi teatralidad, logrando que bufaran los caballos españoles y profiriendo todos los inventados gritos de guerra de los mexicas que se me ocurrieron frente a la clase, ella miraba displicente hacia otro lado. Como si no existiera, tratándome como se trata a un virus, a una célula, a una mota de polvo.

Tuve incluso mejores y más arriesgadas ideas; subir a un árbol a bajar a un gatito, que se supone te convierte en un héroe y provoca que la gente te mire con otros ojos. Cierto, pero sólo te miran con otros ojos las viejitas y las que no son tan guapas como Roxana, que en vez de admirar azorada mi hazaña, platicaba como si nada con dos amigas en la puerta del colegio. Hice pues, acrobacias bicicleteras mortales, usé sombrero una semana entera, logré, frente al pizarrón, resolver seis quebrados difícilísimos en minutos. Y

al otro lado, un muro.

Yo era invisible.

Tal vez Roxana fuera diferente de las demás. Y la diferencia estribaba en que ella tenía «chichis» y las demás todavía no. Paseaba con sus pechos puntiagudos y recién estrenados por el patio ante los sordos murmullos que iban derramándose a su paso. Si a eso le aumentamos los ojos verdes, los cabellos castaños y rizados, los dientes blancos y dos piernas que con todo y horribles calcetas eran perfectas de perfección, resultaba que Roxana no era una discípula, más bien era una fantasía.

Me estaba empezando a volver loco. Lo único que impedía la catástrofe era el hecho de que tampoco le hacía el más mínimo caso al resto de los posibles competidores, que lucían yesos en brazos y piernas como inminentes testimonios de su fracaso en la hazaña de que Roxana los tomara en cuenta.

Así pues, mientras rumiaba mi fracaso frente a un plato de arroz con pollo y chile poblano, y jugueteaba entre los vericuetos de los granos con el tenedor, poniendo, como las circunstancias lo ameritaban, la cara de amante despechado y triste como los que salen en las películas, apareció por la puerta de la cocina mi tío Paco, con un habano entre los dientes y un clavel rojísimo sobre la oreja derecha.

—¿Qué te pasa, chaval, por qué esa cara de entierro? —diciéndolo todo con un marcado acento madrileño sacado de no sé dónde.

—No estoy para bromas. No tengo hambre.

—Si estuviera aquí tu madre, te diría que pensaras en los pobres niños de algún sitio que no tienen qué llevarse a la boca. Pero como no está tu madre y el arroz está buenísimo, pues es una receta de mi amiga Maricarmen, ¡quita pa'lla!

Y se sentó a mi lado, puso el puro al filo de la mesa y en tres patadas se comió mi porción haciendo sonoros gestos de agrado. Yo seguía con la cabeza gacha, oyéndolo masticar y deglutir.

Al terminar y notando claramente que no surtía efecto alguno sobre mí su pantagruélica escena, se levantó, machacó contra un cenicero el puro y me dijo:

—Bien, como la comedia española no te gusta, o no estás de ánimo para ella. Pasaremos entonces a la tragedia griega.

Tomó el plato de la mesa y lo estrelló contra el suelo gritando: «¡Opa!».

Yo pegué un respingo e inevitablemente sonreí. Como por fuerza deben sonreír los niños cuando los adultos se salen del guión establecido y se vuelven mejores personas. Acto seguido, se sentó junto a mí poniendo cara de circunstancia.

—Ahora sí. Escupe tu ira y tu rabia y cuéntale a este pobre viejo poeta y además ciego, lo que te aflige, joven héroe...

Y casi sin respirar, como un borbotón de agua sulfurosa, fui desgranando los agravios y los sinsabores de la pasión sin recompensa. Conté paso a paso los fútiles intentos por llevar hasta mis brazos a ésa que atormentaba mis días y hacía tan interminablemente largas las noches con su ausencia. Me miraba sorprendido. Absolutamente sorprendido de que un niño de doce años pudiera sentir tantas cosas dentro de su pecho. Se quitó el clavel de la oreja y lo apartó disimuladamente con la mano por sobre la mesa, consciente de que el momento era serio

—Mi diagnóstico, joven héroe, es muy simple. Tienes una daga clavada en el corazón. Eso que sientes se llama amor y no tiene remedio.

Y yo, sorbiendo los mocos provocados por un llanto quedo y amargo pregunté:

—¿Cómo se quita, tío? ¿Cómo hace uno para que no duela como duele?

Me abrazó, fuerte, largamente. Como si él o yo, o los dos juntos, volviéramos de un largo viaje por los confines de territorios ignotos, inexplorados, tristes, salvajes.

—La tragedia griega no sirve para esto. Vamos a recurrir a métodos más directos y eficaces.

Lo miré expectante, confiando en que sacara de la bolsa del ridículo mandil azul que portaba una pócima de amor o un unguento mágico para las heridas del corazón.

—¿Tienes su teléfono?

Asentí gravemente, lo tenía pero nunca le había hablado. No me atrevería jamás de los jamases.

El tío se levantó de la mesa, fue por lápiz y papel y se puso a escribir frenéticamente, hasta casi llenar la hoja con sus garabatos. Me la tendió.

—Llámalas. Dile quién eres y sin esperar que ella hable, lee esto, de

corrido pero sin prisa, haz pausas, léelo como si estuvieras pasando el examen de la barra de abogados de Nueva York. Con aplomo y temple, pero también con el corazón, que es como se debe leer la poesía. ¿Está claro?

Asentí.

Roxana contestó al segundo timbrazo, menos mal que no tuve que pedirle a su mamá que me la pasara.

—Ro, soy Sebastián. No digas nada, escúchame.

Y ella me escuchó sin decir nada durante casi siete minutos. Yo leía la hoja de papel y mi tío me miraba con una chispa de la mejor de las locuras brillándole en las pupilas.

Al terminar, un breve silencio. Yo me estaba meando, del susto, de los nervios, del exceso de agua de Jamaica. Por fin, Roxana habló:

—Nunca me habían dicho cosas tan bonitas. Eres encantador, Sebastián. Gracias. Te mando un beso.

Y colgó.

Salté sobre la mesa, sobre los sillones, grité como apache, rompí un florero. El tío había encendido un puro todavía más grande. Recuperó el clavel y volvió a montárselo con gracia sobre la oreja. Lo abracé nuevamente, con todas mis fuerzas. Le hablé al oído.

—Eres un genio. Te amo. ¿Qué le leí?

Misteriosamente, atusándose el bigote dijo:

—*Cyrano de Bergerac*. La poesía sirve para que las almas extraviadas se encuentren. También yo te amo, muchacho.

DE LAS MARCAS QUE DEJA LA VIDA EN LA PIEL

—¿Y esa cicatriz?

—La batalla de las Termópilas, una flecha persa. Una de las miles que oscurecían el cielo. Nosotros, espartanos, luchábamos como demonios a la sombra.

—¡Yaaaa, tío! Dime la verdad —dije mientras pasaba el índice por esa especie de protuberancia blanquecina que sobresalía de su hombro izquierdo.

—La verdad siempre es mucho menos heroica que los sueños. ¿Para qué quieres la verdad? Resulta poco atractiva, hasta ramplona, gris, no tiene lustre.

—Da igual, quiero saber... —insistí, mientras él se subía la camiseta para ocultar la vieja herida.

—De acuerdo. Fue un garrotazo de la policía de Alabama. Por defender el derecho de Rosa Parks a sentarse en los asientos reservados a los blancos en los autobuses. Primero de diciembre de 1955.

—¡Eso es falso! —grité, mientras rápidamente hacía cuentas con los dedos de las manos. ¡Tenías quince años!

—¿Y qué, a los quince años no se puede defender lo que consideras justo? La cicatriz fue hecha por una bayoneta en 1871, cuando todavía no nacía, mientras defendíamos a la Comuna de París. Fue la Semana Sangrienta en que nos derrotaron a los justos.

Sí, sí se puede. Se puede ser justo, heroico, honorable desde que uno tiene uso de razón. Incluso antes. Pero, de todas maneras yo no estaba convencido, la verdad es como una especie de droga. Te dan un poco y quieres más y más

y más. Y yo quería saber de dónde venía la cicatriz, la verdad verdadera, nada de ensoñaciones sacadas de la literatura o de pasajes históricos donde, por más que quisiera, mi tío nunca había estado. Volví al ataque.

—Si tú me dices la verdad, yo te digo de qué es esta cicatriz —propuse mientras me bajaba un poco el pantalón, por arriba de la ingle.

—Malas noticias. Te conozco desde que naciste y ésa es de una apendicitis de hace cuatro años. ¿Otra?

Lo pensé. Tenía una nueva, en la rodilla izquierda, producto de mi primer intento de hacer *loop* con la patineta de Mauricio. Ésa no la conocía. Se la mostré, arremangándome el pantalón.

—¿Qué dices de ésta?

—Mejor. Pero, a ver, cuenta tú primero.

Y cuando estaba a punto de desgranar una historia bastante corriente acerca de una caída sobre el cemento del patio de la escuela, decidí jugar con su misma baraja, el mismo juego.

—Mordida de pterodáctilo. No se me infectó de milagro. Me agarró en el aire mientras saltaba de la Cascada de Plata. Fue huyendo de una tribu de antropófagos.

Y me quedé muy campante esperando su respuesta. Tardó segundos interminables en llegar.

—¿Los antropófagos echaban verduras en la olla donde cocinaban gente?

—¿Ehhh? ¡Sí!, zanahorias y coles y margaritas y otra planta que no conozco. Y sal y pimienta.

—Así que esos personajes eran omnívoros, ¿no?

Recordada vagamente el término. Por fuerza lo tuve que haber visto en alguna clase de biología. Pero en ese instante, una niebla blanquecina tapaba la puerta del lugar donde debía tenerlo dentro de la cabeza.

—¡Omnívoros de toda la vida! Y, ¡cabrones, muy cabrones!

Entre el tío y yo ya no estaba vedado el uso de las «malas» palabras cuando eran aplicadas con corrección y estilo. Este era uno de esos momentos.

Sonrió.

—Va. Me convenciste. Cuando tus padres comenzaron a salir, más o menos seriamente, yo no estaba seguro que tu papá fuera lo mejor para mí

hermana menor. Es más, lo consideraba demasiado apegado a los bienes materiales, al dinero. Nosotros, por el contrario, venimos de una familia donde no es tan importante, sólo sirve para comprar cosas. No significa nada —hizo una pausa.

—¿Y? —lo apremié.

—Y tu mamá creía que había encontrado al amor de su vida. Lo cual a la larga fue cierto. El amor funciona de maneras curiosas e insospechadas. Y tu papá resultó mejor persona de lo que parecía.

—¿La cicatriz? ¿De dónde salió la cicatriz? —grité.

—Una noche los descubrí besándose, a oscuras, que es como se besan los enamorados, en el sillón de la sala de la casa de mis padres. Yo estaba un poco alterado y le grité tres tonterías a tu progenitora. Ella, con el mejor estilo de pitcher de ligas mayores, me tiró un florero. De allí viene la cicatriz. Pero déjame decirte que las cicatrices son muy importantes, hay que lucirlas con orgullo, porque cada una, pequeña o grande, cuenta una historia, tan pequeña o grande como quieras.

Era eso. Un vulgar florero. Recogí mis cuadernos de la mesa y muy digno me encaminé hacia la habitación.

—Mejor sigue diciendo lo de la batalla de las Termópilas. Es más lucidor —y cerré la puerta de golpe pensando en los floreros que me tirarían y en todas las cicatrices que tendría que acumular a lo largo de la vida.

DE LA AVENTURA DE LO COTIDIANO

Inmerso estaba en una de las clases de matemáticas más tediosas y aburridas que haya tenido en mi corta vida, despejando incógnitas. Pensaba que si son incógnitas, como su nombre lo indica, no habría que despejarlas, ni hacerles nada, más bien dejarlas en paz y que pudieran seguir tranquilamente con su vida sin ser notadas o descubiertas por nadie.

A la segunda incógnita, más bien, a la mitad de la primera, yo ya no estaba allí, miraba esa grieta en el techo que se parecía terriblemente a un halcón maltés de perfil, o escapándome segundos después en un globo aerostático por la ventana para ir a pasar los dos mejores años de vacaciones de mi vida, o viendo de lejecitos y lo más disimuladamente posible cómo el sol da en los rizos de Roxana y las motas de polvo que vuelan a su alrededor sin tocarla, sabedoras que a la belleza, como a las incógnitas, no hay que molestarlas.

Tocan a la puerta de la clase, miss Anita (que no es «miss» porque creo que hasta nietos tiene) va hasta ella, habla con alguien en susurros y vuelve, contrariada hasta el centro de sus dominios para decir en voz alta:

—Sebastián. Te esperan en la dirección.

Me levanto, mientras en mi cabeza surgen como chispas incontrolables los cientos de motivos probables por los que he sido llamado a rendir cuentas. En fracciones de segundo descubro que no hay nada en mi prontuario que merezca la súbita comparecencia. Voy hacia la puerta cuando la «miss abuela» me toca el hombro con dos dedos, no con la mano. Creo que a esta mujer le dan asco los niños, por más esfuerzos que hace para que no se le

note. Debió haber estudiado veterinaria.

—Con tus cosas —dice, mientras señala mi mochila despatarrada a un lado de la silla.

Vuelvo por mochila, suéter, cuaderno, lápices. Roxana me mira como si fuera a la cárcel. Me siento como Edmundo Dantés, el conde de Montecristo, listo para ser encerrado en la más oscura de las mazmorras del Castillo de If.

Camino por los pasillos, lentamente. Repensando y repasando las acciones de los últimos días que pudieran ser motivo de la llamada. ¡Y nada de nada!

Llego hasta la puerta cerrada que dice «Dirección», sin acento. Bonita escuela a la que me metieron. Doy un par de tímidos toquitos y escucho la voz del maestro Tomás, que con voz de fumador crónico dice: «Adelante».

Mi tío Paco está sentado en la silla del otro lado del infranqueable escritorio del maestro Tomás, con una sonrisa de oreja a oreja. Su presencia en plena mañana podría augurar una catástrofe. Pero no es posible. No sonreiría y la mayor catástrofe de mi vida ya había sucedido, ocho meses antes, cuando mis padres se mataron en el accidente. Así que...

—Sebastián, vino tu tío Paco por ti —anuncia el maestro Tomás en el colmo de la obviedad—. Yo no sabía que tenían que ir al juzgado para lo de la herencia —y cuando dice eso, un fulgor aparece en su ojo derecho. Todo lo que tenga que ver con dinero, para el maestro Tomás es importantísimo.

No hay juzgado ni herencia. Todo está en manos del tío Paco (la casa, un terreno, unas acciones, el coche destruido, pérdida total que todavía no paga el seguro) y al estar en sus manos, sé que está en buenas manos.

Así que, ¡peligro, peligro!, como dice el robot de *Perdidos en el espacio*. El tío Paco tiene una idea...

El tío y el maestro se dan un apretón de manos y salimos de allí. No digo nada. Paco, como le digo a veces, sigue sonriendo enigmáticamente. No es hasta que franqueamos la puerta de la calle el momento en que le inquiero:

—¿Cuál herencia? Estábamos en clase de *mate*, despejando incógnitas — y lo digo con voz de humillado y ofendido.

—¡Qué suerte! —dice él, mientras me quita la mochila y se la pone al hombro.

Me río para mis adentros y también, delatoramente, para mis afueras.

Acaba de salvarme y yo le reclamo como novia dejada en el altar.

—¿A dónde vamos?

—Para que veas que no es tan grave. Te estoy llevando a un sitio especial en donde despejaremos una incógnita.

Suena apetecible. Una aventura en pleno día de clases, saltándose matemáticas, dejando a todos los alumnos pensando que voy al infierno, cuando seguramente voy a un paraíso y, sobre todo, dejando al maestro Tomás pensando en qué parte de la herencia, con nuevos cursos, puede sustraernos sin ser demasiado obvio.

Caminamos como seis o siete calles, deteniéndonos solamente para avituallarnos (me encanta la palabra) con sendas paletas de jamaica.

Llegamos hasta una casa enorme de dos pisos, un poco lúgubre, con un jardín delantero que sólo tiene tierra y un árbol seco en el centro. Rejas negras. Enredaderas grises de polvo. Me detengo ante las rejas un poco sobrecogido.

—¿Qué es esto?

—Te dije que íbamos a despejar una incógnita. ¿Sabes cómo se mata a los vampiros?

Abrí los ojos más de lo normal. Había perdido al tío. Se había vuelto loco.

—¡Los vampiros no existen! —afirmé, dando un paso hacia atrás.

El tío se mesó la barbilla, sonriendo una vez más.

—Quedan pocos, es cierto. ¿Sabes cómo se matan?

Era una de sus grandes, elaboradas, complejas puestas en escena. Ya estábamos aquí. No tenía nada que perder y estaba lejos de la escuela, en territorio libre para la imaginación y para los sueños.

—¿Estaca en el corazón? —pregunté con tono entre enigmático y docto.

—Sí. Estás en lo cierto. Hoy vamos a matar al único vampiro que queda en la ciudad de México. ¿Estás listo?

Asentí gravemente. El tío abrió las rejas de la casa y fue directo a un costado del jardín donde había una bolsa. La trajo y sacó de ella una estaca de madera, un martillo y dos ajos.

Me puso un ajo en la mano.

—¿No se necesita agua bendita? —yo ya estaba instalado en mi papel.

—Somos ateos, muchacho de porra. Agarra el ajo y no lo sueltes pase lo

que pase.

Empujó la puerta de la casa, que crujió como crujen las puertas de los castillos de los vampiros en las películas. La casa estaba vacía. Sucia. Las ratas paseaban tan campantes por la sala. Sentí un escalofrío.

—¡Ya! El vampiro ha muerto y somos unos héroes. ¿Nos podemos ir? — pregunté, asustado.

—El vampiro está arriba, en su ataúd. ¿Tienes *mieditis aguditis*?

Todo comenzó a oler a ajo. Lo estaba apretando en mi mano derecha tan fuertemente que empezaba a soltar sus penetrantes fluidos. Esencialmente me estaba cagando del susto. Pero por nada del mundo lo hubiera soltado en ese momento.

—¡Claro que no tengo miedo! ¿Dónde está el pinche vampiro ése?

—Yo no lo insultaría. Los vampiros son un poco delicados en ese aspecto.

—¿O sea que pueden chuparse a las personas, pero se ofenden si les dices pinche?

—Sí. Se ofenden mucho. Menos mal que duermen de día. ¿Lo matamos?

Y comenzamos a subir la escalera de madera, cuyos peldaños crujían, uno a uno, como si se hubieran puesto de acuerdo.

Arriba había tres habitaciones, sólo una tenía puerta y estaba cerrada. Obviamente el vampiro dormía allí durante el día. Yo estaba temblando.

El tío Paco tenía la estaca y el martillo en una mano, el ajo en la bolsa trasera del pantalón. Con la mano libre movió el pomo de la puerta. Ésta crujió. Por supuesto que crujió.

En medio de la habitación, sobre una cama con dosel y gasas negras, había un hombre acostado, con los brazos en cruz sobre el pecho. Llevaba esmoquin. Tenía la cara tan blanca como la propia muerte. Salían de su boca dos colmillos enormes. Respiraba plácidamente. No me meé de pura casualidad. Todo sucedió muy rápido.

Yo estaba petrificado junto a la puerta. El tío Paco se acercó hasta el vampiro, abrió las cortinas de gasa y le puso la estaca sobre el pecho. Volteó a mirarme, como pidiendo mi aprobación, mi complicidad. No sé cómo, pero bajé la cabeza y cerré los ojos. Se oyó un golpe y luego un grito horrible y penetrante.

Salí corriendo y me senté en el pasillo. Me eché a llorar. ¡Por mi culpa había muerto el último de los vampiros mexicanos! Lloraba desconsoladamente.

El tío Paco se sentó a mi lado, en el suelo. Me abrazó.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? Hemos librado a nuestro país de esa amenaza. ¿No te da gusto?

—¡Nooo! —grité mientras moqueaba sin parar—. No se vale matar a nadie, aunque sea vampiro.

Hubo un breve silencio. El tío me abrazó fuerte. Me dijo quedamente, en un susurro:

—Tienes toda la razón del mundo. Eres una buena persona. No sabes cuánto gusto me da que pienses así —se levantó, volvió a la habitación y regresó segundos después con el vampiro, que venía sonriendo junto a él, con los colmillos falsos bailándole, como canicas, en una mano.

—Él es Miguel. Es mesero de un restaurante chino buenísimo. Y vampiro de medio tiempo. Bueno, realmente quiere ser actor. No queríamos asustarte. Sólo queríamos matar al vampiro. Pero ya vi que no vale la pena matar vampiros. Sobre todo cuando quedan tan pocos.

Nos carcajamos los tres. Mi suéter estaba empapado en lágrimas y mocos.

Hoy, de lejos, en perspectiva, puedo decir que fue una de las experiencias más aterradoras de mi vida, pero también, de las más divertidas.

En el restaurante chino me serví cuatro veces costillitas agridulces. Miguel era mejor mesero que vampiro. Su esmoquin estaba luido en la zona de las nalgas.

CUMPLEAÑOS NÚMERO 13

Voy a cumplir trece años. Una semana antes de que suceda, el tío Paco pregunta a cada rato la manera en que quiero celebrarlo. Aparece junto a mi cama, en la mesita de noche, todas las mañanas, una notita escrita que va diciendo: «¡Faltan siete días!», «¡Faltan seis días!», «¡Faltan cinco días!». Parece que anunciaran el despegue de una espectacular misión espacial hacia la Luna o el lanzamiento de un nuevo refresco que todo el país está esperando. Creo que el tío está intentando hacerme feliz, me queda claro; pero, sobre todo, intenta que se me quite la pesadumbre ésa, amarga y dolorosa que no acaba de abandonarme desde que mis padres murieron.

Los niños son (¿somos?) crueles. En pleno partido de futbol en la escuela y ante una entrada que, confieso, hice con demasiada fuerza sobre el tobillo de un rival, sin mala fe, sólo llevado por la emoción del encuentro, el compañero, tirado en el suelo, exagerando un poco sus muecas de dolor, me miró directamente a los ojos, mientras yo le extendía una mano para que se levantara y me gritó: «¡Huérfano!».

Me quedé inmóvil, pensando con cuál insulto doblemente poderoso y contundente responderle. Pero me quedé callado. No era un insulto en regla, más bien, describía mi actual condición. Era como llamar ciego a un ciego, cojo a un cojo o sordo a un sordo, aunque este último no pudiera oírlo. Pero me dolió. No por la palabra, más bien por su irreversibilidad. Puedes dejar de ser ciego si te operan la vista; usar muletas o una prótesis para caminar, en caso de que te falte una pierna; tener un aparato de ésos de pequeñísimas pilas para escuchar. Pero la muerte no tiene marcha atrás. Es cierto que alguien puede adoptarte y volver así a tener padres. Pero padres adoptivos. No me parece que sea igual.

Tengo un amigo adoptado que se llama Wolfgang, como Mozart. Es moreno moreno y lo llamamos *Wolf*, lobo en inglés. A él le gusta, se siente como comando de misiones especiales o jefe de una tribu apache. Cada vez que alguien le dice su nombre completo lo corrige inmediatamente: «*Wolf*, me llamo *Wolf*». El caso es que *Wolf* sostiene que es exactamente lo mismo ser adoptado o no. Incluso, que muchos adoptados son más queridos porque fueron elegidos, mientras los que salen del vientre materno son queridos simplemente por ese motivo. «Piénsalo —me dice—. Mi mamá siempre cuenta que el día que nos encontramos por primera vez, nos quedamos viendo fijamente a los ojos y los dos, al mismo tiempo, dijimos, sin decirlo, “¡Somos el uno para el otro!”. En cambio, los hijos que nacen de padres “naturales”, aunque no sean el uno para el otro, se jodieron y tienen que aguantarse para siempre, quieran o no quieran al otro».

No le falta razón. Conozco a más de uno que le tocaron en suerte unos padres malísimos de malolandia; de esos que no están nunca o que lo dejan encargado con cualquiera, y generalmente «cualquiera» no tiene ni idea de cuáles son los sueños, las necesidades y los deseos de los niños. A mí me tocó el premio mayor en la rifa: el tío Paco. Ése que pone en la mesita el recordatorio de los días que faltan para que cumpla trece, como si fuera un suceso que mereciera salir en la televisión, en el noticiero de las diez, como noticia exclusiva.

Si fuera judío me haría un Bar Mitzvá, dice el tío Paco. Sólo que no es el día exacto del cumpleaños, sino un día después. Es cuando los niños judíos dejan de ser niños y se convierten en adultos. A los trece años y un día, exactamente. Debe ser un número muy importante, porque también a los trece, los niños masai, esa tribu de guerreros africanos altos, fuertes y valientes, salen a dar su «largo viaje». Pasan una semana solos en la selva o el desierto, no me queda muy claro, sin comida ni agua, sólo con una lanza, y tienen que sobrevivir. Cuando regresan a la aldea, ya son adultos. Me parece que pasa lo mismo con algunos muchachos de Australia, los aborígenes de allí. Leí que la palabra *aborigen* viene del latín y significa «desde el origen», o sea, que estaban allí, en su mundo, antes de que llegaran los colonizadores europeos y les hicieran la vida de cuadritos. Entre algunas tribus originarias de Norteamérica, que no «indios», porque esos son de la India, al llegar a la

adulthood, su cabeza es coronada por una pluma de halcón.

El caso es que voy a cumplir trece años y, por lo visto, se necesita algún ritual que marque claramente que dejaré de ser niño para convertirme en adulto. Pero no soy judío, ni masai, ni aborígen australiano, así que no tengo ni idea qué va a pasar, o qué se le ocurrirá el tío Paco. Porque si algo tiene el tío Paco, son ideas. Algunas divertidísimas y otras, incluso, un poco peligrosas.

Dentro de mí hay una especie de confusión confusa. Voy a ser adulto, pero la verdad, me siguen encantando algunas cosas que parecería que son de niño: las canicas de colores, los álbumes de estampas, las paletas heladas, las caricaturas en la televisión. Y algunas que son de adulto, como Roxana, la baraja española, los noticieros y, sobre todo, los libros. En mi escuela casi nadie lee. Bueno, miento. Leen los libros de la escuela. Los de historia de México, geografía, inglés y ¡puajjj!, matemáticas... Y yo, en cambio, y gracias al tío Paco, he leído, sobre todo desde que murieron mis padres, ya veinte libros.

Los mejores: *Sandokán y los tigres de la Malasia* y *El corsario negro*, de Salgari; *La vuelta al mundo en ochenta días* y *De la Tierra a la Luna*, de Julio Verne; *El conde de Montecristo* y *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas. Ahora mismo estoy leyendo *El diario de Ana Frank*, que obviamente es de Ana Frank. Trata sobre una niña judía que cuenta cómo ella y otras siete personas se ocultan en la Ámsterdam de los nazis. No tengo que decir quiénes eran los nazis y las barbaridades que hicieron, porque todo el mundo lo sabe, o debería saberlo. Es tristísimo y, al mismo tiempo, como que te da valor, fuerza, esperanza. Curiosamente, el diario que le regalaron para que escribiera, se lo dieron a los ¡trece años! ¿No son demasiadas casualidades?

No es lo mismo que leer los libros de la escuela. Y, sin embargo, aprendes, de otra manera pero aprendes. Es más divertido. Soy de los pocos en mi salón que saben dónde está Malasia, si no es que el único. El tío Paco dice siempre que esos libros, lo que hacen en ti es crear una «educación sentimental». No sirven para hacerte profesionalista o ingeniero o médico. Sirven para hacerte mejor persona. Para que seas lo que quieras ser, pero humano. Y humano es el que piensa por sí mismo, el que se enoja ante las injusticias, el que celebra que se salve el niño en la inundación, el que cree

firmemente en lo que cree, el que tiene sueños, el que puede enamorarse perdidamente, a pesar de no tener ni siquiera, todavía, trece años.

Dice el tío Paco cosas maravillosas sobre los libros, y lo apunté exactamente como lo dijo para no olvidarlo nunca: «Tabla para el náufrago, escudo para el bueno y horca para el ruin, paraguas para el sol y la lluvia, capote de torero, ladrillo que hace paredes que hace casas que hace ciudades que hace mundos. El libro es jardín que se puede llevar en el bolsillo, nave espacial que viaja en la mochila, arma para enfrentar las mejores batallas y afrentar a los peores enemigos, semilla de libertad, pañuelo para las lágrimas. El libro es cama mullida y cama de clavos, el libro te obliga a pensar, a sonreír, a llorar, a enojarte ante lo injusto y aplaudir la venganza de los justos. El libro es comida, techo, asiento, ropa que me arropa, boca que besa mi boca. Lugar que contiene al universo».

Me gusta lo que dice y me gusta cómo lo dice. El libro es uno de mis dos mejores amigos. El otro, por supuesto, es el tío Paco.

Llega el día de dejar de ser niño, según tantos indicios que se me han ido apareciendo en el camino. Hay junto a la cama una nueva nota que sólo dice en grandes caracteres marcados con plumón: «¡HOY!»

Salto de la cama para buscar el regalo, la sorpresa, el ritual de iniciación a ese nuevo mundo que me espera. En la puerta del cuarto, dentro, hay un papel en el suelo con una ↑ y yo la sigo. Hay decenas de flechas por el suelo que van marcando el camino. Bajo las escaleras tras ellas. Voy tan concentrado, tan regocijado, tan emocionado, que casi choco con el tío Paco, que está frente a la puerta cerrada que da al comedor.

Me abraza. Me dice felicidades. **Me da la mano ceremoniosamente.**

—¿Para qué son las flechas? —pregunto impaciente.

—Un mapa para los que cumplen trece años. Son para marcar el lugar donde se encuentra la Isla del Tesoro. Tu regalo.

Quiero abrir la puerta, pero me lo impide con un cariñoso gesto. Me estoy imaginando miles de cosas, desde lanzas masai hasta diarios para escribir mi propia vida y cómo salvarme de los nazis.

—Tras esa puerta está algo que cambiará tu vida para siempre. Antes de abrir, tienes que hacer un solemne juramento.

Sí es un ritual de paso, como me lo imaginé. Voy a volverme hombre. A

lo mejor dentro hay una armadura plateada y brillante, un caballo blanco, una alfombra voladora, el *Nautilus* del capitán Nemo. ¡Qué sé yo! Me arrodillo como se arrodillan los caballeros de Arturo, el de la mesa redonda. El tío se pone serio. Me posa una mano sobre la frente.

—¿Juras cuidar tu regalo, respetarlo, honrarlo, disfrutarlo hasta la locura?

—¡Juro! —exclamo tan seriamente como puedo.

—Adelante. ¡Bienvenido al regocijo! —dice él abriendo la puerta.

La mesa del comedor está llena de cajas. También hay por el suelo. Cuento, a ojo de pájaro, por lo menos treinta. No entiendo nada.

—Abre cualquiera. Son todas tuyas.

Me abalanzo a la más cercana. Quito desesperadamente la cuerda que la ata. El tío debió haber pasado toda la noche llevando cajas hasta allí.

Está llena de libros.

Por encima leo algunos títulos: *El nombre de la rosa*, *Los relámpagos de agosto*, *El principito*, *Poeta en Nueva York*, *La sombra del caudillo*, *El hombre que fue jueves...*

—Era mi biblioteca. Ahora es tuya. Sólo tuya.

Tengo ganas de llorar y me aguanto. Sé cuánto ama sus libros. Mis libros. Me estaba regalando la imaginación, la pasión, la aventura, los pensamientos de otros, sus sueños, sus desgracias, sus anhelos. Ahora también son míos.

Uno se hace hombre, se hace más humano, cuando tiene su propia biblioteca, aunque sea de un solo libro.

Tengo mi lanza masai, mi Bar Mitzvá, mi rito de iniciación aborigen, mi diario, mi pluma de halcón. Tengo origen y destino. Ya lo tengo todo. Me queda claro.

DE LA EXPERIMENTACIÓN

Hay experimentos buenos y experimentos malos.

Déjenme explicarles. Construir una bomba atómica es un experimento malo. Porque con ella sólo pueden hacerse dos cosas: matar y destruir. No tiene otro fin. Sólo sirve para eso; bueno, y para asustar antes de lanzarla a que mate y destruya. Plantar una semilla es un experimento bueno; puede salir de allí, con tierra, agua y sol, una flor o una fruta o una verdura. Decirle a alguien, en voz alta y frente a otros, un defecto, de carácter, no físico, que tenga, es un experimento malo; el resultado, el noventa por ciento de las veces, conduce a la catástrofe o la pérdida de la amistad. En cambio, decirle en voz baja, amigablemente, con cariño, algún defecto a alguien, puede resultar tan sólo en la posibilidad del cincuenta por ciento de la pérdida de la amistad, con lo cual, todos habremos ganado, porque el que lo escucha sabe que puede confiar en ti y que le contarás lo que ves y tú recibirás a cambio, tal vez, envuelto para regalo, alguno de tus propios defectos.

Hay quienes experimentan con su cuerpo. La masturbación es un buen experimento que genera placer. En algunos casos, con este tema, sobre todo los católicos, experimentan culpa. Allá ellos. Hay otros experimentos que se pueden hacer en el cuerpo, como los tatuajes o las perforaciones de orejas o párpados, o lengua. Ésos son más dolorosos, pero estoy convencido que cada quien tiene el derecho absoluto a hacer con su cuerpo lo que le venga en gana; incluso destruirlo. El único problema es que la muerte es, hasta ahora, un experimento extremadamente definitivo y no puedes regresar de la tumba para verificar si el experimento funcionó como lo pensabas, así que no recomiendo en lo absoluto ninguna clase de experimento que ponga en riesgo tu vida.

Se pueden hacer experimentos con animales para encontrar medicinas que les sirvan a los humanos. Son experimentos benéficos para los humanos y absolutamente terribles para los animales. Con lo que se demuestra que puede haber experimentos buenos y malos simultáneamente. Hay algunos que han experimentado con el cuerpo y la vida de otros. De éstos ni siquiera voy a hablar porque no merecen el más mínimo de los respetos y sí, en cambio, nuestro desprecio.

Puedes experimentar con las palabras y descubrir el efecto que éstas tienen sobre las personas. Con este tema hay que ser cuidadoso. Creo que ya dije antes, en algún momento, o lo dijo un sabio, que las palabras son extremadamente poderosas y pueden lastimar en lo más hondo o, en cambio, curar las heridas. O puedes revelar con ellas el amor de tu vida, o la mejor manera de ponerle un nombre a lo que odias. Las palabras pueden hacer revoluciones sin necesidad de tener armas. El mejor ejemplo es Gandhi, en la India o Martin Luther King, cuando peleaba por los derechos civiles de los afroamericanos en Estados Unidos. Él tiene un discurso maravilloso que empieza diciendo «Yo tengo un sueño...»

Creo que todos tenemos un sueño. Y las palabras sirven para hacer de los sueños realidades.

Puedes experimentar con los sabores. Taparte los ojos e intentar descubrir, tan sólo con la lengua y el olfato, por supuesto, todos los matices agridulces que tiene una piña madura, las texturas de las palomitas de maíz, o la fuerza y las enormes posibilidades y variantes que puedes encontrar en un mole poblano.

También se vale experimentar con los otros sentidos; el tacto, por ejemplo, cuando pasas tu mano por el brazo de alguien que quieres y vas encontrando suavidad y a veces cicatrices que también cuentan historias. El oído, al descubrir las variantes, los tonos, los instrumentos que componen una sinfonía. Experimentar con la vista es importantísimo. Y con la imaginación. En una nube puedes encontrar cientos de cosas que aunque no estén allí, están. Y, por último, y creo que debo terminar porque no tenemos mucho tiempo, puedes experimentar con la libertad. Darte cuenta de que es el don más precioso y valioso que tenemos. Puedes andar por la calle sin que nadie te diga lo que tienes que hacer, leer el libro que se te antoje, escoger la paleta del sabor que quieras, y decidir si quieres o no escribir el reporte que te pidieron para el examen final de geografía. La libertad es de uno y la puede llevar hasta donde quiera, siempre y cuando, con tu libertad, no estropees la libertad de los otros. Ya. Creo que es todo.

La clase, incluida miss Alejandra, me miraba atónita. Había leído sin parar, frente a todo el salón, durante casi siete minutos. Como que no se lo esperaban. Ella había pedido que escribiéramos algo sobre experimentos y ése fue mi resumen. Me parece que no era exactamente lo que quería de mí. Pero dijo clarito que hiciéramos algo sobre experimentos y eso fue lo que me salió, con un poquitito de ayuda del tío Paco, que me dio algunas ideas, pero en esencia, dije lo que pensaba y lo que creía.

Roxana ponía sus ojos en mis ojos, como si esperara una ola gigantesca que nos cubriera y nos revolcara para siempre. Había un gran, enorme silencio.

Pasaron los segundos.

Desde el fondo de la clase alguien empezó a aplaudir, lo siguieron casi todos, excepto un par de envidiosas que hicieron como que buscaran algo en la mochila. No fue un aplauso muy largo, pero sonó como si lo fuera. Miss Alejandra se levantó de su mesa y me indicó con la mano que volviera a mi silla. Tomó el centro de la escena y habló:

—Gracias Sebastián. Tu discurso fue muy bueno y muy enriquecedor para toda la clase. Aquí llevamos la materia de ciencias y yo pretendía que habláramos del método científico y la manera en que los experimentos nos ayudan a descubrir, por medio de la prueba y el error, cómo llegar a conclusiones definitivas —hizo una pausa dramática—. Que no fue precisamente lo que hiciste. Y, sin embargo, me parece que cumpliste sobradamente con la tarea que puse. Gracias. Ahora quiero que pase a leer Mariana.

Esa tarde, en casa, derrumbado sobre un sillón de la sala, en cuanto entré, el tío Paco preguntó:

—¿Cómo te fue?

—Bien —respondí, quitándole importancia.

—¿Cuánto te puso?

—Siete. Pero me aplaudieron. Me supo a diez.

DE LAS CUALIDADES DE LA PALABRA

Llevo varios días pensando en la sutil diferencia que hay en palabras que, aparentemente, significan lo mismo y que sin embargo entre ellas hay un abismo. Casa y hogar, por ejemplo. Casa no son más que paredes, techo para guarecerte de la lluvia, habitaciones especiales donde puedes realizar, sin que nadie te mire, necesidades fisiológicas propias de nuestra especie, área reservada que tiene el colchón en el que duermes. Hogar, en cambio, es donde tienes tus libros; la cama que conserva tu olor, o más bien, el perfume, la esencia de la persona amada; el maravilloso espacio donde los sueños se suceden; el lugar en que te refugias de la maldad; también hay trono de rey o de princesa donde lees sin que nadie te moleste y que en las casas sólo sirve para mear y cagar. Hogar es sinónimo, no de casa sino de calidez, de ternura, de refugio, de ventana para mirar al mundo y la lluvia sin que ésta te moje.

No es lo mismo alimentarte que comer. Alimentarte es, para mí, como cumplir el requisito de llenar el estómago cuando tienes hambre. En cambio, comer es paladear, descubrir, gozar, pero, sobre todo, compartir. La comida sabe muchísimo mejor cuando se prepara para alguien a quien quieres y su sabor se agranda, se expande, se hace más notable y penetrante cuando se adereza con la conversación alrededor de la mesa. Un cocinero o cocinera no es sólo el que suministra la comida, sino el que administra emociones. Y se puede no haber de contento, compartiendo una simple aceituna, una sardina, una cucharada de helado y en cambio, no disfrutar en absoluto mientras te ponen en el plato un faisán asado con mieles exóticas, si el que esté sentado a tu lado en la mesa es una mala persona, por ejemplo, un diputado

conservador. Es mucho más importante con quién comes que lo que comes. Ése es un derecho fundamental; el de decidir con quién compartes el pan y la sal.

Cada vez que nos invitaban a casa de Rita, por ejemplo, a pesar de que su mamá cocinaba terriblemente, íbamos con enorme gusto. Porque Rita era (entonces y lo sigue siendo ahora) guapa, simpática, inteligente, informada, valiente. En esa mesa se hablaba de política y de poesía, de música y de justicia, de economía y de teatro. Los niños podíamos opinar y éramos tratados no como adultos, sino como iguales. La comida era malísima y, sin embargo, sabía a gloria, porque, en el fondo, sabía a libertad.

La comida buena, ésa que recuerdas para siempre, tiene por fuerza que contener ingredientes indispensables que no se consiguen en ningún mercado del mundo. Son especias rarísimas y condimentos extraordinarios que se van pasando de generación en generación o adquiriendo lenta, penosamente, a lo largo de la vida. Se llaman amor, solidaridad, imaginación. Luego puedes poner junto con ellos, en la cazuela, todo lo que se te venga en gana porque siempre sabrán a maravilla.

Cuando alguien te invita a comer a su casa, de manera franca y abierta, sin compromisos de ningún tipo, sólo por el placer de hacerlo, no te está abriendo las puertas de su hogar, sino de su corazón. Es un acto amoroso que viene de lo más profundo de la noche de los tiempos. Por ejemplo, de cuando los alimentos escaseaban, y el hecho de compartirlos alrededor de la fogata, de la piedra, de la tabla, del suelo mismo o de la mesa, era compartir la vida. Conozco muchas historias de ese tipo, que sucedieron en guerras, en asedios, en campos de concentración, en los momentos más terribles y siniestros de la humanidad. Cuando se pensaba que todo estaba perdido, cuando la esperanza había abandonado a las personas, cuando un mendrugo de pan significaba la supervivencia, alguien, siempre alguien, un alma noble y buena, lo cortaba en partes iguales, no importa cuántas, y lo repartía entre los que estaban a su alrededor. Prefería, por mucho, pasar la misma hambre que los demás, que sobrevivir solo. Ponía la solidaridad por sobre el instinto. Y eso es lo que nos hace ser humanos.

En la esquina donde está nuestro hogar, mío y del tío Paco, de vez en cuando, aparece un hombre mayor, de larga barba blanca que, a pesar de

tener la ropa destrozada, los pantalones amarrados con una cuerda, la gabardina llena de agujeros, tiene también y lo luce, un cierto aire de dignidad en el rostro y mira de frente a todos los que por allí pasan. No pide nada, ni caridad ni limosnas. Durante largo rato, mira con ensoñación hacia una casa que está enfrente, y después se marcha caminando lentamente. A mí me da cierta pena. Se nota a leguas que no la está pasando bien. Un día lo vi recoger, disimuladamente, del suelo, una fruta que se le cayó a una señora de su cesta. La tuvo en la mano un largo rato, como esperando que alguien volviera a reclamarla. Luego, la fue masticando poco a poco, saboreándola como si fuera el más delicioso de los manjares. La gente de la cuadra lo llama el Loco. Se cuentan muchas y variadas historias sobre él y su decadencia: que si perdió todo lo que tenía en un juego de cartas, que si había matado a su familia a hachazos (yo no lo puedo creer), que si había escapado de un psiquiátrico (eso dice la señora de la tiendita), que si esto o que si aquello. Sólo fábulas y especulaciones sacadas del miedo que produce el otro, el diferente.

Tiene, eso sí, una pequeña maleta que lleva a todos lados. Alguna vez lo vi abrirla, y desde lejos pude distinguir algunos libros y papeles, un suéter, un par de bolsas de plástico.

El tío Paco vino por mí a la escuela. No lo hace generalmente. Está muy cerca y ese paseo que hago solo, todos los días de regreso, es una parte importante de mi independencia; Paco lo sabe y no dice nada. Pasamos al mercado, compramos pimientos rojos y verdes, carne de res, cebollas moradas, algunas verduras y frutas.

Al llegar casi a la esquina, vemos cómo el hombre mayor está apoyado contra la pared; parecería que va a desvanecerse, se tambalea. El tío Paco suelta la bolsa del mercado y corre a sostenerlo. El hombre se recompone un poco. El contacto con el tío Paco, que lo está sosteniendo por la cintura, parece incomodarlo. Hablan entre ellos. Yo he recogido del suelo la bolsa y me voy acercando. Ahora Paco lo va ayudando gentilmente, de un brazo, y lo encamina hacia nuestra puerta.

—Don Rafael va a comer con nosotros —anuncia.

El hombre sonrío y me mira a los ojos.

—Yo soy Sebastián —presentándome y poniéndome a su lado, el lado

donde lleva la maletita. Pensé que iba a oler de los mil demonios, pero no es cierto; despiden un lejano aroma a naranjas agrias. Uno se hace ideas preconcebidas y la vista te engaña constantemente. Por eso, he aprendido a quedarme callado si no estoy completamente seguro de lo que voy a decir.

Ya en la sala, con un vaso de agua con hielo en la mano, reconfortado, intentando encontrar compás a su respiración, Don Rafael se deshace en sonrisas, como si lo hubiéramos rescatado de un naufragio.

—Fue un simple mareo. No quiero importunarlos, mejor me voy —y se incorpora un poco del sillón. Paco sale como un rayo de la cocina y lo vuelve a sentar, amablemente, poniendo una mano sobre el hombro del viejo.

—Usted es nuestro invitado. Vamos a comer espagueti y carne estofada con pimientos. ¿Le gusta?

—Me encanta. Gracias —y el viejo se pone cómodo quitándose la gabardina llena de agujeros y un saco repleto de lamparones. Debajo de esas dos capas hay un hombre limpio, con un suéter azul y camisa blanca. Los pantalones tienen remiendos, pero no están sucios. Su barba blanca y enorme le da un aire a viejo ermitaño de las novelas que leo, de ésas del siglo XIX; podría ser el viejo Abate Faria, el mismo que ayuda a escapar al conde de Montecristo. Se mueve cuidadosamente, con cierta gracia y obvios modales. Si tuviera traje y corbata podría ser el abuelito de cualquiera de mis compañeros de escuela. No el mío, porque el mío era republicano español y jamás de los jamases se hubiera puesto un traje y una corbata, aunque lo mataran.

El viejo toma confianza y empieza a husmear en nuestra biblioteca. Yo lo animo. Va haciendo gestos de asentimiento, de reconocimiento, de aprobación. De ésos que sólo puede hacer un lector frente a otros lectores, como si perteneciéramos a una secta. Se detiene frente a nuestra sección del Siglo de Oro. Se le ilumina la cara.

—¡Quevedo! ¡Qué maravilla, Quevedo! Y Manrique y Góngora, Lope y Garcilaso de la Vega... —Y me mira con el libro entre las manos. Cierra los ojos y recita de memoria—: «Si Garcilaso viviera yo sería su escudero. ¡Qué buen caballero era!». ¿Saben quién lo dijo?

—Creo que Alberti. Rafael Alberti —dice tío Paco desde la cocina. El hombre asiente—. Yo también hubiera sido su escudero —remata.

El viejo recorre la biblioteca, saltando de sorpresa en sorpresa, recordando nombres guardados en el cajón de su memoria y asombrándose ante nuevos títulos y nuevos autores desconocidos para él. Está feliz. De vez en cuando saca un libro y recorre con los dedos sus páginas con un cariño sorprendente.

Media hora después estamos comiendo. Lo hace con avidez pero al mismo tiempo con delicadeza. Se nota que lleva bastante tiempo sin una comida en forma. Terminamos con ate y queso. No aceptó el vino que Paco sacó de la bodeguita. La botella se quedó cerrada. Bebió sólo agua. Como sólo agua bebían los buenos caballeros andantes.

Al finalizar, da las gracias muy ceremoniosamente.

—Ustedes deben estarse haciendo muchas preguntas sobre mí. Y yo estoy dispuesto a contestarlas.

Estoy a punto de lanzar una batería completa sobre él, su pasado, los misterios que lo envuelven, cuando Paco, el tío Paco, pone una mano en el aire y me detiene.

—Nada. No queremos saber nada. A los amigos no se les pregunta. Y usted, desde hoy, es nuestro amigo.

El viejo mira la decepción en mi rostro.

—Sólo diré entonces que en esa casa de enfrente vivía el amor de mi vida. Y la perdí. Al perderla a ella, perdí el resto, como una cascada. Pero lo único que lamento es no haberle podido decir todo lo que sentía.

Hubo un largo, amargo silencio. Al viejo se le llenaron de agua los ojos y, sin embargo, no perdió la compostura. Retomó la palabra.

—Como no tengo nada que darles a cambio de esta maravillosa comida y su amistad. Permítanme pues ofrecerles un trozo de poema de mi tocayo Rafael Alberti, de Cádiz, escudero de Garcilaso de la Vega, como yo.

Se levantó de la mesa y con los ojos entrecerrados empezó a decir:

*Ven, mi amor, en la tarde del Aniene
y siéntate conmigo a ver el viento.
Aunque no estés, mi solo pensamiento
es ver contigo el viento que va y viene.*

Recogió sus cosas. Impidió que lo lleváramos hasta la calle. Jamás lo volvimos a ver.

Recuerdo la estrofa de memoria, como si la hubiera oído hace tan sólo unos minutos, me acompaña siempre.

Dignidad y orgullo son palabras que suelen confundirse. Y no tienen nada que ver la una con la otra.

Aprendí una gran lección. No puede juzgarse a los hombres por su aspecto. Jamás me atrevería.

DE GALLINAS Y RECUERDOS

—Yo tengo una gallina ética, pelética, pelapelambrética, pelapelambrada, peluda y pelada, si su gallito fuera ético, pelético, pelapelambrético, pelapelambrado, peludo y pelado, sus pollitos fueran éticos, peléticos, pelapelambréticos, pelapelambrados peludos y pelados... —repetía en voz alta, de pie sobre la cama, vestido sólo con calzoncillos en la soledad de mi habitación.

Esa extraña oración era un asidero, un salvavidas, una fórmula para mantener vivo el recuerdo de esos padres muertos en un accidente hace tan sólo dos años. Mamá jugaba conmigo, repitiendo hasta el cansancio la historia de esas gallinas, gallos y pollos estrambóticos, mientras íbamos en el auto a cualquier lado. A mí me costó un trabajo impresionante aprender el trabalenguas y lo que nunca aprendí, ni nadie me contó, fue por qué los animalitos en cuestión eran tan absolutamente raros. Es más, sólo me quedaban claros los conceptos de ético, peludo y pelado, las otras tres descripciones estaban fuera del alcance y la comprensión de cualquier ser humano.

Y, sin embargo, los plumíferos amigos estaban allí, siempre listos para convertirse en la puerta de entrada a los rostros claros, las caricias, las canciones y juegos de esa infancia que lentamente me estaba abandonando. Cada vez que me asaltaba la nostalgia, como un edificio que se derrumba sobre tu cabeza, o esas ocasiones en que me quedaba viendo el infinito, con la mirada fija en ninguna parte, o todas las mañanas en que no quise levantarme y salir del cálido refugio de mi lecho, volvía la voz a coro de mis padres desde lo más hondo de mi cabeza, con sus gallinas alborotadoras y ridículas, a decirme que hay que vivir, resistir, avanzar, cueste lo que cueste.

Dos años puede ser muy poco tiempo o una eternidad. Si no fuera por el tío Paco y el vibrante y sorprendente mundo que me ofrecía en bandeja de plata todos los días, tal vez yo no sería el que ahora soy, y sí un muchacho retraído y triste, huérfano de padres y de ideas.

Tengo catorce años. Roxana es mi novia oficial y hasta su mamá lo sabe. Tengo también, desde hace un año, el diario de tapas rojas y liga en el que voy escribiendo día con día lo que pasa alrededor y, sobre todo dentro de mí. Tengo una biblioteca que va creciendo y que me va llevando de la mano por la pasión, la aventura, el amor, las ideas de otros que hago mías constantemente. Tengo a Paco que cocina, charla, da consejos, depara sorpresas y sueños como un personaje de *Alicia en el país de las Maravillas*: ¡el Sombrero Loco!, por supuesto. Mi vida es un constante ajeteo. Voy a ir a mi primera fiesta nocturna. De éstas que empiezan a las ocho de la noche y terminan pasadas de las doce. Me imagino que será maravillosa. «La loca de la casa», como se le llama a la imaginación, está desbordada con todo lo que creo que puede suceder allí.

Alisto sobre la cama el ajuar celebratorio. Pantalones grises, camisa blanca, suéter azul. ¡Carajo, voy a parecer idiota bien portado de internado inglés! Sólo me faltan los lentes, pero no tengo ni astigmatismo ni miopía. Aunque, claro, siempre hay posibilidad de que a pesar de la vestimenta tan formal, terminemos todos bailando semidesnudos, con las caras pintadas alrededor de la hoguera, con la cabeza del jabalí atravesada por un palo, bajo la luz de la luna llena, lanzando gritos frenéticos, como los niños de *El señor de las moscas*, de William Golding. Porque eso lo tengo claro, las cosas empiezan de una forma y nunca, nunca, se sabe cómo van a terminar.

Paco me lleva en el coche. Es bastante lejos. No conocemos el rumbo y se pierde tres o cuatro veces. Insiste en que saque el compás, la brújula, el sextante, que arríe las velas o que suba al palo de mesana... Pero esta vez no sigo el juego. Estoy demasiado nervioso. Cambié el suéter azul por un saco gris del tío. Me queda perfecto. Ya lo alcancé en estatura y cada vez que luchamos sobre la cama o en las alfombras le cuesta más y más trabajo doblegarme.

A las 8.15 seguimos dando vueltas por la colonia.

—¿No te dieron un planito? —pregunta el tío, un poco impaciente.

—Si me lo hubieran dado, ¿tú crees que seguiríamos a bordo? —contesté con sorna y francamente desesperado.

De lejos, veo cómo, a la puerta de una casa, entran dos conocidos del colegio.

—¡Ahí, ahí es, frénate por favor, frena! ¡Coño, frena!

Paco, como buen chofer de idiota de internado inglés, pisa el freno con los dos pies, un rechinado de llantas inunda la calle.

Casi me estrello contra la ventana. Me volteo a verlo furibundo. Él sonrío beatíficamente.

—*So sorry, milord* —se disculpa.

Me tranquilizo inmediatamente. Un poco apenado le digo:

—¿No te importa que camine desde aquí?

Entrecierra los ojos y asiente con la cabeza. No es que me dé pena. Es mi mejor amigo, pero como que ya estoy grande para que me lleven hasta la puerta. Paco entiende perfectamente. Seguro le pasó más de una vez exactamente lo mismo. Al bajar del auto y a punto de cerrar la puerta, habla:

—Si quieres ser adulto, compórtate como adulto.

Me le quedo mirando con ojos de puñal tunecino. Esto quiere decir, de manera refulgente y mortal, como él mismo dice de vez en cuando.

—En caso contrario, ¡diviértete!, estaré aquí mismo, en este mismo lugar a las doce.

Entro a la fiesta. La música es pésima. Baladas en español. ¡Lo que se divertiría en este sitio la tía Pili! Hay sillas rentadas por toda la cochera, habilitada para la ocasión. Al fondo, un muchacho mayor va poniendo cintas y sale la música por dos inmensas bocinas. La del cumpleaños no ha bajado. Cumple quince y se da a desear, como dicen por allí. Hay una barra donde un mesero vestido de pingüino sirve tragos. Me acerco.

—Vodka martini. Mezclado, no revuelto —digo muy seriamente.

Se me queda viendo y me suelta un:

—¡No jodas! ¿Coca, Orange o de sabor?

Ya no le digo que el Orange Crush se considera de «sabor». Pido una coca con hielo y me voy a sentar a una de las sillas más alejadas de las bocinas que retiemblan en sus centros la tierra. Yo me veía a mí mismo como Bond, James Bond, y resultó que no, sólo era un adolescente intentando

pasarse de listo. La cocacola no tiene gas. La dejo bajo mi silla.

Me armo de valor y voy hasta una chica conocida que está un poco más allá. Roxana no vino porque su abuela se está muriendo en un hospital militar.

—Hola. ¿Bailas?

Me mira como si mirara a un marciano, a un tucán, a un semáforo descompuesto.

—No —contesta y se marcha hacia dentro de la casa.

Se ve que esta fiesta, mi primera, va a ser divertidísima.

No voy a decir aquí todas las horripilantes baladas que tuve que soplar. Lo que sí contaré es que llegaron unos de sexto con una botella de ron escondida en una mochila. Yo me bebí tres cubas y vomité tres veces. Una vez por cuba. Bailé una sola vez, conmigo mismo, cuando sonó *Inagada da vida*. El resto era basura pura.

La última fue la peor. La vomitada, digo. Fue sobre el vestido azul cielo de la quinceañera mientras la felicitaba. Los tíos de la chica me llevaron a un baño de la parte de arriba y yo pensé que me iban a matar a golpes. Pero no, sólo querían que me lavara la cara. A las doce en punto, como una cenicienta destruida, me llevaron hasta la puerta de la casa.

El tío Paco estaba esperando en el coche donde me dijo. Caminé penosamente hasta allí.

Al subir me miró y me dio un par de palmadas sobre el hombro.

No dijo nada en todo el camino. Yo olía a ron y a vómito. Bonita y poco atractiva combinación. Tengo la certeza de que esta escena se ha repetido cientos de miles de veces a lo largo de la historia de la humanidad.

Al día siguiente desayunamos chilaquiles. Le conté todo. Paco se reía como loco con lo del martini y las baladas en español. Sólo me dijo que al alcohol y a las mujeres hay que acercarse con mucho cuidado. Anotado para la próxima.

DE LAS FORMAS QUE GUARDA EL ASOMBRO

Llamaron a los bomberos.

El hombre, de unos treinta años, está de pie en el quicio de la azotea de ese edificio de tres pisos que remata la calle. Justo en la intersección de las dos esquinas. Abajo, una mujer gorda, que sostiene con una mano a un niño pequeño, le grita constantemente que no se tire. Él ni siquiera baja la vista.

Mira hacia el infinito.

Yo vengo de la escuela, mochila en ristre, derrengado, como vuelven los cruzados después de las escaramuzas contra los musulmanes en Tierra Santa. Me detengo entre la pequeña aglomeración que se va congregando en la esquina contraria. Dos policías impiden que la gente se acerque al lugar. Un albañil que lleva en la mano un martillo, obviamente recién escapado de alguna construcción cercana, grita con todas sus fuerzas:

—¡No sea marica! ¡Aviéntese! ¿Qué, no es hombrecito?

Un hombre de traje oscuro y portafolios lo mira reprobatoriamente. La gorda lo increpa:

—¿A usted quién lo mete? ¡Sáquese de ahí!

Y con el brazo libre le tira un manotazo que falla por muy poco. El albañil, mirando la contundencia física de la señora, se repliega unos cuantos pasos y se queda callado.

Ya somos más de treinta personas las que estamos esperando que el hombre se lance al vacío. Los bomberos llevan una lona amarilla con la que pretenden aminorar la fuerza de la caída. Yo los miro escéptico, difícilmente podrán, entre esos seis, lograr que el hombre no se mate.

Ha aparecido por el lugar un vendedor de helados que a pleno rayo de sol se está forrando de monedas. También hay un tipo con una enorme cicatriz en la cara que ofrece, por un poco de dinero, los binoculares que lleva colgados del cuello para el que quiera mirar de cerca.

—Así de cerca —y junta el índice y el pulgar—, a los ojos mismos del suicida.

Llevamos más de media hora de intenso compás de espera. El hombre en la punta del edificio no se ha movido ni un ápice, con la vista fija más allá de las construcciones que lo circundan, como si quisiera ver una puesta de sol sobre el mar. Pero son las dos de la tarde apenas.

Llegan más policías y muchos muchos más mirones, dos carritos de paletas se suman a la romería en la que se está convirtiendo la calle. Ofrecen a voces sus productos.

La gorda, que no deja de observar inquisitivamente al albañil, por si a éste se le ocurre volver a azuzar al suicida, le pregunta a un policía:

—¿Qué, nadie va a subir a hablar con él?

Y el muy mexicano policía contesta sin inmutarse:

—Negativo, señora. Sólo nos mandaron a controlar a la multitud.

Ella hace un mohín de disgusto y por única respuesta se escucha un ¡ashhh! que sale de sus labios.

«El suicida» ya lo llaman todos los que están a mi alrededor, que cruzan conjeturas y apuestas sin dinero de por medio.

—En cinco minutos, máximo en cinco, se lanza.

—Es un loquito que vive por aquí cerca. Al rato se regresa a su casa.

—Lo abandonó su amante.

—Hizo un fraude y no tiene cómo pagar. Lo buscan los de Hacienda.

Yo me he puesto a la sombra de una cornisa, un poco alejado del resto de los mirones. Estoy con la espalda apoyada al frescor de los ladrillos de la casa. Una niña se me acerca.

—¿Crees que se tire?

—Espero que no —respondo.

—Yo nunca he visto un muerto —comenta, mientras muerde una mandarina.

—Mejor —e intento esbozar una sonrisa que no me sale.

El hombre ha mirado hacia abajo, hacia el suelo. La multitud ahoga un grito. Mueve un pie hacia delante. El silencio se apodera de la calle. Hasta los pájaros han dejado libre el espacio aéreo alrededor del suceso. Parecería que el hombre está midiendo, con la vista, la distancia hasta el suelo.

La gorda grita una vez más. Parecería que es la señal que el suicida espera y da un paso hacia adelante.

Yo dejo de respirar.

Se ha tirado no a la lona amarilla y los bomberos, sino a la esquina opuesta. No hay bomberos de ese lado esperándolo.

Hacia el segundo piso ya va de cabeza. Entrecierro los ojos. Quiero y no quiero ver el fatídico desenlace. A mi alrededor hay un multitudinario grito que sale de todas las gargantas: «¡Nooooooooo!».

Por la rendija que queda entre mis párpados, veo cómo el hombre está a punto de tocar con la cabeza el suelo.

Y tan sólo unos centímetros antes, unos milímetros antes de que choque contra el piso y se estrelle, observo el portento.

El cuerpo se recompone en el aire. Planea grácilmente, como una gaviota o un albatros sobre el agua. Toma una corriente de aire y se eleva un poco. Caer de pie como un trapecista de circo, extendiendo los brazos triunfalmente.

La gente aplaude, grita. Los vendedores de paletas han abandonado sus carritos y se acercan. Todos se arremolinan junto al hombre. Segundos después lo llevan en hombros por la calle, como a un torero.

Me pongo muy contento.

Creo que mi imaginación está desbordada. Pero me gusta. No hay nadie alrededor. Sólo la niña de la mandarina que me pregunta por qué llevo tanto rato mirando ese edificio.

No le contesto.

Recuerdo un poema del turco Nazim Hikmet que revolotea, alegre, por la cabeza, mientras abandono el lugar:

*Hermano mío,
envíadme libros con finales felices,
que el avión pueda aterrizar sin novedad,
el médico salga sonriente del quirófano,*

*se abran los ojos del niño ciego,
se salve el muchacho al que mandan fusilar,
vuelvan las criaturas a encontrarse las unas con las otras,
y se den fiestas, se celebren bodas.
¡Que la sed encuentre al agua,
el pan a la libertad!
Hermano mío,
envíadme libros con finales felices,
esos han de realizarse
al fin y al cabo.*

Me voy a casa sonriendo. Hoy el tío Paco ha preparado macarrones. Me paso la lengua por los labios, saboreándolos anticipadamente.

DE CÓMO SE PERDIÓ EL OESTE

Siempre hay dos versiones distintas de la misma historia.

La conquista del oeste norteamericano, por ejemplo. Que no fue ni tan heroica, ni tan sufrida, ni tan épica, ni tan memorable como la cuentan algunos, o como la pintan a todo color desde las películas de Hollywood, donde los indios (mal llamados, insisto, porque no son de la India) son esos seres salvajes que cortan cabelleras, queman caravanas con flechas ardientes y violan a rubias y pálidas (caras pálidas) heroínas que pierden así la virginidad, pero no su purísimo árbol genealógico.

Cayó, por casualidad, desde el estante de una librería de viejo a manos del tío Paco y luego a las mías, un libro que me encantó: *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, del historiador Dee Brown. En él se cuentan, paso a paso, agravio tras agravio, las atrocidades cometidas por los colonizadores blancos contra las cientos de tribus originarias del norte de América, hasta hacerlas desaparecer casi por completo. Se habla mucho de los nazis y sus campos de concentración, y el exterminio de judíos y gitanos y todos aquellos que estuvieran contra ellos, y muy poco acerca de las barbaridades y la extinción cruel y sistemática a la que fueron sometidos los más de diez millones de habitantes de una tierra fértil y espectacular, por codiciosos personajes que arrasaban con todo a su paso. Es el descarnado recuento, en voz de los protagonistas, sioux, apaches, piesnegros, pawnees, crows, de cómo fueron engañados una y otra vez, sin ningún pudor.

Nube Roja, mítico jefe de los Sioux Oglalas lo dice en algún capítulo del libro: «Los blancos nos prometieron muchas cosas. Pero sólo nos cumplieron una. Prometieron quitarnos nuestras tierras. Y nos las quitaron».

Una de las más sonadas tragedias sucedió en Wounded Knee (Rodilla

Herida), territorio en el sur de Dakota, el 29 de diciembre de 1890. Quinientos soldados del Séptimo de Caballería interceptaron al jefe Alce Manchado y a 350 personas de su tribu, entre ellos 150 mujeres y niños, pertenecientes todos a la nación Miniconjou Lakota, y los hicieron acampar en un llano. Pretendían *escoltarlos* hasta el tren que debía deportarlos a una reserva en Omaha, Nebraska, contra su voluntad. Pero lo que hicieron, realmente, fue aprovechar la noche, rodearlos y masacrarlos con una ametralladora.

Fueron 135 lakotas, entre ellos 62 mujeres y niños, los que cayeron bajo la lluvia de fuego. Nunca ninguno de los soldados fue enjuiciado por este crimen. La nación Lakota jamás pudo recuperarse y murieron los pocos que quedaban, en un lugar triste y ajeno a su vida y sus tierras ancestrales de caza y pesca.

Por eso digo que la historia siempre tiene dos versiones. Una, la que cuentan los que ganan las batallas y otra, muy diferente, que casi nunca nadie cuenta y que sólo se conserva en la memoria de los perdedores.

Le pregunté a mi maestra de historia acerca de la barbarie de los colonizadores norteamericanos contra las naciones y pueblos originarios de ese país y ¡mierda! Parece que está influida por las películas de Hollywood. Según ella, los colonizadores *civilizaron* a los indios que eran *bárbaros* y tenían costumbres *salvajes*.

Una rabia enorme me subió por el estómago. No me aguanté:

—¡Pues bonita manera de *civilizar*! ¿Según usted, asesinar, masacrar y deportar a campos de concentración a los dueños reales del territorio es civilización? —le cuestioné ofendido.

—Pues... No exactamente. Pero piensa en la potencia en que se ha convertido Estados Unidos desde entonces.

Además de todo proyanqui... Será por eso que tenemos que llamarla miss. ¿En qué estaban pensando mis padres cuando me metieron en este colegio de *salvajes*?

La dejé hablando sola. Diciendo linduras acerca de los trenes y los edificios y los *malls* que hay en San Antonio.

Tengo que hablar seriamente con el tío Paco sobre esta escuela. Como es mi tutor, tendrá que tomar cartas en el asunto y cambiarme a un lugar más

civilizado.

Por lo pronto, ya me declaré sioux, comanche, apache, lakota, pienegro; anticolonialista y ferviente defensor de los usos y costumbres contra la aparente civilización, que por lo visto sólo sirve para llenarle de oro los bolsillos a algunos.

Me toca exponer en clase de historia. «Tema libre» dijo la maestra que debería vivir en Dallas y no entre nosotros, humanos mexicanos normales.

Estoy preparado.

Cuando me vio entrar al salón, casi muere de un infarto.

Llevaba yo un taparrabos de piel que el tío Paco me ayudó a construir, destripando un sillón de cuero que por lo visto era de la abuela; hubo que remojar la piel por horas en una sustancia que olía a rayos para que quedara mínimamente suave. Cara pintada con líneas blancas y negras, como los guerreros cheyenes y un tocado de cuentas coronado por una pluma de águila real que Paco consiguió con un amigo veterinario del zoológico de Chapultepec.

Después de recuperarse de la impresión, la maestra se sentó junto con los demás alumnos, en mi silla. Había risitas aquí y allá, pero nada grave. Más bien caras de sorpresa, de estupor. Yo había amenazado a sus amigas, que eran muchas, para que nadie se burlara de mí. Conocía mi plan, tan bien como conocía el latido de mi corazón.

Comencé a hablar gesticulando:

—Me llamo Tashunka Uitko, soy el jefe de la nación Sioux Oglala. También me conocen con el nombre de Caballo Loco. Esto se debe a que, buscando mi aliento y mi voz protectora, soñé mil veces mil con un caballo salvaje que corría, libre y fuerte por nuestras praderas. Un caballo sin herrar. Un caballo tan rápido como el viento y tan indomable como nuestros propios sueños. Así me llaman los *blancos*. Ellos nunca se han tomado la molestia de conocer nuestra lengua, ni nuestras costumbres, ni nuestras tradiciones que vienen de la noche más oscura del fondo de los tiempos.

»Mi pueblo vive aquí, en las llanuras centrales desde que Manítú, el gran espíritu, el creador de todas las cosas, nos dio la pradera para cabalgar, los bisontes para alimentarnos, los ríos para navegar y pescar y refrescarnos. Nos dio los bosques y su sombra y la madera para hacer fuego, las bayas silvestres

y los frutos de los árboles y de la tierra. Nos dio la razón y el coraje y el nervio para defendernos de otras naciones. Nos dio el amor y a la mujer para ser compañera y amiga y fortaleza. Nos dio la inteligencia y los *tipis* para protegernos del sol y la nieve y la lluvia y los lobos.

»Todo lo que ven alrededor, lo que mi brazo abarca al moverlo de este a oeste en un solo gesto, es nuestro. Ha sido siempre nuestro. Incluso el metal amarillo que se encierra en nuestras montañas y que los blancos codician y por el cual matan. No nos interesa. Todas las naciones que hoy hablan por mi boca llevamos dentro un trozo de infinito.

»Desde que los blancos invadieron nuestras tierras hemos intentando expulsarlos. Ellos hablan con lengua doble. Dicen una cosa y hacen otra. Han saqueado, destruido, violado a nuestras mujeres y asesinado sin compasión a nuestros hijos. Han terminado con las manadas de bisontes que antes eran nuestro sustento, han ensuciado con carbón nuestros ríos. Han matado a todo aquel animal que se moviera en nuestras tierras para que luego sus mujeres, allá lejos, pudieran echarse su piel sobre los hombros. Aun cuando no haya frío del cual protegerse.

»Pero llegó la hora de nuestra venganza. Los grandes jefes Toro Sentado, Nube Roja y yo mismo, hemos formado una alianza entre las naciones sioux, lakota, cheyenne y arapaho para decirles con el fuego de nuestros rifles y el filo del metal de nuestras lanzas y nuestros *tomahawks*, de qué tamaño es nuestro desprecio. Sus corazones y sus cabelleras acabarán en nuestras manos. Regaremos con su sangre nuestra tierra para que todo vuelva a ser como era. Cuando el blanco estaba en su casa y nosotros, felices, en nuestro hogar.

»Hoy es el día 26 de junio de 1876, según la forma que tienen los blancos para medir el tiempo. Estamos en la ribera del río Little Big Horn, del territorio de Montana, el país del gran cielo. El sanguinario general George Custer, llamado por nosotros Pelo Amarillo, y seiscientos de sus hombres vienen hacia aquí. Y aquí se encontrarán con la muerte».

Salí del papel. Me quité la pluma de águila muy ceremoniosamente y me puse encima una camisa blanca, me calcé los pantalones grises del colegio que tenía listos bajo el pizarrón, sobre el suelo. Y seguí.

—En esa batalla, Custer, el brutal jefe del Séptimo de Caballería fue

muerto junto con casi trescientos de sus hombres. Fue una gran victoria para las naciones originarias. Luego, todos lo saben: fueron aniquiladas, destruidas, encerradas en reservas por el hombre blanco y su manía *civilizatoria*.

La maestra se levantó, fue hasta su escritorio. Yo volví a mi lugar. Habló:

—Una sola cosa. ¿Dime por qué durante todo tu discurso sioux no hablaste como hablan los indios?

Y desde mi lugar contesté:

—Porque los «indios» que usted se imagina sólo hablan así en el cine.

El siguiente lunes ya estaba en otra escuela. Una mucho más civilizada. Todavía el jabón no había logrado quitar del todo las líneas negras de mi cara, ésas que yo portaba con enorme orgullo.

DE LA VELOCIDAD DEL PENSAMIENTO

Estoy leyendo en la sala Las batallas en el desierto, de José Emilio Pacheco; en esta historia, un niño de ocho años llamado Carlos se enamora perdidamente de Mariana, la madre de su amigo Jim; en realidad trata sobre crecer, sobre la nostalgia, sobre cómo el mundo va cambiando alrededor tuyo, y tú con él.

Es uno de mis libros preferidos. Y además, está dedicado. ¡A mí! El tío Paco fue a una lectura de poesía de Pacheco (que también es poeta y de los buenos) y le pidió que me lo firmara, así que es doblemente mío. Porque lo tengo entre las manos y porque en la primera página dice claramente «Para Sebastián con un abrazo. JEP». Pacheco escribe espectacularmente bien, pero tiene mala letra.

Yo podría regalar cualquiera de mis libros a alguien que no tuviera ninguno, o que tuviera pocos, o que le gustara enormemente y no tuviera dinero para comprarlo.

Porque si algo he aprendido es que la literatura es un tesoro y hay que compartirlo. No tiene ningún sentido que los libros se empolven, se hagan viejos en un estante sin que nadie los lea, los cuide, los quiera. Regalaría cualquiera, ya dije. Cualquiera menos *Las batallas en el desierto*, porque ése es mío. Y en él, me encuentro a mí mismo. Y eso que nunca me he enamorado de la mamá de ninguno de mis amigos. Sencillamente, yo también estoy aquí mirando como Carlitos, algunas veces aterrado y otras conmovido, la forma en que el mundo va cambiando a mi alrededor y resistiéndome ferozmente, para que el mundo no me cambie.

El tío Paco está en la cocina haciendo experimentos. Le enloquece mezclar cosas que aparentemente no combinan o, por lo menos en los restaurantes famosos, jamás se atreverían a mezclar.

Yo soy su «sobrinillo de Indias», como me llama. El que prueba los platos. Y hasta ahora he sobrevivido. Tuve la fortuna, o la desgracia; más la primera que la segunda, de ser su cómplice y su escudero, el que califica los platillos que salen de esa mente enloquecida y fantasiosa.

Nunca lo he visto, en la cocina, medir nada; todo lo hace a ojo, a puro cálculo, con sentimiento. Dice que un buen cocinero, de ligas mayores, es bueno no porque pueda repetir exactamente igual una receta todos los días, sino por lo contrario, porque siempre le sale diferente, mínimamente, pero diferente. En eso estriba su genialidad. Puedes comer diez veces seguidas el mismo platillo sin aburrirte, porque tiene un toque, una textura, un fondo, una sorpresa pequeñísima que lo hace único.

Lo mismo pasa con los libros. Puedes leerlos una y otra vez y siempre encontraras algo nuevo. Eso sucede, por ejemplo, con *Rayuela* de Julio Cortázar, que puede ser leído de corrido o, en cambio, saltándote páginas y volviendo luego o no volviendo nunca o empezando por la mitad. Es una maravilla. Me hubiera encantado tener el libro dedicado, pero Cortázar se murió. Era argentino, pero está enterrado en París.

Y también en París está la tumba de César Vallejo, el gran poeta peruano. Pero él lo decidió así. Lo escribió incluso. En su poema «Piedra negra sobre una piedra blanca» lo dice claramente:

*Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.*

Por lo visto a los escritores latinoamericanos les encanta París. Por algo será. Tendré que ir yo mismo, algún día, a descubrirlo.

Jim Morrison, el cantante de The Doors tiene su tumba en el cementerio de Péro-Lachaise. En París, por supuesto.

Él murió a los 27 años, igual que Jimi Hendrix, el más grande guitarrista

de la historia del rock y Janis Joplin, la voz de toda una época; otros dos geniales músicos y cantantes. Todos ellos estadounidenses.

Y estadounidense era también Ernest Hemingway, que escribió *París era una fiesta*, donde habla sobre cómo esa ciudad, a la que llaman la Ciudad Luz, reunía con su embrujo y resplandor a las mejores mentes de su generación, como la miel atrae a las moscas.

Definitivamente hay que ir a París.

Eso es lo bueno de los pensamientos. Empiezas con una cosa, y terminas con otra que no tiene absolutamente nada que ver. O todo que ver, no estoy seguro. El caso es que los pensamientos van hilvanando, a veces por medio de una palabra o una imagen, o un sabor, o un olor, a otros pensamientos.

Creo que tenemos dentro del cerebro un montón de cajitas. Y hay personas, situaciones, momentos, fechas, lugares, números, dentro de esas cajitas. Pero lo mejor es que en algunos casos, hay cajitas dentro de las cajitas. Me explico.

En la cajita que dice 27 están Morrison, Hendrix, Joplin y también el escritor francés Alain-Fournier, autor de *El gran Meaulnes*, novela que trata sobre la búsqueda de un amor perdido. Todos muertos a esa edad, que por lo visto es fatídica. Pero también hay dentro otras muchas cosas, está la cajita de París, donde también está Hemingway y Cortázar y Vallejo y las crepas; está la casa de mi amiga Esmeralda que vive en el 27 de la calle Río Nilo, y por estar Nilo está la cajita que dice Egipto. O viceversa. En la cajita que dice «París» están las cajitas de Morrison, de Vallejo, de Cortázar, y las cajitas de rock and roll, Uruguay, Perú, poetas, novelistas.

El caso es que el cerebro contiene cajas que contienen cajas que contienen cajas que contienen cajas. Pero no hay que asustarse. El cerebro es más rápido que el rayo y encuentra lo que busca sin necesidad de ir las abriendo una por una.

En ocasiones el pensamiento se convierte en acción. Y entonces es incluso millones de veces más rápido que el rayo, que puede verse un instante. Pienso: voy a mover el dedo y el dedo, incluso antes de que diga voy... ya se movió.

Hay personas que piensan más lento que otras y no por eso son menos inteligentes que las otras. Simplemente sus pensamientos van en un río

plácido que se va moviendo con armonía por su cauce, mientras que en otros casos vienen de una cascada furiosa que hace espuma.

El tío Paco piensa a una velocidad deslumbrante. Va tomando de las estanterías de la cocina especias y condimentos, cucharas y sartenes; saca del refrigerador carne y un segundo después está picando cebolla y moviendo lo que en la olla se cocina y tomando un trago de jugo de uva de su copa y leyendo trozos del libro que tiene junto al fregadero.

Piensa tan rápido que parece que no pensara. Que hace las cosas por instinto. Pero no es cierto, dentro de su cabeza las cosas se van acomodando, de una manera que sólo él conoce y que a mí me sorprende. Oyéndolo moverse como un hurón en la cocina, no resisto la tentación y me acerco. Lo que está en la olla huele maravilloso, lo del sartén también; se mezclan los olores en el aire con su fragancia a mercado y huerta y mar, y a mí se me empieza a hacer agua la boca. Ahora mismo la hornilla de la estufa está a fuego lento. Paco lee apoyando una mano en el fregadero, en la otra lleva la copa de jugo.

—¿Qué lees? —pregunto.

—A Giuseppe Ungaretti, poeta italiano nacido en Egipto. *La vida de un hombre*, su poesía reunida ¡Una joya! —dice mientras cambia la página.

Metó en mi cajita cerebral de «poetas» a Giuseppe Ungaretti. Todo lo demás, como catarata, se acomoda también. Egipto, Italia...

—A ver... —reto a Paco.

—Uno cortísimo. Poema de cuatro palabras tan sólo: *Me ilumino de inmenso*.

Lo pienso unos segundos, lo paladeo letra por letra, como se paladea un guiso sustancioso.

—*Me ilumino de inmenso* —repito en voz alta.

Es cierto. Es una joya. Y mi pensamiento comienza otra vez a desbocarse. En un instante encuentro muchas e importantes implicaciones a las cuatro palabras. Un hombre solo en un desierto o una playa, aparentemente pequeñísimo en medio de lo que lo rodea, la vastedad, el todo, el interminable cielo, el universo rodeándolo, disminuyéndolo. Podría ser nada, menos que nada, una mota de polvo, un puntito a la distancia, una gota de agua en el mar y, sin embargo... Tiene una virtud el hombre: lo que hay

dentro de su cabeza. Un universo mayor, más poderoso, más vasto que cualquier universo. Se ilumina de inmenso. Yo también.

—Me gusta —digo acomodándome en una silla alta.

—¿No has visto mis lentes? —pregunta mirando alrededor.

—Sí —y señalo con el dedo índice a su cabeza. Le pasa constantemente. Cuando lee no los necesita, pero para ver lo demás, la comida o la calle, o a los otros, por ejemplo, los necesita.

Se ríe. Abre la tapa de la cazuela, inspira, suspira...

—Pulпитos con papas, romero, sal rosa, tinta, vino blanco, arroz.

—Suenan bien.

—Sabe mejor. A veces no hay que experimentar, sólo recordar. Y este plato me recuerda a tu bisabuela, es un guiso de pescadores, nada extravagante.

Sigo acercándome.

—Una tortilla de espárragos verdes, *trigueros* los llaman. Por encima le vamos a echar bechamel y pimientos en escabeche. Comida es cultura.

—Tío Paco. ¿Qué haces?

—Cocino.

—No, no, me refiero, ¿a qué te dedicas? ¿Qué estudiaste?

—Ahhh. Actualmente administro las posesiones de Lord Jim, o sea tú. Soy tu guía espiritual, tu *valet*, tu tutor, tu *damo* de compañía, tu cocinero de planta, tu tío y tu amigo.

—¿Y antes?

—Estudí Historia, escribí programas de radio, fui activista sindical, pescador de camarones, cortador de caña en Cuba, director de cine independiente, marino mercante, cronista de boxeo.

—¿Y no extrañas todo eso?

—No. Lo mejor y más divertido que he hecho en mi vida es vivir contigo. Fue al principio una casualidad, nos conocíamos poco, ¿verdad? Pero ahora no cambiaría esto por nada, ni siquiera si me ofrecieran ser administrador de un burdel en Nueva Orleans.

—¿Y tenemos dinero?

—La compañía donde trabajaba tu papá pagó los dos seguros de vida, eso da bastante todos los meses. Además, esta casa es tuya y dejaron un

fideicomiso para tu educación; puedes hacer con ese dinero que está en el banco como dos o tres doctorados, si quieres. La abuela me dejó a mí también dinero. ¿Para qué quieres saber?

—Como no trabajas...

—Ahh, carajo. Estoy escribiendo una novela mientras tú vas a la escuela. Eso es trabajar. Y cocinar, comprar comida, hacer camas, limpiar, barrer, sacudir, pagar la luz, el teléfono, lavar los baños también es trabajar. ¿Quieres ponerme un reloj checador?

—¡No, no! Perdóname, sólo quería saber.

—Preguntar para saber nunca amerita pedir perdón, está muy bien pedir explicaciones. Hay momentos en que también hay que exigirlos. ¿Quieres dinero?

—No lo necesito. Ya me di cuenta que trabajas cuidándome. Podría pagarte...

—Por eso no cobro, muchacho. Eso lo hago gratis. Con el corazón.

—Gracias. De corazón. Por favor, no te mueras nunca.

—Haré mi mejor esfuerzo.

Nos abrazamos una vez más. A cada rato nos abrazamos.

Mientras comíamos esos espectaculares pulpos que sabían a mar y a montaña y a campos verdes pregunté:

—¿Por qué hace rato me llamaste Lord Jim?

—Es el personaje de una novela de Joseph Conrad, trata de un hombre que, al igual que tú, lo que más le importa en la vida es ser fiel a sí mismo. Eso vale mucho. Jamás hay que traicionarse. Hay que creer en lo que se cree aunque te vaya la vida en ello.

—Algunas veces en la escuela, me miran como un bicho raro, creo que es por las palabras que uso y los libros que comento —confieso.

—¡Qué suerte tienes! Preocúpate el día que te miren como si fueras una persona normal. Tú mereces tener una vida extraordinaria.

Y la estaba teniendo.

—¿Qué hay de postre? —pregunté, a sabiendas que en el refrigerador nos esperaba un espectacular sorbete de guanábana.

TRAVESÍAS

La nueva escuela es mucho más liberal. No hay que llevar uniforme y le hablas de tú, no de usted, no de miss, no de profesor a los maestros. En el folleto que nos entregaron explican que la formación que en ella se da está basada en el modelo del pedagogo brasileño Paulo Freire, cuya teoría más importante es que la educación debe ser parte de la práctica de la libertad.

Los conceptos de Freire son muy revolucionarios en cuanto a cómo debe enseñarse a los alumnos y dice cosas tan maravillosas como las siguientes, que transcribo del folleto:

Es necesario desarrollar una pedagogía de la pregunta. Siempre estamos escuchando una pedagogía de la respuesta. Los profesores contestan a preguntas que los alumnos no han hecho.

Enseñar exige respeto a los saberes de los educandos.

Enseñar exige respeto a la autonomía del ser del educando.

Enseñar exige seguridad, capacidad profesional y generosidad.

Enseñar exige saber escuchar.

Nadie es, si se prohíbe que otros sean.

Decir que los hombres son personas y como personas son libres y no hacer nada para lograr concretamente que esta afirmación sea objetiva, es una farsa.

El estudio no se mide por el número de páginas leídas en una noche, ni por la cantidad de libros leídos en un semestre. Estudiar no es un acto de consumir ideas, sino de crearlas y recrearlas.

Sólo educadores autoritarios niegan la solidaridad entre el acto de educar y el acto de ser educados por los educandos.

Todos nosotros sabemos algo. Todos nosotros ignoramos algo. Por eso, aprendemos siempre.

Estoy seguro que nadie aquí se asustaría si me vieran entrar vestido como

comanche.

En el patio veo en plena hora de clase a muchachos y muchachas que leen o que en pequeños corrillos discuten apasionadamente. Es una educación distinta, personalizada, que te enseña a pensar. El tío Paco tiene un amigo que fue el que le recomendó esta escuela. Paco sabía perfectamente quién era Paulo Freire y su forma de educar aprendiendo. No lo dudó ni un instante. Primero lo consultó conmigo, por supuesto; en nuestra casa hay una democracia participativa donde siempre se ponen a votación las cosas importantes, pero como sólo somos dos, a veces hay empates que tenemos que dirimir (me gusta la palabra *dirimir* que significa solucionar, arreglar, dejar en claro) pidiendo a un tercero que vote para desempatar. Hace poco, la señora de la tiendita de abajo votó del lado de Paco y yo tengo que seguir tomando leche, pero en una nueva votación, nos auxilió el vendedor de periódicos de la esquina y ahora sólo tengo que tomar leche tres veces por semana.

Es un sistema justo, no me quejo, acato las decisiones por el bien común. Generalmente el tío Paco y yo coincidimos en el voto.

La nueva escuela tiene un patio enorme y pequeñas aulas de clase. En mi salón, por ejemplo, sólo somos doce. He salido de las mazmorras y he entrado de golpe y porrazo a la libertad.

La pregunta clave ahora es: ¿qué se hace con la libertad?

Y esa respuesta tendrá que ir apareciendo gradualmente, poco a poco dentro de mi cabeza. Me recibieron en la Coordinación (está escrita con acento, no como en la otra escuela que decía «Dirección») y ésa es mi primer sorpresa, aquí no dirigen, coordinan; hay una sutil pero importantísima diferencia entre los dos conceptos. Coordinar es ponerse de acuerdo. Dirigir, bueno, no tengo que decirlo, todo el mundo lo entiende, y lo sufre. Los maestros me acogieron como al hijo pródigo que retorna de un larguísimo viaje; ellos me abrazaron y ellas me besaron. Es como llegar a casa de unos parientes a los que no veías desde hace mucho tiempo.

Por lo pronto, habrá que ir haciendo nuevos amigos. Me acerco hasta un compañero que está apoyado en un árbol mirando alrededor. Todos han entrado a clases menos él.

—Hola —y extendiendo la mano—. Soy Sebastián.

Me da un fuerte apretón. Tiene el pelo largo, pantalones de mezclilla, tenis de tela llenos de agujeros, una camiseta blanca pintada con lo que parece ser barniz de uñas rojo sangre que en el frente dice: «Coman mierda, un millón de moscas no pueden estar equivocadas», escrito con caligrafía irregular. Lo leo mientras me río para mis adentros.

—Pepe. O Petetoño, o Josetoño o Pepeantonio. Cómo quieras —dice casi sin respirar.

Tendré que decidir pronto cómo llamarlo. Es el primero de mis nuevos amigos. Señalo su camiseta, digo:

—Nunca lo había pensado. Pero no me atrae la idea en lo absoluto.

—No, a mí tampoco, pero me gustó la frase. Es de los anarquistas. Creo que la ponían en los muros en el 68. Sí sabes lo del 68, ¿no? —me sondea con la mirada.

No tengo ni idea. No estoy seguro si es un lugar de reunión, una clave o un año. Pero no me puedo permitir el lujo de quedar mal de buenas a primeras.

—Claro. ¡El 68! —repito, mientras suspiro.

—Uno de los maestros, el de química, estuvo en el 68 en Tlatelolco. Se salvó de milagro, se llama Chepe, pero le decimos el Chícharo.

De acuerdo. Es un año y un lugar. Qué manía tienen de no llamarse con sus nombres reales. Corro el inminente peligro de ser llamado «Sebas», o peor, «don Sebas» de un momento a otro. Antes de que suceda, me adelanto.

—A mí me gusta que me llamen Tián —tengo esa iluminación. Lo digo antes de que en este curioso lugar alguien tenga una ocurrencia peor. Y suena bien, como una campana que llama a la revolución, ¡Tián!

—Sale —se oye un poco decepcionado de no haberme podido bautizar.

Intento averiguar un poco.

—¿Qué andaba haciendo en Tlatelolco en el 68 el Chícharo? —y espero no ser demasiado obvio.

—¿Cómo que qué? Pues protestando junto con todos los demás estudiantes —baja la voz y me hace una confidencia—: Él era del Consejo Nacional de Huelga.

—¡Gueeeey —digo intentando expresar toda la admiración que me cabe en el cuerpo. Quedando bien, que le dicen.

—Sí, lo escondieron en uno de los departamentos del edificio Chihuahua. Una familia lo guardó en un clóset como seis días. Por eso no lo agarró la policía.

Tlatelolco, edificio Chihuahua, Consejo Nacional de Huelga, 1968, policía contra estudiantes. Voy rápidamente atando cabos.

—¡Qué suerte! —cambio de tema—. ¿No vas a entrar a clase? No hay nadie más que tú en el patio.

—¡Éjele, se ve que eres nuevo! Entrás si quieres, si no, no. Nadie te obliga. Se llama *autodeterminación*. Tú decides. Pero a la hora de los exámenes, muchos lo pagan.

Ya caigo.

—Y tú, ¿por qué no entras?

—Geografía. No vale la pena. Además, ya le dije a mi mamá que considero que sé lo suficiente para seguir con mi vida.

—¿Y qué te dijo?

—Se puso como loca. Que si no paso este año me meten a una militarizada. ¿Te imaginas qué oso?

Y por más que lo intento, no logro imaginarme al oso al que se refiere. Esa expresión sí que es nueva.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto.

—Me voy a meter al seminario de Geografía de las tardes. ¡Qué otra!

Así que no entra a clases, pero en el fondo sí entra. Este sistema es un poco raro pero parece funcionar. Hay clases por las tardes y entras o no voluntariamente. Tengo que averiguar bien como es la cosa para no acabar haciendo «el oso» que menciona Pepetoño.

Podrá parecer pedante, pero yo sí entré a todas las clases que me tocaban, y me enorgullezco de ello. Matemáticas, Historia, Educación Artística y Literatura. Son realmente buenas, los alumnos participan todo el tiempo y a pesar de que nadie levanta la mano con el dedo extendido para pedir la palabra, no es un caos. Los profesores simplemente te miran para que hables en el momento en que te toca.

Me pareció tan bueno que me quedé a dos seminarios. Llamé al tío Paco para que no se preocupara, pues me regresaría solo en camión. Uno de los seminarios es de historia de las revoluciones mundiales y otro de teatro. Ya

me invitaron a pertenecer al elenco que montará una obra que se llama *La cantante Calva*, de un tal Eugenio Ionesco. Leí un par de párrafos y está loquísima, como todos en esta escuela. Ionesco hace algo llamado «teatro del absurdo». Suena muy bien. Ya tengo como seis o siete amigos y amigas, pero nadie tiene nombre normal.

Por la noche, frente a unos huevos motuleños, le pregunté a Paco.

—¿Qué sabes del 68?

—Todo. Allí nos jugamos la vida por lo que creíamos entonces y creemos ahora.

—Cuéntame —exigí.

—No. Que te cuenten los que saben contar bien esas cosas.

Se levantó y revolvió un largo rato en la biblioteca, volvió con tres libros que puso sobre la mesa. Leí los títulos: *Días de guardar*, de Carlos Monsiváis; *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska y *Los días y los años*, de Luis González de Alba.

—Con eso tienes de sobra —afirmó dando unos golpecitos sobre la mesa.

Al rato, me descubrió revolviendo en los cajones de mamá. En ese cuarto que no usábamos y donde quedaban todavía muchas cosas y que a pesar de que regalamos la ropa, sigue lleno de inverosímiles artefactos que no nos decidimos a tirar a la basura. Llevaba yo en la mano un barniz rojo sangre.

—Si te vas a pintar las uñas yo escogería un color menos llamativo —me dijo con sorna.

—Es para poner un letrero en una camiseta —contesté un poco ofendido.

—¿Y qué va a decir la camiseta?

—Me llamo Sebastián —afirmé contundente.

VICTORIAS PÍRRICAS Y VERDADES DE PEROGRULLO

La gente es imbécil. ¿Cómo es posible que nadie, nadie, se dé cuenta que Superman es Clark Kent pero sin lentes? Y lo peor, que Luisa Lane, que trabaja con Kent y se besa con Superman, no se dé cuenta de que es la misma persona. Esto me lleva a pensar que, en resumen, la gente ve exclusivamente lo que quiere ver. Lo mismo pasa con casi todos los superhéroes, que con un antifaz, una máscara, una capa, dejan de ser quienes son para convertirse en otros, con poderes, a los que nadie con dos dedos de frente reconoce.

Por el contrario y con la lógica inversa, pienso que el caso de los luchadores de lucha libre es sumamente patético. Hablo de los enmascarados, claro. Pasan la vida entera cubriéndose el rostro frente a las multitudes, ocultando su identidad, para un buen día, en una lucha estelar, perder ese trozo de tela que era casi una segunda piel y ser exhibidos frente a todo el mundo.

Pero ¿para qué? Para dar paso a la decepción absoluta. Ése que cubrió durante toda su carrera sus rasgos distintivos resulta ser un perfecto y absoluto desconocido. En el fondo, daba igual que se pusiera o no la máscara. Sólo en su casa los conocen. Caso contrario sería si de repente, después de tres caídas sin límite de tiempo el Rayo Vengador de Chupícuaro, que luchó soberbiamente, que aguantó los embates de los malditos adversarios, que soportó caídas espectaculares y llaves durísimas, resultara, al ser despojado de su máscara, ¡el presidente de la república! Ahí sí que sería sorprendente. Tendría motivos para ocultar el rostro. En las mañanas en su despacho, firmando decretos, recibiendo embajadores, tomando decisiones cruciales.

Pero en las noches, ¡aaah, las noches! volando desde la tercera cuerda, arrancando gritos y suspiros de las multitudes, haciendo que los niños lo imitaran.

Esto nunca va a suceder. Y los niños jamás imitarían a un simple presidente de la república.

El enmascarado que pierde su máscara puede ponerse otra y seguir luchando. A la larga, si es desenmascarado, nadie recordará su verdadera cara. Lo que importa es la máscara, el papel que actúes, lo imponente que te muestres. Luego, puedes seguir con tu vida normal sin que nadie te moleste y ser, simplemente, el carnicero amable, musculoso pero amable, que le da dos kilos de costilla, una vez por semana, a la muchachita que vive en la esquina.

El caso es que todos nos ponemos la máscara, el antifaz, la capa, las botas, para de vez en cuando no pasar inadvertidos. Para no ser uno del montón. Pasar de ser el tipo tímido de lentes que no mataría ni una mosca, para, instalado en su papel, ser capaz de salvar al universo. Se trata, simplemente, de hacer actos extraordinarios a pesar de ser, solamente, personas ordinarias. Pero, habrá que decirlo, este país es muy raro, porque la delgada línea que divide a ídolos de pobres diablos se rompe constantemente. El portero que para el penalti es un héroe, el que no, es un pendejo. No hay medias tintas ni tonos grises en un mundo creado en blanco y negro.

Hay casos extremos, en los que el héroe debe ser prudente y emprender la franca retirada con la mayor dignidad posible y la cara intacta.

Yo prefiero ser de éstos.

El colegio que está pared con pared con el nuestro es de curas. Sólo hay «varones», como les encanta decir a los ensotados. Más que varones, los considero salvajes hechos y derechos. Cada vez que tienen la más ligera posibilidad, intentan mostrar sus cualidades boxísticas utilizándome a mí y a mis compañeros como *sparrings* de lujo. Nosotros somos serenos, utilizamos la palabra y el convencimiento para evitar la confrontación. No siempre con buenos resultados.

Somos intelectualmente superiores y muscularmente nulos.

Hace un par de días, tres «varoncitos» tenían contra la pared de la esquina a uno de los nuestros. Uno de los nuestros pequeño, de pelo largo, pacífico como Gandhi. Lo empujaban una y otra vez, orgullosos de su físico y de su

número. El pequeño, llamado Matías pero al que todo mundo apodaba Micromachín, por su tamaño, obvio, tenía los brazos en la cara, para protegerse de los golpes y tal vez para ocultar unos ojos arrasados por el llanto. No había nadie alrededor a quién recurrir. Ir y volver corriendo hasta la escuela por refuerzos hubiera significado su ruina. Me iba a rifar el físico contra mi propia convicción de que eso de los golpes no vale la pena. Ni modo.

No lo dudé, sin pensarlo siquiera, con una rabia inmensa, empuñé la mochila como supongo lo hubiera hecho David contra Goliat y corrí hacia ellos, gritando todos los improperios que conocía y otros que fui inventando en esos veinticinco metros que parecieron decenas de kilómetros; avancé, como debió haberlo hecho la carga de la brigada ligera, ésa famosa e inútil escaramuza de la caballería inglesa contra las tropas rusas en la Guerra de Crimea.

En mi cabeza se escuchaban los cascos de los corceles, de cientos de corceles briosos y negros como la noche, las órdenes gritadas entre el humo de los cañones, la sangre formando un inmenso río, la pólvora picante entrando en las narices. A escasos dos metros de mi objetivo, que no era más que la cabeza del mayor de los abusadores, todo empezó a correr en cámara lenta.

El grandote miró hacia mí. Los otros dos también. Sus cabellos engominados, de los tres, no se movieron ni un centímetro de su sitio. Matías aprovechó el momento de confusión y, al sentirse liberado, comenzó a correr hacia la escuela. Él sí, con el pelo suelto revoloteándole en la espalda.

A un metro comencé a tomar impulso con la mochila en el brazo, de atrás adelante.

A treinta centímetros estaba a punto de lanzar el golpe.

A veinte, la mochila cayó con toda su fuerza sobre la cabeza del enorme, porque de cerca no era grande, era enorme, engominado, pero él sonrió.

A los diez centímetros, su puño se estrelló contra mi cara.

Dos segundos después, caí, cuan largo soy, con la nariz rota, sobre el cemento caliente de la tarde.

Media hora después estaba en la enfermería. Los tres matones, al ver lo sucedido, huyeron como ratas que abandonan el barco que se hunde.

Aparentemente fue una victoria de ellos, pero sé que fue definitivamente mía. Logré que no golpearan a Matías, escaparon asustados y me volví el héroe de la escuela. Nunca los volví a ver. Supongo que mi sangre espanta mucho más que mis gritos.

Paco quiso levantar una queja en la escuela de los curas y se lo impedí. El honor es una cosa importante y dentro de esa curiosa cualidad, por lo que sé y por todo lo leído, no cabe la delación. Opté, como personaje de A. E. W. Mason, por el silencio más profundo y envié a los tres aprendices de cura en un sobre para cada uno, dirigidos a su nombre, con preciosa caligrafía gótica, una pluma de gallina blanca. Pero supongo que no habían leído ni leerán *Las cuatro plumas...*

Así, a mi manera, los llamaba lo que eran: unos cobardes.

Al tío Paco le encantó el gesto y me hizo una cena de desagravio; a mí y a mi nariz llena de esparadrapo. También vino Matías, que se divirtió como loco con las aventuras que no paró de contar Paco hasta que se hizo muy tarde. Nos leyó el soneto llamado «A una nariz» de Francisco de Quevedo:

*Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un peje espada muy barbado.*

*Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.*

*Érase el espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce Tribus de narices era.*

*Érase un naricísimo infinito,
muchísimo nariz, nariz tan fiera
que en la cara de Anás fuera delito.*

Unos días después, las chicas se acercaban a tocarme la espalda, a mirar el tabique desviado, a llenarme de lisonjas, de arrumacos. Lo más cercano al paraíso.

Era el más popular de toda la escuela.

Lo que a otros les toma años, a mí me costó tan sólo un simple puñetazo.

DE LA VIRTUD DE LOS SUEÑOS

Despierto sobresaltado. Un ruido enorme, profundo, salido de una entraña que no logro distinguir, me ha arrancado del sueño. Me quedo sobre la cama, expectante, esperando que se repita. No enciendo la luz. Lentamente voy recuperando el compás de mi respiración, que de agitada se torna más tranquila. Espero sumido en la oscuridad. La espera me parece interminable.

Nuevamente sucede.

Esta vez es más fuerte y penetrante. Me parece un poco lastimero, suena como el rugido de un gran felino a pesar de que sé, a ciencia cierta, que en medio de la ciudad de México no hay grandes felinos. Unos segundos después escucho también la respuesta, otro rugido, pero éste, muy muy lejano. No hay ruido en la calle. Miro el despertador que tengo en la mesita de noche: 4.23 de la mañana. Es una hora triste donde suele imperar el silencio. Excepto por esos rugidos que se contestan en medio de la noche.

Decía Oscar Wilde que podía resistirlo todo, excepto la tentación, y yo, un ser de casi quince años, no soy nadie para contradecirlo. Caigo en la tentación y me levanto. En las tinieblas de mi cuarto me visto a tientas; no quiero encender la luz y despertar a Paco que duerme en la habitación de al lado. Jamás encuentro uno de los calcetines. Lo doy, una vez más, por perdido; este mes llevo cinco. La señora que nos ayuda a lavar la ropa dice que es una maldición. Por el contrario, pienso que alguien en algún lugar los necesita más que yo. Me imagino siempre a un gnomo simpático y mínimo que tiene una colección de mis calcetines sobre la chimenea y que muy coqueto se los va poniendo sobre la cabeza frente a un espejo, mientras decide cuál es que mejor le va, dependiendo de la hora del día y del clima imperante.

El rugido ha vuelto. Apremiante. Más sonoro y profundo que la última vez. La respuesta tarda un poco más en llegar; es, por lo contrario, triste, quejumbroso.

Salgo de la casa de puntillas, con tenis pero sin calcetines. Es curioso pero no hace frío a pesar de ser plena madrugada. Me planto en la banqueta y en cuanto se oye de nuevo, alzo inmediatamente la cabeza. Proviene de lo más alto de ese edificio de tres pisos que hay del otro lado de la calle. Hacia allí encamino mis pasos.

Me va guiando. Suena dos o tres veces más mientras voy subiendo las escaleras rumbo a la azotea. La puerta estaba abierta de par en par, esperándome. Parecería que soy el único que lo escucha. Todas las ventanas de la calle están sin luz. La ciudad duerme aparentemente tranquila, mientras yo sigo el llamado de la selva.

Llego hasta allí. Ya no hay rugido. Es sólo un ronroneo poderoso que proviene del fondo de la azotea, donde están las jaulas metálicas en las que las muchachas ponen a secar al sol las sábanas para que no se pongan amarillas.

En la última de todas, cerrada con un pasador, hay un tigre de Bengala enorme que me mira llegar. No gruñe. No se mueve. Me quedo inmóvil. Debe pesar por lo menos trescientos kilos. Es bellissimo. Sus rayas negras y naranjas resplandecen esplendorosas a la luz de esa luna que ha salido de golpe a iluminarlo.

A lo lejos se escucha el otro rugido, el que contesta. Es cada vez más lastimero, urgente, absolutamente desconsolado.

El tigre me mira fijamente. Yo doy un par de pasos. Él se pone tenso como un arco, expectante.

Vuelve a mirarme y luego deposita sus ojos en la puerta de la jaula. Son los ojos más claros y penetrantes que he visto en mi vida.

Me pide sin decirlo, porque los tigres no hablan, que abra la puerta. Que lo deje salir para que pueda ir en busca de su amada. Esa tigresa que desde el otro lado de la ciudad lo espera.

Avanzo. Toco el pasador con una mano. El tigre no me mira. Mira hacia delante, hacia la libertad, hacia el sur.

Me hago a un lado. No quiero que en su urgencia se abalance sobre el ser

sin calcetines que entiende perfectamente esas cosas que tienen que ver con el amor.

Abro la puerta y sale como un rayo negro y naranja.

Da dos o tres espectaculares, preciosos, magníficos saltos y se detiene de golpe. Escucha a la distancia el rugido. Voltea la cabeza, cierra los ojos un instante, en un guiño que agradece la libertad y la vida.

Yo, ceremonioso, bajo mi propia cabeza, como debe hacerse ante quienes nos inspiran respeto, nunca miedo.

El tigre, se abalanza hacia el cubo de las escaleras. Lo último que veo es un destello de cola.

Voy hacia la barandilla para ver la calle. Desde allí miro cómo el tigre corre por en medio de ella con toda su fuerza, su magnificencia, su libertad recobrada.

Escucho el último rugido de la noche, ése que dice: «Ya voy, espérame, no pierdas la esperanza».

Vuelvo a casa. En mi mesita de noche hay un libro de poemas de Luis Rius, fue lo último que leí antes de acostarme; Rius era un caballero español transterrado en México y que de esta patria hizo su patria.

Enciendo la luz. Leo:

*Cazaba el tigre palomas
y en sus fauces las traía;
él pensaba que eran flores,
manjar que nunca comía.
A la tigre se las daba
al llegar a su guarida.
Ella lo amaba por eso,
por su mucha cortesía.*

Apago la luz. Duermo a pierna suelta lo que queda de noche. Sonriendo.

DE CÓMO UNO TAMBIÉN PUEDE OÍR AL MUNDO

Vuelvo de la escuela en medio de esta primavera de asfalto feroz en que se convierte la ciudad todos los años. No es lo mismo treinta grados centígrados en unaplaya del Caribe, con el viento contra tu cuerpo desnudo, que, los mismos treinta, rodeado de cemento y ladrillo, mochila con más de cinco kilos de libros escolares al hombro, zapatos y calcetines.

Amenazaba con derretirme sin el más mínimo recato. Churretones grises de humedad inundan mi frente y mis mejillas. Llego a casa como si hubiera ido a resistir con las tropas coloniales inglesas en la batalla de Isandhlwana, el 22 de enero de 1879, contra miles de asombrosos y fieros guerreros zulús. Esto quiere decir, vencido. Aunque claro, habrá que decirlo, jamás habría estado del lado de los ingleses por varios motivos. Uno: porque estoy en contra de cualquier intromisión de otro país en la libre autodeterminación de los habitantes originarios del país invadido. Dos: porque esa batalla significó la primera derrota de las tropas inglesas en el continente africano y me alegro. Tres: porque los ingleses luchaban con enormes chaquetones de lana color rojo, polainas y cascos, contra zulús, semidesnudos, a más de cuarenta grados a la sombra, mucho más inteligentes los segundos que los primeros. Cuatro y último: porque prefiero ser zulú, si se trata de escoger bando.

El caso es que este zulú que soy y que viene asándose de la calle, encuentra dentro de la casa una sombra refrescante y protectora que me acoge. El tío Paco está en calzoncillos y camiseta, con chanclas, leyendo acostado en la sala, escuchando jazz. Me bebo un litro de agua fría sin respirar y me quito los zapatos uno contra otro lanzándolos a cualquier parte.

Uno pega contra la mesa del comedor y el segundo pasa a escasos centímetros de la cabeza de Paco, que separa los ojos del libro y se percata de mi presencia.

—¡Hombre, bonita manera de saludar!

—Fue sin querer —digo, y me siento en el sillón a su lado.

—¿Cómo te fue?

—Bien. La escuela es muy divertida, todo el tiempo pasan cosas curiosas.

—¿Ejemplo? —preguntó él con esta forma que ya se volvió habitual entre nosotros.

—Hoy, en asamblea, fue expulsada del salón la maestra de geografía. Los propios alumnos dieron la clase. ¿Sabes cuál es la capital de Mongolia?

—Sí —contestó mientras su mirada iba de las páginas del libro a mí y viceversa, constantemente.

—Yo también. Creo que voy aprendiendo mucho más rápido y mejor que antes. Este colegio es mejor.

—¿Y Roxana? Hace mucho que no la veo —dijo, mirándome por primera vez a los ojos desde que comenzó la conversación.

—Yo tampoco. Se quedó en la otra escuela —y, al decirlo, fue como si hubiera dicho que se quedó en una isla desierta, será que pensé por primera vez en Roxana después de varios meses—. No fue a propósito —aclaré, como si me excusara por una grave falta— nos dejamos de ver poco a poco, hablábamos de cosas distintas, pensábamos en cosas distintas, nos gustan películas distintas.

—Eso quiere decir que están creciendo de manera distinta, ¿no? Ella, los otros amigos, tú también. No es malo. Cada quien se va haciendo a sí mismo y encontrando nuevas afinidades, nuevos gustos, nuevas maneras de ver el mundo. Cada canción, cada sueño, cada encuentro fortuito o premeditado, cada película vista, cada libro leído te hacen una persona diferente, te determinan. Eso es lo que se llama una «educación sentimental».

—¿Cómo? ¿Cuál es la diferencia entre una educación y la otra? ¿La que dan en la escuela y la que tú dices?

—En la escuela te enseñan cómo ser ingeniero, médico, historiador, abogado, arqueólogo. La educación sentimental te hace ser persona. No sirve de nada tener buenos historiadores o arquitectos, si antes no son buenas

personas. Hay que encontrar el equilibrio entre una y la otra.

—¿O sea que necesitamos, más que otra cosa, buenas personas que sean arquitectos, ingenieros y abogados? —pregunté.

—Entendiste perfecto. Un muy buen químico será un mucho mejor químico si dedica sus esfuerzos a causas nobles y no simplemente a ganar dinero con lo que sabe. Jonas Salk, el descubridor de la vacuna contra la polio, se la regaló al mundo, ¿sabías? Podría haberse hecho multimillonario, pero prefirió que todos tuvieran acceso a la vacuna. Por desgracia no todos piensan igual. Vivimos en tiempos banales donde el dinero parece ser más importante que el bienestar común. Cómo se ve que los que nos gobiernan nunca leyeron de chiquitos *Robin Hood*. Bueno, ni de grandes tampoco,

—Yo sí. Parece ser que conforme uno se vuelve mayor, el dinero tiene más importancia en tu vida.

—Sí, es lamentable. Y hay, por supuesto, cosas más importantes. Y antes de que preguntes: ¿qué, por ejemplo? Lo sabrás, oyéndolo.

Se levantó de su lugar y se fue hacia el estéreo. Buscó un rato hasta que una sonrisa iluminó su rostro. Triunfal se dio la vuelta y desde lejos me mostró la portada de un disco de acetato de 33 revoluciones. Desde donde yo estaba sólo pude distinguir la silueta de un personaje. Lo puso cuidadosamente sobre el plato del tocadiscos y después de un par de diminutos «schrhssss» comenzó a sonar una voz profunda, bella, melancólica, llena de sentimiento y emoción que, más que cantar, platica.

Me encantó. Todo. La música, la voz, la aparente sencillez de lo que estaba diciendo pero, sobre todo, lo que se ocultaba detrás de las palabras. Después de comer apresuradamente, sin dejar de escuchar una y otra vez la voz de Louis Armstrong, mientras Paco lavaba los platos, me di a la tarea de traducir la canción en mi diario. Aquí la tengo. Se llama «Un mundo maravilloso».

*Veo los verdes árboles y también las rosas rojas,
veo cómo florecen para nosotros dos
y pienso para mí mismo que es un mundo maravilloso.
Veo los cielos azules y las blancas nubes
el bendito luminoso día y la sagrada y oscura noche*

*y pienso para mí mismo que es un mundo maravilloso.
Están también las caras de los que pasan
y veo a los amigos dándose la mano y diciendo: ¿cómo te va?
pero lo que realmente dicen es: te amo.
Oigo bebés llorar, los miro crecer
ellos sabrán mucho más de lo que yo sé
y pienso para mí mismo que es un mundo maravilloso.
Sí, pienso para mí mismo que es un mundo maravilloso.*

Después de doce o trece veces de escuchar el disco, Paco fue hasta la tornamesa y lo quitó.

—Sebastián, incluso las cosas maravillosas se gastan.

—Es que me parece de una pequeñez tan tan —buscaba la palabra— enorme, los dos extremos, que estoy entre la risa y el llanto, no sé qué hacer —dije guardando el cuaderno en la mochila.

—De eso se trata la educación sentimental. De poder reírse y llorar cuando lo necesites. De no usar una fachada falsa de ti mismo. De construir los sentimientos con sensaciones aparentemente diferentes. Porque como decía *El principito*, de Antoine de Saint-Exupery: «Sólo con el corazón se puede ver bien, lo esencial es invisible para los ojos». ¿Te quedó claro?

—Sí. Éste, a pesar de todo, es un mundo maravilloso.

DE CÓMO EL UNIVERSO SE INSTALÓ EN UNA SALA

El fin de semana pasado tuve que quedarme en el departamento de la tía Pili. Ella es la hermana mayor de mi madre, un poco cursi, un poco deschavetada, un poco, no sé; un poco tantas cosas que resulta que de poco en poco se hace un mucho de todo. Paco tuvo que ir con su amiga Aurora a la boda de no sé quién en no sé dónde, pero fuera de la ciudad. No había otras opciones; los nuevos amigos de la nueva escuela todavía no eran lo suficientemente amigos para instalarme en sus casas y la posibilidad de que me quedara solo en nuestro propio hogar no atraía demasiado a Paco. Así que, ¡con la tía Pili!

Habría que decir que es una bellísima persona. Que me regaló aquellos patines de hielo blancos que ahora son negros y con los que voy una vez cada quince días a hacer mis pininos en la enorme y blanca superficie helada. No soy un jugador de hockey, más bien Bambi recorriendo con la espalda y el culo, las rodillas, la panza, todo lo largo y ancho de la pista. Tengo la sensación de que no es lo mío, lo mío. Pero ese frío que se te mete por las narices, esa sensación de volar (que no he logrado), ese tener que ponerse un suéter en pleno tórrido verano, me transporta a un lugar casi mágico donde pueden pasar cosas maravillosas. El caso es que la tía Pili es buena, pero algunas veces se le va un poco la onda. Paco me hizo una serie de recomendaciones que olvidé en cuanto me las dijo; excepto tal vez la de no intentar llevarle la contraria. Al subirme a su camioneta entendí el porqué.

Primero me llenó de besos y enseguida criticó severamente mi manera de vestir, luego mi pelo, el tamaño de las uñas, la inexistente suciedad detrás de las orejas, los tenis manchados de barro... Para cuando llegamos a la

siguiente calle, el repertorio era infinito. La tía Pili tiene una capacidad asombrosa para encontrar los defectos y descuidos de los demás con sólo echarles una ojeada. La segunda cuadra la utilizó para hacerme un durísimo interrogatorio acerca de mis hábitos alimenticios, la siguiente para saber todo lo que pudiera sobre esa *rara* escuela en la que estudiaba, luego pasó a enumerar todos los defectos y las fallas de carácter del tío Paco y cómo desde joven había vivido en un mundo de fantasías y no en la vida real donde la gente normal se gana el dinero con el sudor de su frente.

Para cuando llegamos a la mitad del recorrido, más largo que uno de los viajes de Ulises, yo sólo había podido, entre las parrafadas interminables de la tía, intercalar mucho silencio y algunos monosílabos, ya que ella preguntaba y se contestaba simultáneamente con frases del tipo: «Seguro no comes brócoli, ¿verdad?». Llegó la peor de todas las preguntas, la que me estaba temiendo y no sabía cómo evitar.

—¿Y no te gustaría vivir conmigo? —dijo en cuanto se puso la luz roja del semáforo y me miró, como supongo que mira un niño por la vitrina de una pastelería.

Suspiré hondo y fuerte. No tenía demasiado tiempo. Una negativa hubiera significado el preámbulo de una dramática escena de telenovela mexicana, con despecho, celos, ira, tristeza y otros muchos aderezos de su repertorio trágico. Afortunadamente, porque me lo temía, tenía una respuesta preparada.

—¡Me encantaría! Pero tu hermana dejó en su testamento que la patria potestad estaría en manos de Paco. ¡Yo no tengo nada que ver!

Se quedó callada ante la contundencia de la afirmación. Jamás de los jamases se atrevería a contradecir a su hermana muerta, para mi dicha y su desgracia. Pero como lo sé desde muy pequeño, si la tía Pili no pierde, empata.

—Aaah —dijo poniendo cara de princesa rusa en el exilio—. Pero sí te gustaría, ¿verdad?

—¡Claro! —dije exhibiendo la más cínica de las sonrisas.

—¿Quieres un helado?

Y yo, consciente de que hacia allá íbamos sin escalas, moví la cabeza con alegría, de arriba abajo, como un perro al que le enseñan un hueso, demostrando mi entusiasmo ante la genialidad de la idea.

Una vez instalado en el departamento de la tía Pili, en un cuarto de visitas con sábanas de lino y colchas bordadas, todo él oliendo a lavanda, me dejé caer sobre la cama pensando en lo interminables que serían las próximas horas.

Esa noche cenamos ensalada. ¿A quién se le ocurre semejante cosa? ¡Y me la comí sin chistar para evitar cualquier enfrentamiento! Ya ni se me ocurrió decirle que el tío Paco piensa que la ensalada es «la comida de la comida» y que la mejor verdura, en sus palabras, «siempre ha sido el jamón serrano». Hay una tremenda manía colectiva para que los niños y los preadolescentes en etapa terminal de crecimiento coman cosas verdes y generalmente insípidas. Yo siempre digo que en el fondo sí las como; porque, al comerme ese filete de vaca, gordo y jugoso, me estoy, en el fondo, comiendo, la hierba que la vaca se comió. Por lo tanto, ¡sí como cosas verdes!

La tía Pili, en cambio, dice que es «ovolacteovegetariana», una larguísima palabra para decir que no come carne, punto. A medianoche me levanto sigilosamente y busco algo sólido en su refrigerador, pero está más vacío que la mente de algunos políticos que hablan por la televisión. Hay leche y galletas, menos mal. Me termino el paquete entero remojándolo en el vaso e intentando no despertarla con mordidas y sorbidos que a mí me parecen que resuenan en todo el edificio. No hay mayor placer que comer a escondidas, las cosas saben muchísimo mejor.

Después del atracón, y de esconder hasta el fondo del bote de basura el paquete vacío de galletas, me voy al cuarto y leo un rato *Palabra sobre palabra*, del poeta asturiano Ángel González. Hay un texto maravilloso que se llama «Cumpleaños» y que aquí transcribo, porque me gustó y porque yo mismo estoy a punto de cumplir quince. Es como un regalo anticipado para mí mismo.

*Yo lo noto: cómo me voy volviendo
menos cierto, confuso,
disolviéndome en aire
cotidiano, burdo
jirón de mí, deshilachado*

y roto por los puños.

*Yo comprendo: he vivido
un año más, y eso es muy duro.
¡Mover el corazón todos los días
casi cien veces por minuto!*

*Para vivir un año es necesario
morirse muchas veces mucho.*

Dormí de corrido el resto de la noche. Al amanecer de un nuevo día, un sonido extraño, monótono, como de una sorda trompeta tapada por un trapo inundó mis dominios temporales; tardé mucho tiempo en descubrir que no venía de la habitación sino de fuera. Atolondrado, a las seis y media de la mañana de un sábado que comenzaba demasiado pronto, fui siguiendo el sonido como las ratas al flautista de Hamelin hasta la puerta, donde me esperaba una sorpresa inolvidable...

Habían quitado todos los muebles de la sala y los tenían apilados contra la mesa del comedor; sobre la alfombra había seis mujeres, entre ellas, por supuesto la tía Pili y un hombre barbado, todos vestidos de un blanco immaculado, sentados en posición de Flor de Loto repitiendo un *ommmmmmmmmmmmmmm* gutural e infinito, con los ojos cerrados y las manos puestas sobre las piernas. Ése era el sonido que me sacó de la cama y que en este ridículo momento estaba por hacerme lanzar una sonora carcajada. Me contuve. Desde el quicio de la puerta de mi cuarto pasé largo rato observándolos, sólo tomaban aire entre *om* y *om*, y parecía que no iban a terminar nunca; estaban tan concentrados que si en ese momento hubiera pasado por encima de ellos una manada de elefantes, tan sólo habrían sentido la brisa en sus cabellos. Miré mejor al curioso grupo, uno a uno.

La más delgada de las mujeres era la tía Pili; será que sólo comía verduras. Las otras cinco eran parecidas y rellenitas. Todas de cabello largo y lacio. Llevaban en la frente una especie de pequeño manchón de color rojo y la casa entera olía a un incienso fuerte y penetrante que después me enteré que se llama sándalo.

El hombre tenía una barba larga y tupida que le llegaba hasta el cuello.

Desde donde yo me encontraba podía verlo perfectamente, pero él a mí no. Noté que de vez en cuando abría sigilosamente los ojos, como comprobando que todas las mujeres siguieran con los suyos cerrados y luego sonreía y asentía un poquitín con la cabeza.

El hombre debía ser también vegetariano porque estaba en los huesos. Cada vez que respiraba hondo para volver a empezar con su *om*, se le marcaban las costillas en la camisa blanca, casi transparente. Él era el único sentado sobre un pequeño cojín de color morado. Lo entiendo. Casi sin nalgas, sobre el suelo duro a pesar de la alfombra, seguro debía estar incomodísimo. Las mujeres tenían el cojín integrado en su propia anatomía. Todas. Incluso la tía.

No estaba seguro de lo que pretendían lograr con ese interminable sonido que empezaba a desesperarme. Y de repente, cesó. Todos abrieron los ojos casi al mismo tiempo y se quedaron viendo, sonrientes y complacidos.

La tía Pili sonreía más que los demás. Al notar que una de las mujeres me miraba fijamente, como si yo fuera una bacteria maligna que hubiera entrado a un laboratorio estéril, alzó rápidamente la voz.

—Es mi sobrino Sebastián, mi preferido —yo hice un gesto con la cabeza y una mueca amigable. No quise contradecirla frente a sus amigos y aclarar que era su único sobrino.

Se levantaron todas ellas y me dieron la mano una por una mientras decían sus nombres. El barbón siguió sentado tan campante, contemplándome desde el suelo. La tía Pili lo señaló con un inmenso respeto.

—Él es Jean-Luc, nuestro chamán.

Me acerqué lo más que pude al oído derecho de la tía Pili y le pregunté, muy bajo, qué hacían a horas tan intempestivas de la mañana. Ella, imprudente, contestó alegre y en voz alta, como si fuera lo más natural del mundo.

—Estábamos conectándonos con el universo.

—Aaah. ¿Y lo lograron? —pregunté mientras abría desmesuradamente los ojos.

—¡Claro! Todas las energías cósmicas se canalizan en el mantra y nos enlazan interior y exteriormente con el cosmos.

—Felicidades —le expresé, sin haber entendido una sola palabra de lo

que acababa de decirme.

—Vamos a *saludag* al sol —dijo el chamán con un acento francés de los que sólo había yo escuchado en las caricaturas de la televisión. La tía Pili me tomó de la mano y me acercó al grupo.

—No les importa que Sebastián nos acompañe, ¿verdad? —afirmó, más que preguntar, como sólo ella sabe hacerlo.

El chamán se levantó y todos miraron hacia la ventana, donde estaba, efectivamente amaneciendo. Un sol tímido y naranja pálido apenas se asomaba por entre las siluetas de los edificios vecinos.

—Junten las manos, *pog favog* —ordenó el francés.

Todos lo hicimos.

—*Agodíllense* —y también lo hicimos.

Y así, arrodillados frente a la ventana, esperamos hasta que el sol inundó nuestras caras y nuestros cuerpos. Yo pensaba un montón de cosas en esos momentos; cosas que iban desde la fascinación por lo desconocido y novedoso, hasta frases sarcásticas por lo curioso de la situación. Todos de blanco, excepto yo, que llevaba un pantalón de pijama azul y una camiseta negra estampada con la cara de Albert Einstein sacando la lengua. Confiaba en que los saludadores del sol no fueran a pensar que me la había puesto a propósito para burlarme de ellos.

La ciencia contra la creencia.

Recordé una de las frases de Einstein que tengo anotada en mi diario: «Cada día sabemos más y entendemos menos».

Y a ese tronco en medio del mar del esoterismo me aferré.

Quería entender, así que seguí las instrucciones al pie de la letra. Uno debe tener la capacidad de analizar lo que ignora y no descalificarlo de golpe y porrazo; desmenuzar cada uno de los hechos para comprender el todo. Pensé en lo que sabía y lo que había aprendido en la escuela. Sabía, por ejemplo, que muchas culturas mesoamericanas y, por supuesto, la egipcia eran adoradores del sol como el gran astro generador de la vida. Había muchos cultos dedicados a él. En la Grecia antigua los dioses que lo representaban eran Helios y Apolo. Cada día Helios conducía su carro de oro a través del cielo proporcionando luz a dioses y mortales; al anochecer se sumergía en el océano occidental, desde donde era conducido en una copa de

oro de regreso a su palacio. Por su parte, Ra, entre los egipcios, es ese dios con cabeza de halcón y cuerpo de hombre que lleva sobre aquélla un disco solar. El caso es que el sol es y ha sido desde tiempos inmemoriales el astro rey; el que impide que vivamos sumidos en las tinieblas. Hoy, existen maneras distintas de adorarlo. Mientras me empieza a dar en la cara, entrando por la ventana, pienso en la enorme cantidad de personas que todos los días en las playas del mundo exponen sus cuerpos desnudos, o semidesnudos, si no quieren acabar en una celda, como una especie de sacrificio al sol. Parecería que no quieren ser blancos deslavados y en cambio, sí bronceados, dorados, morenos. O por el contrario, la cantidad de mujeres que usan cremas blanqueadoras sobre su cara y cuerpo para aclarar el tono de su piel. Con lo que se demuestra plenamente que el ser humano nunca quiere ser lo que es.

Podría haber seguido mucho tiempo pensando en el sol y los hombres, pero el chamán habló nuevamente.

—Es todo —concluyó, y yo, de reojo, miré el reloj de la cocina. Habíamos estado allí arrodillados por más de media hora. Nos incorporamos.

—Gracias Jean-Luc —soltó la tía Pili—. Fue muy emocionante.

Emocionante es subirte a una montaña rusa, entrar a una jaula con orangutanes, saltar en un paracaídas. Pero ¿arrodillarte a saludar al sol? No, definitivamente no. Otra cosa sí, pero no emocionante.

Todos se dieron besos y abrazos entre sí. Yo lo evité en la medida de lo posible. Estaba ahí de pura casualidad, no era miembro del club ni quería serlo por el momento.

Ayudaron todos, menos el chamán, a poner la sala en su lugar. Él miraba a algún punto en la pared. Tenía una bolsita tejida que acomodó en la mesa del comedor disimuladamente. Todas las mujeres, antes de marcharse, pusieron billetes de varias denominaciones dentro de la bolsita.

Por fin se marcharon. Yo me moría de hambre. Propuse un omelet de huevos y queso y afortunadamente eso sí entraba en la dieta de Pili. Ella seguía muy entusiasmada, lo refrendó mientras comíamos.

— Jean-Luc es un hombre santo. Pasó muchos años en el Amazonas y la India aprendiendo sobre plantas, buscándose a sí mismo y ahora es nuestro maestro. Un hombre santo al que lo material no le importa nada. Pronto nos va a enseñar a levitar.

No resistí.

—¿Entonces para que le dieron dinero? —pregunté angelicalmente.

—¡Ahhh!, eso... Es para construir su *ashram*. El lugar sagrado donde se medita —afirmó quitándole importancia.

En aparente desagravio, la tía me llevó a la pista de hielo y luego al cine. Todo el tiempo la vi muy pensativa. Cuando me devolvió a casa el domingo por la tarde, sin bajarse de la camioneta y después de llenarme la cara de besos húmedos, me puso en las manos un libro.

—Sé cuánto te gusta leer. Éste es de mi chamán, te va a gustar.

Miré el título: *El arduo camino hacia la perfección*. Lo metí en la mochila lo más rápidamente que pude.

—Ojalá vengas más seguido a la casa. Es tu casa —y yo cerré la puerta de la camioneta, mientras ella me saludaba con la mano y seguía lanzándome besos que afortunadamente eran frenados por la ventana.

No le conté a Paco la experiencia metafísica a la que me enfrenté. Sólo hablé de la pista y el cine y el desayuno y los hábitos alimenticios de su hermana que, sin duda, dejaban mucho que desear.

Esa misma semana, al salir de la escuela, vi al chamán en un restaurante de la Condesa, sentado en una mesa en la calle, muy feliz con una muchacha guapísima. Se reían y bebían grandes copas de vino.

Era un restaurante argentino. No estaba meditando.

Se estaban comiendo muy felices, los dos, un churrasco enorme. Luego se fueron en un convertible rojo. Me miró desde lejos al subirse al coche, no me reconoció, por supuesto.

Yo, como Einstein, le saqué la lengua.

Llegué a casa, busqué el libro que seguía en la mochila y lo tiré a la basura.

CAPITANES Y GRUMETES

Las leyes del mar son tan inexorables como las horas. Y sólo los aptos sobreviven a las adversidades, a lo veleidoso del clima y las corrientes, a la ferocidad de las criaturas marinas, pero sobre todo, al carácter voluble, recio, explosivo, de los capitanes de navío.

Embarcarse en un buque a los quince años es el sueño de todos los que han leído a Julio Verne; y posiblemente de los que no lo han leído también; hay una enorme fascinación con el mar y con lo que en él se encuentra, real o aparente. Desde la más remota antigüedad, el mar no es sólo medio de sustento o carretera líquida. Ha sido, es y será el medio y el mensaje para intercambiar mercancías, especies, culturas, idiomas, ideas. El mar es el principio de todo y a la larga, será nuestra tumba.

No tengo camarote, por supuesto, soy un simple grumete que comparte, junto con otros tantos, un enorme galerón por debajo de la línea de flotación de nuestro velero de tres palos. Hemos acomodado las hamacas de tal manera que esto parece el tejido de una telaraña, pero sin orden ni simetría. Para llegar hasta el lugar donde duermo, tengo que cruzar por entre seis o siete puentes colgantes que contienen marineros malencarados y algunos borrachos, los cuales, sin dudar, si son despertados bruscamente, te clavarían una navaja que te rompa el corazón, sin ningún remordimiento.

Pero hasta ahora no he tenido problemas; me miran con desconfianza y cierta simpatía. Será que soy el más joven de todos, el que menos experiencia tiene, el que está siempre dispuesto a los trabajos más duros y menos honorables, como limpiar letrinas o fregar pisos, o pulir sextantes. Me tratan como si fuera una mascota. Me queda claro que para ganarse la confianza de estos sobrevivientes de miles de catástrofes hay que ganarse primero su

respeto. En un barco todos dependen de todos; una equivocación puede costar la vida de muchas personas, por lo tanto, *cautela*, *serenidad* y *prudencia* son hoy por hoy, mis mejores amigas.

Lo primero que aprendí fueron las palabras básicas para estar a bordo de la nave sin cometer una barbaridad que causara risas o algo mucho peor: babor (izquierda), estribor (derecha), proa (frente), popa (parte trasera).

Estamos a bordo de una fragata de tres palos llamados *mayor* (como su nombre lo indica, el más grande de todos), *trinquete* (que está arbolado, o sea con velas, más cerca de la proa) y de *mesana* (el más cercano a la popa). Parece ser que en cuestión de términos náuticos hay unas complicaciones terribles porque, por ejemplo, también se dice que la mar está *arbolada* cuando se encuentra agitada, y los palos pueden ser llamados indistintamente mástiles.

En los últimos días he escuchado cómo nombran a todas y cada una de las velas, pequeñas, grandes, minúsculas, que componen la arboladura del barco y las he apuntado, aunque todavía no logro identificarlas: «gavia alta», «gavia baja», «sobrejuanete de mayor», «sobreperico», «velacho alto», «velacho bajo», «estay de sobremesana», «cangreja» y «petifoque» son sólo algunas. Ser marinero de fragata y aprender todos los nombres de las cosas que hay dentro de la nave es una tarea bastante más difícil que despejar incógnitas en clase de matemáticas. Pero lentamente, escuchando y anotando mientras encero pisos y desenredo cabos (por eso se dice lo de «cabos sueltos») y aprendiendo a hacer nudos, que es una cosa realmente importante en un barco con velas, cada día me siento más a mis anchas.

La fragata se llama *Finisterra*, que quiere decir «El fin de la tierra»; se pensaba en tiempos remotos que había un lugar donde terminaba todo y comenzaba todo, allí estaba Finisterra, el último alto en el camino o, por el contrario, el principio de lo desconocido.

El capitán pasea de arriba abajo por toda la cubierta y de vez en cuando se detiene y atisba el horizonte, siempre viendo un poco más allá, hacia el lugar donde el sol se pone y donde se esconde lo que está buscando y que todos los tripulantes ignoramos. Todo el mundo se quita de su paso. De pronto dice cosas increíbles, a voz en cuello, entre amenazas y regaños. Cosas como: «El hombre es el único animal que bebe sin tener sed, come sin tener hambre y

habla sin tener nada que decir»; la verdad es que él habla poco, come poco y bebe poco, parecería que está castigándose por algo; un algo que le mastica las entrañas y que no lo deja vivir. Cada vez que nos grita es como si le estuviera gritando a alguien que viviera dentro de él.

Llevamos ya varios días sin ver tierra. Yo ya dejé de vomitar por la borda y aguanto mucho mejor los alimentos sólidos. Poco a poco me voy volviendo un mejor marino. Lo que más me gusta es, por la noche, bajo el manto de estrellas, sentarme en el puente de mando y respirar hondo todos los olores buenos de la mar; dejar que entren hasta lo más profundo de mis pulmones y de mis recuerdos y hacer que mi mente viaje a lugares ignotos donde hay Amazonas y princesas y tribus de hombres y mujeres libres que han encontrado por fin su patria en esta tierra, ese lugar que se llama Utopía.

Reconfortado, lleno de sueños y de mí mismo, me voy hasta la hamaca; si estiro el brazo lo suficiente puedo sentir la madera embreada que compone el casco de la nave. Y, al otro lado, el frío del mar que sube y baja en un balanceo perpetuo que a algunos agobia, pero que a mí me acuna. No llevo ni cinco minutos dormido cuando un golpe fuerte, poderoso, salido de lo más profundo del océano suena a mi lado. Abro los ojos, en la semipenumbra que provoca el quinqué que se balancea con violencia por sobre nuestras cabezas, miro las caras de mis compañeros. Nadie entiende nada. Todos tienen los ojos desmesuradamente abiertos y en algunos ya puede adivinarse una mueca de terror en el rostro. Tal vez haya sido un arrecife, pero eso es imposible, estamos en mar abierto y ninguna de las cartas de navegación muestra salientes, escollos o protuberancias.

Un nuevo golpe, más fuerte, da contra la quilla de la nave. Hay gritos, empieza todo el mundo a correr hacia cubierta. Yo me quedo en la hamaca, aterrorizado. No es un porrazo fortuito, parecería ser provocado por alguien o por algo. Estoy a punto de incorporarme cuando veo al capitán frente a mí, viéndome sin verme, con la mirada extraviada, las pupilas dilatadas, perlas de sudor sobre su frente.

—¡Estamos perdidos! ¡La gran ballena blanca viene por nosotros! —dice, mientras le castañetean los dientes; habla con una mezcla de pánico y locura sobresaltada.

El siguiente estruendo provoca que se haga una fisura bajo la cubierta. El

agua comienza a inundarlo todo, flotan barriles, cajas, la jaula de un loro vacía.

Estoy inmovilizado. El mar será, como dije antes, nuestra tumba. Un golpe más, otro, otro. Cierro los ojos lo más fuerte que puedo y pienso en que sí hay un paraíso, espero que admitan grumetes como yo.

Siento una mano en mi hombro. No puedo moverme. Escucho una voz amada a mi lado.

—Sebastián... Sebastián... —es el tío Paco.

Despierto sobresaltado, estoy en mi cama, en mi habitación.

—No te asustes. Está temblando. Levántate y vamos a la calle —dice mientras me pone por encima una manta.

El temblor dura tan sólo unos segundos, pero las sacudidas fueron fuertes. En la puerta de la casa puede verse una rajadura que todavía lo atestigua.

Jamás volveré a cenar pescado. Lo juro.

ARENA Y POESÍA

He pasado de año en la nueva escuela. Con calificaciones extremas. Esto quiere decir que seis en matemáticas es espectacular y sólo ocho en historia me parece poco. Tuve mi único 10 en literatura y el resto de las materias iban, como el clima, fluctuando por puntos decimales. El caso es que no reprobé ninguna y el tío Paco cree que el año que comienza y que marca mi vida por entrar a otra liga, la preparatoria, será mucho mejor. Tengo quince años y no celebré mi cumpleaños con una fiesta, que era lo que todos mis amigos esperaban con ansia; Paco me llevó a la playa.

La última vez había ido con mis padres, hacía casi cuatro años, que ahora a la distancia me parecían un siglo, porque los recuerdos estaban borrosos; pero sé que estuvimos en un hotel enorme, con albercas que tenían cascadas y toboganes y meseros vestidos de blanco que servían cocteles de colores asombrosos a hombres y mujeres, que como lagartijas, tomaban el sol en tumbonas junto al agua. Recuerdo, sí, que hice un castillo de arena de la mano de papá y al que la primera ola destruyó sin miramientos. Recuerdo una cena alumbrada a la luz de las velas sobre la mesa, recuerdo una langosta roja y grande, recuerdo que mamá me ponía crema hasta en el pelo y que yo me quejaba; recuerdo que no me dejaban quitarme la camiseta para nadar, recuerdo que ellos caminaban por una franja de arena interminable tomados de la mano mientras yo, detrás, a unos cuantos pasos, buscaba piedritas y conchas y caracoles que iba poniendo en una cubeta amarilla.

Pero por más que lo intento, no recuerdo de qué color tenía los ojos mi madre, o si papá tenía canas en el bigote, o si eran zurdos o diestros. Tengo un álbum de fotografías en un cajón, pero cada vez que lo abro me entran unas inmensas ganas de llorar, así que lo evito. En cambio, puedo sentir,

ahora mismo, si quiero, el calor del abrazo con el que mamá me estrujó el día que me caí de una resbaladilla, la mano de mi padre pasando por sobre mi pelo, las risas en la sala mientras yo me acomodó como un gato en mi cama, el olor que viene de la cocina, una música suave que me arrulla y que ahora sé que es un concierto de Bach.

El olvido es una especie de animal pequeñísimo que te va royendo lentamente los recuerdos hasta que desaparecen. Hoy, por eso me fijo mucho más en todo, para no olvidar absolutamente nada.

Como iba diciendo, fuimos a la playa, el tío Paco y yo. En automóvil, escuchando música al azar. Cambiando la estación por votación. Oyendo a ratos canciones completas, pedazos, a veces sólo el principio, a veces ni el principio porque adivinábamos pronto de quién se trataba. Y cuando adivinábamos, generalmente eran canciones que a la tía Pili le hubieran encantado, pero a nosotros no.

Llegó un momento en que la radio ya no tenía señal y sólo se escuchaba estática. El paisaje iba cambiando a nuestro paso, primero grandes extensiones de verdes y sembrados campos de alfalfa; luego, rocas y pinos y abetos; conforme subíamos a la montaña, cactus, saguaros. Paco se puso a decir poemas en voz alta, al azar, igual que con la música.

*Cerca de ti, ¿por qué tan lejos verte?
¿Por qué noche decir, si es mediodía?
Si arde mi piel, ¿por qué la tuya es fría?
si digo vida yo, ¿por qué tú muerte?*

*Ay, ¿por qué este tenerte sin tenerte?
Este llanto ¿por qué, no la alegría?
¿Por qué de mi camino te desvía
quién me vence tal vez sin ser más fuerte?*

*Silencio. Nadie a mi dolor responde.
Tus labios callan y tu voz se esconde.
¿A quién decir lo que mi pecho siente?*

*A ti, François Villon, poeta triste,
lejana sombra que también supiste*

lo que es morir de sed junto a la fuente.

—De Nicolás Guillén, poeta cubano. ¿No es bellísimo? —dice Paco mientras toma una curva y clava la mirada hacia adelante.

—Bellísimo —asiento yo, que sigo saboreando las palabras—. ¿Quién es François Villon?

—Ahhh, ésa es una historia singular. Otro poeta, francés, el más grande del siglo XV. Le escribía a los ladrones, a las prostitutas, a los que nada tenían y todo temían. Su libro más famoso se llama *La balada de los ahorcados*, que escribió en la cárcel mientras esperaba ser ahorcado él mismo por haber matado a un rival de amores.

—¿Lo ahorcaron? —pregunté angustiado—. ¿Al mejor poeta del siglo XV?

—No. Se salvó. Pero lo desterraron de París, donde vivía. Un día desapareció y nunca volvió a saberse nada de él. Triste destino. Como dice Guillén, *murió de sed junto a una fuente*. Era un genio al que nadie reconocía como tal.

—¿Por qué somos incapaces de reconocer a los genios? —pregunté.

—Porque son diferentes. Los seres humanos *normales* no quieren que otros se salgan del guión. Somos una civilización de ovejitas blancas que nos seguimos unas a otras rumbo al precipicio. Y de vez en cuando surge una ovejita negra, o roja, o rosa que dice: «¡Eyyy, no es hacia allí, es para el otro lado!». Y todas las ovejitas blancas no escuchan y lo atropellan y maltratan.

—Yo no quiero ser una persona *normal* —digo.

—No te preocupes. No lo eres. ¿Has oído alguna vez de Paul Valery, otra estupenda ovejita negra?

—No.

—Buena oportunidad. Me acuerdo de un verso de «El cementerio marino», ¿estás listo?

—Sí —afirmé, cerrando los ojos.

*Para mí solo, a mí solo, en mí mismo
cerca de un corazón fuente del verso
entre el suceso puro y el vacío*

*de mi grandeza interna espero el eco:
hosca cisterna amarga en que resuena
siempre en futuro, un hueco sobre el alma.*

Me quedé pensando. Las palabras sueltas, por sí solas, sin alguien que las reúna y les dé sentido valen muy poco. En cambio, algunos privilegiados, tigres con piel de oveja que son los que deberían conducir al rebaño hacia un lugar más justo y bello, hacen con ellas maravillas y nos llenan a los demás de asombro y esperanza. Me queda muy claro y, sin embargo, porque quiero saber siempre más, pregunto:

—Paco, ¿para qué sirve la poesía?

—Te voy a contestar como contestó, cuando se lo preguntaron, un enorme poeta argentino, Jorge Luis Borges: «¿Para qué sirven los amaneceres?». Pues para eso. Sirven para todo y para nada. Recuerdo un fragmento de Borges sobre libros que es precioso, como una gema:

*Mis libros (que no saben que yo existo)
son tan parte de mí como este rostro
de sienes grises y de grises ojos
que vanamente busco en los cristales
y que recorro con la mano cóncava.*

—La poesía puede ser el relámpago que cae sobre un árbol en medio de la noche más oscura y que así, incendiándolo, le da fuego al hombre, le da calor, luz, posibilidad de ver un poco más allá de lo que ve.

—¿Eso último es un poema tuyo? —pregunté, admirado.

—La poesía no es de nadie, es de todos. Se hace cada vez que alguien con cosas que decir abre la boca.

—Cuando la gente buena abre la boca —afirmé, con un guiño cómplice.

Estábamos en la punta de una montaña. Después de una curva, allá a lo lejos, un resplandor azul. El mar. Lo vi yo primero. Me sentí como uno de esos exploradores antiguos, comencé a gritar y señalar con el dedo al horizonte: ¡el mar, el mar!

—Pablo Neruda, chileno, gran poeta, se hubiera emocionado tanto como tú al ver el mar. Recuerdo un fragmento:

*Necesito del mar porque me enseña:
no sé si aprendo música o conciencia:
no sé si es ola sola o ser profundo
o sólo ronca voz o deslumbrante
suposición de peces y navíos.*

El tío Paco parecía conocer libros enteros de memoria. Llevaba una biblioteca en la cabeza, y salía de vez en cuando como sale el sol, esplendoroso, brillante, emocionado.

Por fin llegamos a nuestro destino. Una playa lejana con algunas palapas de pescadores, nada más. Nada de hotel y albercas y toboganes y meseros que sirven cocteles de colores. Dormimos en hamacas y comimos lo que los habitantes del lugar, llamado *Paraíso*, pescaban durante los amaneceres.

Caminamos largamente todos los días. Hablamos de todo lo que existe y lo que no existe. Dormimos como deben dormir los bebés que no saben nada de la maldad humana, sin tener pesadillas; porque velaban nuestro sueño las buenas personas que viven del mar y su trabajo y que comparten sin esperar nada a cambio, sonrisas y canciones.

Contamos, bajo la bóveda celeste, estrellas, hasta que descubrimos lo inútil de la tarea y mejor decidimos admirarlas, y contamos también historias de piratas y tesoros y lugares tan mágicos como era el lugar en donde estábamos.

Vimos delfines hacer piruetas en el aire celebrando la vida. Vimos a lo lejos luces de barcos que pasaban rumbo a destinos inciertos en medio de la noche.

Jugamos en el mar y escribimos versos sobre la arena para que las olas se los llevaran hasta otros lugares lejanos, allá, donde alguien también necesitara, como necesitamos nosotros, todos los días, la poesía.

DE CÓMO EL AMOR APARECE CUANDO MENOS TE LO ESPERAS

Roxana ya no estaba. Ni siquiera en mi cabeza. Se diluyó como se diluye una gota de tinte rojo en un balde de agua limpia. Supongo que tiene que ver con muchas cosas; como por ejemplo el cambio de escuela, las afinidades que se van estableciendo con nuevas personas, y sobre todo, las diferencias que van surgiendo en la manera de pensar y ver el mundo. La última vez que supe de ella, fue por su vecino, conocido mío. Me dijo que estaba enamorada de un cantante de baladas pop en español y que había tapizado su habitación con carteles que lucían la cara del susodicho personaje; también me dijo que en su cuarto no tenía un solo libro. Preferí no averiguar por qué sabía tantas cosas acerca del cuarto de Roxana. No podía mostrar celos porque se suponía que ya no me importaba para nada. Pero no puedo negar, y mucho menos aquí, que es donde abro mi corazón cuando me place, que sentí un pequeño resquemor, un breve dolor, un súbito y minúsculo corte de respiración. Supongo que al igual que como me pasó con mis padres, a la larga no recordaré ni siquiera el color de los ojos de Roxana.

«Nada de lo humano me es ajeno» dicen que dijo Terencio, un autor de comedias romano de la Antigüedad. Y eso deberíamos aplicarlo todos los días. Nos debería importar muchísimo más todo lo que tiene que ver con los sentimientos y las pasiones de los hombres, y cuando digo *hombres* me refiero a la especie, a todos los humanos, ellas y ellos que más bien es un *nosotros*. Intentar descifrar cuáles son las motivaciones para el amor, los celos, la venganza, las ganas de matar o de morirse, son la razón de la existencia, lo que nos diferencia de otros animales que sin tantas cosas en la

cabeza tienen más tiempo para cazar, jugar con sus crías o retozar con su pareja.

Cada vez que siento algo soy un poco más humano. Y últimamente soy cada vez más y más. Tendrá que ver con lo que vivo todos los días, pero sobre todo con lo que leo. Es la literatura un fresco perfecto, un mural que disecciona y pone a la luz todas esas pequeñas y grandes cosas que sentimos. Estoy devorando *Los miserables*, de Víctor Hugo, un retrato fiel, duro y muy desolador, pero al mismo tiempo lleno de esas pasiones a las que me refiero, sobre la sociedad francesa en 1815. Y particularmente es la historia de Jean Valjean, un hombre que es encarcelado por robar un trozo de pan.

A veces creo que todos somos Jean Valjean, por lo menos una vez en la vida, cuando la injusticia se cierne como un buitre sobre nuestras cabezas y no hay posibilidad de remediarlo porque el mundo se divide entonces entre *ellos y nosotros*.

Las cosas no han cambiado mucho desde entonces, los ricos siguen siendo ricos y los pobres van aumentando en todo el mundo de manera alarmante. Parece ser que no hemos aprendido nada de la historia. Los primeros se aprovechan de los segundos constantemente y hoy no parece que las cosas vayan a cambiar; no podemos seguir confundiendo caridad con justicia. Se necesita mucho de la segunda para poder evitarnos la primera que sólo sirve para que algunos se sientan bien consigo mismos, pero que no remedian en nada la situación.

La vida se me pasa como el agua. Entre las clases por las mañanas y los seminarios por las tardes (sigo con el de teatro y de historia), parecería que no me queda tiempo para nada. Pero es mentira. Es sólo una percepción. Realmente hago otras muchísimas cosas: voy al cine, ayudo a Paco a cocinar, veo fútbol por la televisión, leo, escribo, y últimamente...

Últimamente paso mucho tiempo mirando de lejos a Sofía. Y cuando digo de lejos es porque una parálisis, como la que le da a ciertos corderos cuando se asustan y se quedan inmóviles como estatuas aunque esté frente a ellos el puma, me invade cada vez que estoy a menos de tres metros de su presencia y de su olor. Como si desapareciera el que soy para dar paso a otro, más tímido, menos arrojado, muchísimo más introvertido que tengo dentro y que evito que salga porque me da un poco de pena, lo juro.

No se parece en nada a Roxana y, la verdad, compararlas aquí me parece muy injusto, porque son completamente diferentes. En todo.

Sofía no flota, cada vez que entra a algún lugar su presencia es determinante; es como si la precediera el desfile de un circo con elefantes y órganos de vapor tocando melodías y fieras enjauladas y hasta el final, en un carro alegórico multicolor, ella de pie, vestida de amazona, saludara con la mano libre, porque en la otra llevaría seguro un arco y un carcaj lleno de flechas envenenadas.

Es imposible no notar a Sofía en una reunión; siempre tiene algo que decir, y dice cosas asombrosas. La primera vez que su presencia se hizo notar poderosa, fuerte, ocurrió mientras un grupo de compañeros estábamos sentados en el suelo del patio de la escuela, después de clases; alguien dijo que tenía mucha prisa por llegar a su casa y, sin embargo, que no tenía ninguna gana de hacerlo. Sofía lo miró como se debe mirar a un molusco gigante que entra a una papelería y que pide un sobre de papel manila. Levantó una mano y sin esperar a que alguien le diera permiso, dijo un poema de Bertolt Brecht:

Estoy sentado al borde de la carretera

El conductor cambia la rueda.

No me gusta estar allí de donde vengo.

No me gusta ir a donde voy.

¿Por qué tanta impaciencia

mirando cómo cambia la rueda?

Yo me quedé de una pieza. Esa mujer de pelo largo, pecosa, de ojos grises, ¡se sabía de memoria un poema de Brecht! Y no sólo eso, lo había utilizado de manera perfecta y contundente para demostrar que la prisa en ocasiones es de una inutilidad que no nos lleva a ninguna parte.

A partir de ese momento empecé a mirarla con otros ojos. Pasó de ser una simple compañera de clases que yo no había notado, a ser la más guapa, la más inteligente, la más sensible, motivo de todos mis desvelos. No se trataba de la diosa a la que había que tirarle flores a su paso; era, más bien, un alma

gemela para ir a su lado y con la que hay que partir a machetazos la selva para ir abriendo trocha hacia la fuente del río oculto en la espesura. Sofía participaba activamente en clases y seminarios, obras de teatro y debates, fiestas y bailes, experimentos.

A pesar de ser extrovertida, no era en extremo popular. Decía las cosas a rajatabla, cruda, incendiariamente, con la delicadeza de un tanque que se desplaza por los pasillos de una vidriería. Se hacía de amigas o amigos que perdía casi de inmediato, en cuanto les hacía notar alguno de sus defectos de carácter. Por lo mismo estaba casi siempre sola. Volverse un cómplice de Sofía era casi tan duro como convertirse en un *incondicional* de Baker Street, esos niños que gozaban de las confianzas de Sherlock Holmes. El tema es que yo no quería ser su comparsa, más bien, su otra mitad. Y lograrlo requeriría mucho más que unas pocas poesías escogidas. Sofía era un reto, un laberinto, un código encriptado, un mapa del tesoro, una de las doce tareas del Hércules y yo tendría que usar la inteligencia y destreza y no la pura fuerza bruta para llegar hasta su corazón. Sofía tenía el tamaño de mis sueños.

Eso que sentía era amor pero de otra manera.

En este caso no serviría de nada la poesía de Cyrano; para hacerse notar frente a Sofía, había que hacer cosas mucho más espectaculares. Y debía hacerlo solo, por mí mismo, no se valía recurrir al tío Paco. Conforme vas creciendo te das cuenta que hay cosas que te tocan, como si el destino fuera una ruleta que girara y que de repente, y sin previo aviso, la flecha se detuviera en tu lugar, apuntándote, y todos los demás jugadores estuvieran ahí a tu lado, esperando impacientes a que hicieras tu apuesta para poder seguir con el juego. Pero no creo en el destino; no hay dioses perversos o juguetones que estén desde su Olimpo fabricando caminos y encrucijadas para que los transites y tomes decisiones. Creo, más bien, que cada quien va resolviendo, a veces gracias a las casualidades, pero sobre todo a partir de las causas y efectos de tus actos, hacia dónde habrá que dar el paso siguiente.

Volverse adulto es, en esta sociedad, estar preparado para comenzar la carrera que te lleve hasta la meta del prestigio, el dinero, el reconocimiento de tus pares, ésos que corren junto a ti, tirándote codazos para que caigas al suelo y haya menos competidores. Hoy valen un pepino la justicia, la

igualdad, la solidaridad. Nadie quiere ser sabio, todos quieren ser ricos. Bueno, no todos. Hay algunos que se preocupan por los demás y que quieren que el mundo cambie, o por lo menos, quieren que el mundo no los cambie a ellos y seguir pensando y haciendo pequeños actos para compensar en algo la balanza. No me cabe en la cabeza que un jovencísimo programador de computadoras a lo único a lo que aspire es a tener miles de millones de dólares en un banco, guardados a piedra y lodo. El dinero así no sirve para nada. Si tu fortuna no vale para cambiar la vida y tu entorno, y las condiciones de los que están a tu lado, es sólo papel, mal papel donde ni siquiera se podrá escribir cosas buenas sobre tu persona.

No quiero ser adulto como dicen que deben ser los adultos. Prefiero, por mucho, irme a *Nuncajamás* y quedarme allí con todos los demás huérfanos y no crecer. Porque yo soy sólo huérfano de padres, no de ideales. Y tengo una fortuna que habré de compartir a la menor oportunidad. Está dentro de los libros que leo y sirve para entender de qué estamos hechos y hasta dónde podemos llegar, sin codazos, todos juntos.

Sofía y yo nos parecemos. Siempre lleva un libro, como si llevara un salvavidas para el momento en que llegue el naufragio. Decimos lo que creemos y podemos sostener nuestro punto de vista con argumentos sólidos y fuertes. Pero es cierto que yo no soy tan franco y directo como ella; me reservo opiniones que sé que pueden lastimar o hacer sentir mal a los otros. Yo sé que Sofía no lo hace con mala intención, es sencillamente algo que no puede evitar; es parte de su personalidad. Como otros no pueden evitar ser altos, guapos, o tener buen oído para la música.

No sé qué hacer, cómo acercarme, de dónde sacar la magia que la deslumbré; qué palabras usar, con qué método, científico o no, lograr que se quede a mi lado.

Anda circulando en la escuela un libro de Mario Benedetti, poeta y escritor uruguayo; tiene la enorme virtud de escribir de una manera tan sencilla que a veces parece que no escribe, sino que simplemente te habla al oído y te dice cosas que sabías, pero que dichas como las dice él, te quedan mucho más claras. Uso pues, sus palabras para decirle aquí a Sofía que espero que *un día cualquiera no sé cómo, ni sé con qué pretexto, por fin me necesites.*

Así, pasan meses sin que me necesite para nada.

Soy un sobreviviente, un alma en pena que vaga suspirando por los pasillos y los parques. Sofía me habla como a todos, sin distinguos, sin la menor deferencia, sin un solo atisbo de que sienta por mí algo especial. Y eso que he intentado todo. Desde ponerme de su lado en los debates públicos que hacemos en el salón y en los cuales hay que sostener un punto y una opinión hasta sus últimas consecuencias, hasta estar pendiente por si olvida alguna cosa y llevársela corriendo hasta donde se encuentre. Ella es amable, me sonrío, me da las gracias, incluso me saluda de beso, y yo enloquezco y me elevo como un globo aerostático, pero rápidamente caigo al suelo desinflado, porque saluda igual, de beso, a todo el mundo. Yo digo de repente trozos de poesía, frases de los grandes maestros, ideas mezcladas de unos y otros... Pero nada la impresiona. Sólo me faltaría andar desnudo por el patio, pero mi pudor y mi sentido común me lo impiden. Su naturalidad en el trato igualitario es mi desgracia. Yo soy único, especial, diferente, y ella no se da cuenta.

Será que no lo soy.

Estamos en el salón, en pleno debate sobre la evolución. Se está discutiendo el momento en que el ser humano dejó de ser un animal más para subir hasta lo más alto de la escala. Algunos dicen que se debió al «dedo prensil» que le permitió la utilización de herramientas, otros, que la alimentación y el incluir carne en su dieta, hasta entonces basada en plantas y frutos, le dio las proteínas necesarias para que su cerebro «creciera». Sofía sostiene acaloradamente que es el fuego lo que lo cambia todo, le da luz, calor, sedentarismo, posibilidad de dejar de comer cosas crudas. El hombre hace suyo el territorio de la noche, donde estaba lo desconocido, lo malo. Deja de tener miedo. No está nada mal su argumento. Y lo hace, como siempre, de una manera apasionada que no deja demasiado lugar a la discusión.

Yo tengo una iluminación, propia, que no viene de nadie sino de mi cabeza:

—Creo que el hombre se hizo humano cuando descubrió que había otro, se miró en el espejo de ese otro. Descubrió que no estaba solo, que no era único.

Sofía discutió, levantó la voz, argumentó, insistió hasta el cansancio sobre su teoría del fuego. Y yo no cedí ni un milímetro. Me le enfrenté, sin ser agresivo ni prepotente. Estaba convencido de lo que estaba diciendo. Ella se puso roja. Gritó. Al final, el maestro decretó el fin de la clase y del debate. Eran dos posiciones aparentemente irreconciliables, pero en el fondo yo sabía que podían ser complementarias, pero no lo dije. Supe entonces que la había perdido para siempre. Todos me miraban como si me hubiera vuelto loco. Yo, que siempre estaba de su lado, que la apoyaba, que la adulaba de manera desvergonzada, me había convertido en su contrario.

Salimos del salón y me fui caminando hacia la puerta de la escuela. Todavía me sentía mareado, y solo, triste. El cielo estaba lleno de nubes, por lo tanto, desolado, sin sol. Y ni siquiera me sonreí con ese chiste que brincó como un conejo en mi cabeza y que en otra ocasión me hubiera puesto feliz.

Cuando casi llegaba hasta la esquina, Sofía me alcanzó. Me tocó el hombro, me di la vuelta y vi sus ojos grises iluminados por el mismo fuego del que hablaba.

—¿No quieres ir al cine? —me preguntó coqueteando abiertamente.

Entendí todo de un solo golpe. Cayeron sobre mi cabeza siglos de comprensión de la naturaleza humana. El precio a pagar, es sencillamente, ser uno mismo.

Fui mucho más arriesgado, di el salto al vacío. Quería todo, o nada. Le dije que no podía. Que a lo mejor la otra semana.

Y la otra semana fuimos al cine y nos hicimos pareja, inseparables. Cada quien pensando de una manera diferente.

DE DÓNDE SOY Y A DÓNDE PERTENEZCO

Uno no es de donde es, sino de donde quiere ser. Puedes haber nacido en la ciudad más grande, impresionante, cosmopolita del mundo, pero en el fondo de tu alma, dentro de tu corazón, pertenecerle a ese pequeñísimo pueblo en la montaña, allí donde las golondrinas suben y bajan la cañada durante los atardeceres a comer, haciendo un ballet acrobático de alas que te devuelven la capacidad de asombro, allí donde puedes ser el privilegiado testigo del portento inmenso que significa la naturaleza. Y ser de allí, aunque estés viviendo en el piso 51 de un edificio en Nueva York y que abajo, taxis como hormigas amarillas, anden buscando siempre enloquecidas su destino.

Algunos creen que sólo pueden ser del mismo lugar de donde son sus antepasados. Les da una sensación de pertenencia, de apego a la tierra, de seguridad. Se forja así un hilo invisible pero poderoso que los ata irremediamente con el suelo que pisan. Desde que dejamos de ser nómadas y nos establecimos, cuando decidimos el lugar donde debía estar nuestro hogar, creamos un vínculo especial con el entorno. *Echar raíces*, dicen los viejos. Tienen razón.

Y, sin embargo... Mis padres están aquí; bueno, sus cenizas están aquí, y yo no siento ningún apego especial por este sitio en el que vivo. Hablo de la ciudad, entiéndanme.

Tal vez soy más de otros lugares en los que no he estado nunca y que a pesar de ello, anidan en mi corazón y en mi cabeza y son tan parte de mí como yo mismo. Hablo de *Mompracem*, donde tienen Sandokán y Yánez su guarida y su hogar, su territorio libre, su santuario. Soy de *Macondo* porque

allí está mi casa y mi patio interior con macetas y guayabas, donde las mariposas amarillas revolotean por miles mientras cae un diluvio, soy de allí porque allí vi por primera vez el hielo, porque los milagros y las maravillas son cosa de todos los días y sencillamente, porque se me da la gana y allá voy cuando no quiero olvidar que estoy muy, pero muy vivo. Soy de *Cuévano*, porque está y no está en ninguna parte, porque se parece mucho al México que sufro y donde pasan cosas que por inverosímiles, por fuerza deben ser ciertas; porque allí me divierto como loco y al mismo tiempo pienso y me duele y está lleno de amigos y enemigos. Soy de *Comala*, que a pesar de estar lleno de muertos, hablan y te cuentan historias y te dicen cómo se abona la tierra con sangre y cómo, por ser lo que fuimos, vamos poco a poco siendo lo que somos. Soy del *País de las Maravillas*, donde me apura siempre un sombrerero loco que tiene prisa y que no va a ninguna parte, donde hay orugas gigantes que fuman en pipas de agua, y gatos que se desvanecen como por encanto pero que dejan, inmensa, su sonrisa colgada en el aire. Soy de la lancha en la que el viejo captura un pez enorme y pasa días enteros luchando contra él, más allá de sus fuerzas, más allá de lo imaginable, y por las noches sueña con leones; a punto de ser vencido, el viejo dice: «Pero el hombre no está hecho para la derrota. Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado», y sigue peleando. Soy de *Nuncajamás*, ya lo había dicho. No quiero crecer, por lo menos aquí dentro, en mi cabeza. Quiero que me acompañe para siempre el *arrebato*. No quiero volverme ovejita blanca rumbo al matadero, quiero ser tigre; descubrir en el aire la fragancia de lo nuevo, de lo desconocido, de lo bueno que queda entre nosotros, los humanos. Soy de todos los barcos que despliegan las velas rumbo al horizonte, rumbo a la aventura.

Soy de todas las fiestas, los bailes, los abrazos.

Soy de *La República* de Platón, y de *La Utopía* de Tomás Moro.

Soy de donde haya alguien que sonría, que me de la mano, que me bese. Soy de donde son los que resisten, sobreviven, los que se quitan un pedazo de pan de la boca para dárselo al otro. De allí soy. Allí me encuentro.

Patria es un concepto inventado para hacer fronteras y separarnos los unos de los otros. José Emilio Pacheco lo deja, por supuesto, mucho más claro que yo y con menos palabras en su poema «Alta traición»:

*No amo mi patria.
Su fulgor abstracto
es inasible.
Pero (aunque suene mal)
daría la vida
por diez lugares suyos,
cierta gente,
puertos, bosques, desiertos, fortalezas,
una ciudad deshecha, gris, monstruosa,
varias figuras de su historia,
montañas
y tres o cuatro ríos.*

Alguien dijo que la patria es el lenguaje. Lo prefiero. Creo que hoy por hoy mi patria es donde están Paco y Sofía y la tía Pili y mis amigos, y los libros que amo y que me han enseñado a amar. El sentido del viaje no es llegar al destino, es el viaje en sí mismo, lo que en él vas encontrando y asimilando y haciendo tuyo. La calidad del viaje se mide por la cantidad de recuerdos que en él acumules.

—¿Qué escribes? —pregunta el tío Paco, mientras yo sigo emborronando frenéticamente en las hojas de la libreta de tapas rojas sobre la mesa del comedor.

Me detengo un instante.

—Estoy escribiendo mi acta de nacimiento —digo, orgulloso de poder crear algo que supuestamente te dan oficialmente por haber llegado al mundo en algún lugar determinado.

—Me gusta la idea. Todos deberíamos hacerlo. Y agradecer qué somos, pero no conformarnos con quiénes somos. Los grandes, los que pueden verse desde lejos en medio de una multitud, y no hablo de altura, se han atrevido a ir un poco más allá, a enfrentarse con sus demonios y vencerlos. De eso se trata. De luchar contra uno mismo —dijo, sentándose y sirviéndose un jugo de mandarina. Se quedó un momento cabizbajo, pensativo, para recuperar, casi instantáneamente su perenne sonrisa.

Y Paco sabía de lo que estaba hablando; a pesar de ser divertidísimo,

inteligente, encantador, brillante, tenía, como tienen todos, sus demonios, me consta. Más de una noche, en el silencio total, lo había escuchado llorar dentro de su habitación, un llanto largo, amargo, como si le hubieran arrancado una parte de sí, y la extrañara. Nunca habíamos hablado del tema. Yo no me atrevía. Hasta ahora toda nuestra vida en común había sido una extraordinaria aventura. Tal vez era el momento de saber un poco más de ese hombre que estaba dando su vida por mí y devolverle un poco de todo lo que me había dado.

—Háblame de tus demonios. Ya no soy un niño. Quiero saber —le solté lo más directa y contundentemente que pude.

—Vamos pues, a hablar de hombre a hombre...

—No. Mejor como dos viejos amigos.

—Tienes razón. Que así sea, como dos viejos amigos.

Cerré la libreta y me dispuse a escucharlo.

—No soy tan bueno como parezco. Nadie lo es. Todo el mundo guarda algún secreto que lo atormenta. Yo tengo los míos. Hace muchos años maté a un hombre. Desde entonces no puedo conciliar el sueño.

Me quedé de una pieza. Podría haber pensado cualquier cosa excepto eso. No podía imaginarme a Paco haciéndole daño a nadie, absolutamente a nadie.

—Fue accidental, pero eso no me libera de la culpa. Tenía diecisiete años, estaba borracho. Manejaba con total imprudencia, sintiéndome el dueño del mundo. Al dar una vuelta me subí a la banqueta. Allí estaba el hombre. Esperando su autobús. Lo maté instantáneamente. Como era menor de edad sólo estuve tres años en un reformatorio. Luego los abogados hicieron ciertos enjuagues y salí libre. Pero todas las noches veo su cara como si fuera ayer. Una cara de sorpresa, de pánico, del que sabe que le quedan tan sólo segundos en el mundo. No puedo volver en el tiempo y remediarlo. No puedo hacer nada, excepto arrepentirme todos los días.

—¿Sabes cómo se llamaba?

—Sí. No he repetido su nombre en voz alta desde hace mucho. Florencio Salazar. Tenía dieciocho, tan sólo uno más que yo. No tuvo tiempo ni siquiera de tener una familia. Por eso yo no me casé, ni tuve hijos, ni pareja. Es lo mínimo que pude hacer. Hasta que llegaste tú y mi vida cambió, para bien, no sabes cuánto lo agradezco.

Y se echó a llorar, desconsoladamente, como un niño pequeño. Yo no sabía qué hacer. Me levanté y lo abracé lo más fuerte que pude.

—Creo que tienes que pedirle perdón —dije cuando después de mucho tiempo cesó el llanto.

—No sé dónde está su tumba.

—Podemos averiguarlo —sostuve resueltamente.

Y los siguientes dos días nos dedicamos a buscar a Florencio Salazar en los panteones que circundan la ciudad. Hasta que lo encontramos. Tenía una lápida muy modesta, sucia, en la parte más recóndita de un cementerio, bajo un árbol seco y desmembrado.

Paco consiguió un balde, agua, una escoba. La tumba quedó limpia. Pusimos flores. Paco le pidió perdón en voz alta, muchas veces. Escribí algo en un papel y lo enterró a los pies de la lápida. No sé qué puso. Desde entonces va él solo a visitarlo, cada quince días. A leerle los poemas y los cuentos y las novedades que Florencio no tuvo tiempo de saber.

Tener un secreto compartido de ese tamaño y con todo ese dolor, te convierte en mejor amigo. Dejé de decirle tío al tío, y pasó a ser sencillamente Paco.

Sigue llorando algunas noches, tal vez un poco menos.

Matar a un hombre te hace ser de donde ese hombre está enterrado. Porque a la larga te darás cuenta que habrás matado un poco o un mucho de ti mismo.

Para siempre.

DE LA FORMA DE LOS OTROS

El hombrecito plateado me miraba fijamente; agitaba sus largas extremidades como un insecto que busca en el aire a la presa a la que está a punto de devorar. Estaba sentado a los pies de mi cama. Dos ojos inmensos apuntaban directamente a mi cara que sobresalía por la punta de las sábanas con las que me tapaba el rostro, francamente asustado.

Eran exactamente las doce de la noche, como marcaba con su haz luminoso el reloj digital que había sobre la mesita. Siendo ésta la única luz que rompía la penumbra, el hombrecito era todavía más fantasmagórico, si cabe. No podría ser una escena más surrealista. El extraterrestre de no más de treinta centímetros estaba acuclillado en el barandal de la cama y yo dudaba entre arrojarle un libro o mearme del susto. Una voz que no salió de su boca, sino que vino directamente hacia mi cabeza me contuvo:

—Vengo en son de paz —dijo guturalmente. El tono se parecía mucho al de un locutor que narra partidos de futbol por la televisión.

Si no hubiera sido por la circunstancia, la hora intempestiva, mi sueño bruscamente interrumpido, tal vez me habría reído un poco. Lo de «en son de paz» se decía en las películas de la década de 1940. Ahora te enteras que alguien no tiene malas intenciones porque evita disparar en cuanto te tiene enfrente. Me relajé. Alguien que te dice eso no va a matarte mientras te sonrío; porque supuse que esa mueca forzada por lo que parecía ser su boca era una sonrisa.

—Bienvenido a la Tierra —dije, y bajé un poco la sábana para verlo mejor.

Hizo con esa larga extremidad de mantis religiosa una especie de caravana y escuché claramente al locutor decir: «Gracias».

—¿Puedo hacer algo por ustedes?

—No somos ustedes. Soy yo solo. No hay nadie más que yo mismo —explicó el hombrecito como si contara un saque de banda. Y digo siempre «el hombrecito» porque no tengo otra manera de describirlo más apegada a la realidad. Tenía cuerpo casi humano y patas de insecto, cabeza alargada, oblicua, dos ventanas oscuras como ojos y una rendija que debería ser la boca. Estaba desnudo. A menos que el refulgente plateado de su piel fuera un traje espacial adherido a su carne, pero lo dudo.

—¿Eres el único? —pregunté.

—No. No. Somos muchos pero ahora estoy solo. Tengo que decirte algo muy importante.

Me preparé mentalmente, quitándome la modorra, poniendo toda la atención de la que fui capaz, abriendo los oídos y un poco la boca. Estaba a punto de recibir el mensaje de un extraterrestre hacia la especie humana que podría cambiar para siempre la forma en que hemos vivido. Y yo era el elegido. Ése por el cual, una raza estelar, sabia y antigua, hablaría con todos los habitantes de la Tierra para decirles su futuro.

Me incorporé; sentado sobre la cama lo miraba ahora yo a él, fijamente. Abrí también los ojos todo lo que pude. Se oye mejor con los ojos tremendamente abiertos.

—Estoy perdido —anunció el hombrecito-insecto-plateado-extraterrestre.

—¿Cómo? —y la decepción debió notarse, como una enorme interrogante en mi rostro de cejas arqueadas.

—Perdido, perdido. En algún momento pasé Mercurio y acabé aquí. En tu jardín. No debí haber tomado la *gnash*, me lo advirtieron. Pero es que sólo tengo cuatrocientos años, años terrestres, era apenas mi segundo vuelo. ¿Dónde está Marte?

Me levanté francamente indignado. Abrí la cortina y señalé hacia algún punto del cielo, sin fijarme:

—Por ahí —dije molesto.

De dos súbitos saltitos se puso donde yo estaba; no me llegaba al elástico de los calzoncillos. Levantó la mirada y dijo:

—No, por allí no, de allá vengo.

Lo miré con absoluto odio. Yo que pensaba ser el heraldo que salvaría a

nuestra especie, era usado como un vulgar guía turístico.

—¿No tienes un mapa? —preguntó mientras se sentaba en el suelo, cabizbajo.

Intuí que ésa era la posición que había aprendido para mostrar tristeza. Pero no me conmoví. Hay que ser bastante torpe para pasarte dos o tres planetas y acabar en el jardín de una casa en la ciudad de México. ¿No que muy avanzados tecnológicamente? ¡Qué vergüenza!

El hombrecito se había levantado como un rayo. Parecía que podía oír mis pensamientos.

—No soy torpe. Fue culpa del *gnash* —aclaró sin abrir la boca.

—Pues, ¡no debiste haber bebido o fumado o inyectado esa cosa! ¡Estamos hablando de miles y miles de kilómetros!

De un salto se acomodó en mi cama. Sobre mi almohada.

—Pequeño e ignorante terrestre. El *gnash* es una corriente espacial, no se fuma ni se bebe ni se inyecta.

El enano me había llamado «pequeño» e «ignorante», ¡hazme el favor! Tomé la punta de la almohada en la que estaba sentado y la jalé violentamente hacia mí. El extraterrestre voló unos centímetros y se estrelló contra la pared. Se recompuso, se levantó como un rayo, parándose en puntillas, alzando todo lo que podía, su enorme cuello, así se veía un poco mayor, no más de cincuenta centímetros.

—¡Cabrón! —me espetó.

Ahora sí que estaba enojado. Le tiré un manotazo que esquivó ágilmente bajando la cabeza como boxeador filipino.

—¡Olé! —escuché en mi cabeza.

Quería pelea. Bien. La tendría. Lo finté con la izquierda y le di un gancho al hígado donde yo suponía que era su hígado. Rebotó contra la cabecera de la cama. Puso sus dos patas delanteras sobre la cabeza y se quedó inmóvil. Me arrepentí instantáneamente. Venía de tan lejos para ser recibido a golpes. Valiente embajador de los humanos era yo.

Y luego sentí la patada en los testículos. Como si la hubiera tirado un futbolista de primera división inglés. Caí doblado al suelo. Nunca había experimentado un dolor parecido. Y el enano ni siquiera se había movido de su sitio.

—¡Gol! —escuché reverberando en mi mente.

Me fui incorporando lentamente, con las manos cubriéndome las ingles. Tendría que usar otra estrategia o el extraterrestre acabaría matándome.

—Espera, creo que tengo un mapa del sistema solar por aquí —propuse mientras comencé a buscar en mi librero.

Se levantó de un salto, feliz, o supongo que feliz.

—Vamos —pidió apremiante.

Finalmente conseguí encontrar un mapa estelar en una enciclopedia, el más grande que había. Él miraba el sistema solar y movía la cabeza afirmativamente. Yo señalaba puntos y le iba diciendo:

—Mira, ésta es la Tierra; aquí Marte, este chiquito es Júpiter. ¿Te queda claro?

—No. ¿Dónde está Venus?

—¡Aquí, aquí! —y señalé frenéticamente ese pequeño punto cercano al sol.

—Ahhh. Izquierda, izquierda, derecha. De acuerdo —oí la voz del locutor una vez más.

El extraterrestre se incorporó y empezó a caminar hacia la ventana.

—De nada —dije sardónicamente.

—Igualmente —respondió tan sardónicamente como yo.

Se iba a marchar y no me dijo una sola palabra sobre cuál era nuestro futuro como especie. Hice de tripas corazón y con toda la humildad que pude le pregunté:

—¿No quieres darnos algún mensaje?

Dudó unos instantes. Se dio la media vuelta y me dijo claramente:

—No tiren basura. Coman frutas y verduras.

Y saltó por la ventana. Lo siguiente que vi fue un resplandor azulado en el cielo.

Ese extraterrestre había estado viendo la televisión. Lo odié con todas mis fuerzas.

Mi único consuelo es que debe andar perdido por Saturno. Perdido, perdido. Ése fue el último punto que señalé en el mapa. ¡Que se joda!

Volví hasta mi cama y seguí leyendo, muy a gusto, en la página en donde dejé las *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury.

CUANDO POCO ES MUCHO Y MUCHO ES POCO

Me rompí una pierna. Y la verdad no duele mucho. Me duele mucho más el orgullo.

Me explico. Todo sucedió por culpa del primer concierto de rock en vivo al que iríamos Sofía y yo. Había sido una semana de intensos preparativos para nuestro bautizo de fuego en esas lides. Paco nos llevó en el auto y nos dejó muy cerca, sólo nos pidió que tuviéramos cuidado y que no nos separáramos. Por supuesto, también nos dijo que lo disfrutáramos; caminamos los ochocientos metros que hay desde la gran avenida hasta el estadio, rodeados de la banda más curiosa que he visto en toda mi vida. Punks, rastas, darkies, góticos, rockers y hasta fresas se habían dado cita en el magno evento; había incluso una parejita vestida como vaqueros del lejano oeste que nadie sabe de dónde salieron y una multitud de policías vestidos todos iguales, de azul.

Yo no entendía muy bien cómo personas de diferentes tendencias musicales, gustos y hasta ideologías podían ir juntas pero no revueltas a un concierto, pero muy rápido lo comprendí; a pesar de ser distintos, todos éramos iguales, pertenecíamos a la misma especie y eso era lo que nos unía. Íbamos todos a responder el llamado de la selva, a congregarnos junto a los tambores del clan y a bailar y cantar en el mismo idioma, el de la música. Nosotros no encajábamos en ninguna de las categorías de tribu urbana reunidas en el estadio y, sin embargo, podríamos ser de cualquiera, es más, todos nos sonreían amablemente. Éramos unos híbridos con pantalones y chamarras de mezclilla. Yo llevaba en la mochila En el camino, de Jack

Kerouac, y Sofía Escritos de un viejo indecente, de Charles Bukowski. Definitivamente estábamos en el camino de no ser considerados personas normales. ¿Quién lleva libros a un concierto de rock? Nosotros.

Los demás asistentes nos veían un poco como los contendientes de las guerras miran a la Cruz Roja: como entes neutrales que ayudan a todos y no estorban a nadie.

Después de un riguroso control de seguridad donde nos cachearon para que no metiéramos al estadio «material peligroso», como dijo un policía gordo, que obviamente no se dio cuenta que el material más peligroso que entraba por hordas al lugar éramos nosotros mismos, logramos avanzar hacia nuestros lugares.

Subimos por las escalinatas de piedra y llegamos hasta la parte más alta del, casi lleno, estadio. Nos tocó entre dos tipos enormes, cuarentones con chamarras de motociclista, barbas largas y sonrisas de niño, que condescendientes nos pusieron, en cuanto nos sentamos, una cerveza en la mano.

El grupo abridor era malo pero ruidoso. Sirvió para calentar el ánimo del personal que gritaba, bailaba y se movía al ritmo de la música como un inmenso animal que tuviera vida propia. No logré entender una sola palabra de sus canciones, pero creo que eso no tiene, la menor importancia. El chiste es sentir en la cabeza, en la piel, en el corazón ese ritmo desenfrenado que te lleva a la comunión con los otros.

La cerveza era enorme y me la bebí de tres largos tragos. Mis riñones funcionan con una exactitud de reloj cucú suizo. En cuanto terminé, me entró una urgencia enorme de mear. Pedí permiso al motociclista de mi izquierda y tropecé, por supuesto, con su bota tachonada de remaches de metal y caí doce o trece escalones, rompiéndome el tobillo izquierdo (eso lo supe luego). Sofía y los moteros bajaron por mí y me llevaron en andas de regreso a mi asiento. Dolía pero no mucho. Tal vez la cerveza tiene ese efecto anestésico necesario que te impide aquilatar la dimensión del golpe. Le pidieron prestada una cubeta al vendedor de refrescos y metieron mi pierna dentro, todo el resto del concierto...

No podía moverme mucho pero disfruté como un verdadero enano. Éramos miles que teníamos una sola voz, un solo cuerpo, un solo, inmenso

deseo de dejarnos llevar y olvidarlo todo, hasta mi pierna rota. Cada tanto, el motero mayor pagaba una nueva tanda de hielo que diligente, un hombrecito de camisola azul ponía en la cubeta. La verdad es que durante la hora y media que siguió no sentí nada; entre el hielo y las cervezas que seguían llegando a mis manos flotaba en una suave y fría paz que me dejaba disfrutar a mis anchas de la música. Sofía no me soltó nunca de la mano y coreamos como locos cada una de las canciones. Los dos motociclistas que tenían cara de malos y alma de buenos encendieron en algún momento un cigarrillo de marihuana, pero sólo se lo pasaban entre ellos. Creo que nos vieron demasiado jóvenes y a mí, maltrecho. Perdí así la oportunidad de probarla por primera vez en mi vida. Tal vez no era el mejor momento. Y con las cervezas era más que suficiente. Pero una vez más comprobé, en carne propia, que no hay que fiarse de la apariencia de las personas. Ése de la cicatriz enorme en la cara, con andar renguente y voz de trueno que encuentras en medio de la noche en la calle más oscura, tal vez no venga a asaltarte, y en cambio, sea el que te salve la vida.

Los barbones —que tenían bordada en la parte de atrás de las chamarras la leyenda «Nacidos para perder... Pero no para transar»— me cargaron hasta fuera, hasta sus enormes y ruidosas máquinas y de allí, directo al hospital, en un divertidísimo y traqueteante recorrido, lugar donde, después de un par de radiografías y tres patos llenos de orina, se marcharon dándonos abrazos y besos como si fuéramos amigos de toda la vida.

Paco llegó, avisado por Sofía, justo cuando terminaban de enyesarme la pierna. Las cervezas no me habían emborrachado en lo absoluto. Me sentía alerta. Paco, en cambio, tenía cara de preocupación.

—Sebastián, ¿te duele? —preguntó

—Me duele más el orgullo. Mi primer concierto y ¡zaz! pierna rota —dije quitándole importancia.

Sonrió.

—Bueno, así vas a recordarlo toda tu vida. Dijo el médico que por lo menos una semana en cama sin salir, luego, ya veremos.

Tal vez, a cualquier otro, eso de confinarlo en una habitación le hubiera resultado insoportable. Pero yo tenía una ventaja sobre los que no podían quedarse quietos. Tenía libros. Tenía, por lo tanto, piernas.

A la que no le hizo gracia fue a Sofía; habíamos quedado de ir a nuestro primer campamento en el bosque, juntos, el siguiente fin de semana. Últimamente habíamos hecho muchas cosas por primera vez; primer beso largo, primer acercamiento sexual, primer película sólo para adultos, primera manifestación, primer libro comprado en común, primer helado de un sabor inverosímil compartido, primer concierto de rock, primera pierna rota...

Paco debió ver su cara. La tradicional nariz arrugada de Sofía en un mohín de disgusto. Estaba a punto de empezar una de sus largas argumentaciones cuando el tío, que ya la conocía, la paró en seco, con una mano extendida en señal de paz.

—Ya sé, ya sé. Pero el médico es el médico. Propongo que el campamento lo hagan en casa.

Yo asentí divertido, porque sé cómo se las gasta Paco, y Sofía sonrió, no muy segura. Paco sacó un plumón de su camisa y escribió sobre mi yeso que ya estaba secando, con grandes caracteres: ¡Rocker forever!

Me gustó.

El siguiente viernes Paco me pidió que me quedara en mi habitación hasta que él tuviera arreglado el espacio del campamento. Vendrían Sofía, Matías, Mónica, Luis, Pablo, Pepetoño y Marisa, compañeros de la escuela que originalmente nos daríamos cita en un bosque, que por artes mágicas se convertiría en la sala de nuestra casa.

Yo estaba terminando de vestirme cuando sonó el timbre de la puerta. Al salir de mi cuarto me encontré que la sala y el comedor eran un enjambre de sábanas azules y blancas que colgaban desde el techo, pegadas unas a otras, dando la sensación de un cielo suave y mullido; Paco había quitado todos los muebles y puesto decenas de macetas con pequeñas palmeras, flores de colores y arbustos; reconocí algunas: eran de la vecina. Al centro de este pequeño universo, estaba dispuesto un brasero con carbón que ardía plácidamente, sacando pequeñas flamas rojas y naranjas, puesto sobre una cama de ladrillos. Todas las ventanas estaban abiertas y el viento mecía las sábanas suavemente, haciendo que el cielo se moviera. Mis amigos miraban todo con la boca abierta, con sus mochilas y sleeping bags en la espalda, sin atreverse a profanar el territorio que debió haber costado un montón de horas preparar. Paco los apuró con una sonrisa.

—Pasen, pasen. Bienvenidos —decía mientras los iba llevando hasta los cojines y mantas que había por el suelo alrededor de la fogata.

—¡Guau! —exclamó Matías, que ante la sorpresa había perdido toda elocuencia humana y sólo podía admirarse desde lo más hondo de su alma.

Sofía miraba alrededor con la nariz pecosa un poco levantada, escrutando como si estuviera en una tienda de regalos y decidiendo que era lo que más le gustaba. Al final asintió un par de veces con la cabeza, y el tío Paco sonrió de nuevo, un poco y aliviado y sin duda complacido. Mis amigos dejaron sus cosas por el suelo y se quitaron los zapatos. Paco le puso a Sofía entre los brazos una charola llena de salchichas y luego señaló a un rincón donde había vasos desechables y refrescos.

—Bien. Creo que tienen todo lo necesario para su campamento. Sólo les pido que tengan enorme cuidado con el carbón, porque no queremos que se incendie la casa, ¿verdad? —y todos negamos al unísono con la cabeza. Se fue hacia su habitación y salió unos minutos después con chamarra y una pequeña maleta en la mano, dirigiéndose hacia la puerta de la calle.

Yo, sentado en el suelo, con la pierna rota sobre un cojín y Sofía a mi lado tomándome la mano, lo miré extrañado.

—¿A dónde vas? —pregunté.

—Aaah, me voy a quedar en casa de Aurora. Se supone que ustedes iban solos al campamento, ¿no? Pues que así sea.

Todos nos quedamos mirando. Paco se despidió, se encaminó a la salida y apagó la luz de la sala.

—En el bosque no hay luz —dijo, dejándonos en penumbras y cerrando suavemente la puerta.

Hubo un breve silencio. Risitas nerviosas. Caras felices alumbradas por el fuego. Matías rompió el silencio que empezaba a volverse incómodo.

—¡Muy chido tu tío!

—Sí —respondí orgulloso.

Últimamente en mi escuela había una guerra, no declarada de manera formal, entre los alumnos y sus padres. Casi todos se quejaban de las múltiples cosas que no les dejaban hacer: fumar, llegar tarde, no bañarse, beber. La escuela era activa pero la vida no. Había una serie de convenciones sociales que había que acatar y frente a las que la rebelión era el único de los

caminos posibles. Yo tenía claro que no éramos los primeros ni seríamos los últimos que nos enfrentábamos a las prohibiciones casi naturales que se imponían sobre nuestros hábitos o nuestros deseos. Los propios padres de la mayoría habían enfrentado a sus propios padres cuando tenían dieciséis años, exigiendo las mismas libertades y haciendo a escondidas lo que todos hacíamos. Todo era un problema de confianza. O por lo menos, así lo veía yo. Paco no prohibía nada. Argumentaba. Y sus argumentos, la mayor parte de las veces, eran en extremo convincentes. Así que vivíamos en total armonía. Todos los demás esperaban ansiosos a cumplir dieciocho años para poder hacer lo que les viniera en gana. Era una especie de meta, de luz al final del túnel. El esperado momento en que te conviertes en adulto y haces las cosas que hacen los adultos. Pero nos ganaba la prisa, la urgencia, el ansia de una libertad aparente. Y estaban todos tan ocupados en alcanzar la añorada libertad que no disfrutaban del espacio de libertad que ya tenían. Paco tuvo que llamar por teléfono a las madres de los que hoy estaban de campamento. Oí una a una las conversaciones.

—No, no habrá alcohol.

—Sí, yo estaré vigilándolos.

—No se preocupe, no van a salir de la casa.

—No fumo, ni bebo, ni tenemos perro... (¿¿¿???)

—¡Claro que hay baño, señora!

Las convenció a todas.

En las bolsas donde estaban los refrescos había un par de grandes cervezas de litro. Paco era permisivo pero no idiota. No iba a dejar que el campamento se convirtiera en una bacanal y luego tener que deshacerse en explicaciones inútiles. Por lo menos podíamos beber dos vasos cada uno. No estaba mal.

Mónica encendió un cigarrillo y lo fue pasando. Yo fumé y tosí. En ese orden. El tabaco no es lo mío.

Nos arrellanamos en los cojines y sleepings y comenzamos a hablar sin parar. Comimos salchichas asadas y nos dimos almohadazos. Éramos niños al fin y al cabo, pero con una urgencia terrible de ser considerados como adultos. Contamos historias y leyendas de terror. Sofía actuó «El almohadón de plumas», de Horacio Quiroga, con voz de vieja bruja que le salía muy

bien, y yo hice un resumen muy apresurado de «El horror de Dunwich», de H.P. Lovecraft. Matías, espectacularmente narró «La máscara de la muerte roja», de Edgar Allan Poe.

Estábamos todos apretujados, temblando de miedo con cada nueva historia. Conté también el día que el tío Paco me llevó a matar a un vampiro y mis amigos no podían creerlo. Al final se desternillaron de la risa. «Qué chido tu tío» volví a escuchar. Pasamos largo rato despotricando contra casi todos los adultos.

A las dos de la mañana empezaron algunos a cabecear. Se metieron dentro de las mantas y se quedaron dormidos.

Sofía y yo nos besamos largo rato.

La abracé y así, sin darme casi cuenta, pasé la primera noche de mi vida con una mujer al amparo de un cielo de telas y un fuego que ardía suavemente.

No sabía entonces que había pasado la noche con la mujer de mi vida.

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

Nos dicen que a las puertas de la ciudad esperan los bárbaros para arrasarlo todo. Desaparecerán así nuestras costumbres, nuestras tradiciones, nuestros cantos. No quedará sobre la faz de la Tierra nadie que recuerde nuestro nombre. Seremos sólo polvo que se confunda con el polvo.

Los bárbaros vendrán y las tinieblas descenderán sobre el mundo.

Porque los bárbaros no saben de diplomacia o cortesías. No distinguen a los buenos de los malos, no saben que erigimos, en tiempos inmemoriales, torres, palacios, museos y castillos en memoria de los viejos fundadores de nuestra civilización y que a ellos honramos.

Nos dicen que nuestras mujeres serán violadas y nuestros hijos degollados en el altar bárbaro de los bárbaros.

Nos dicen también que comen con las manos, que eructan, que cagan en los salones y se limpian con las cortinas, que se pasean por las plazas derrotadas, tintas en sangre, completamente desnudos, mostrando así su desprecio por los vencidos que no supieron defender a su pueblo.

Todos los días nos dicen que en cuanto caiga la noche, una oleada de antorchas, flechas y caballos con los ojos relampagueantes bajarán de las colinas arrasando todo a su paso.

Y dejamos así de dormir todas las noches, esperando a los bárbaros.

Yo pienso a veces que los bárbaros no existen. Que los han inventado algunos para que el miedo nos inmovilice, para que no pidamos cuentas a nuestros gobernantes, para que veamos hacia otro lado mientras se llenan de oro los bolsillos.

Y de vez en cuando, la autoridad muestra un bárbaro en la plaza mayor, maniatado, golpeado, destruido. Nos dicen que es parte de la avanzada que

terminará con todos nuestros sueños.

Pero el bárbaro capturado da más lástima que miedo. Es un ser indefenso al que le han cortado la lengua para que no cuente nada. Lo ajustician en la plaza y todos vitorean y se alegran de la caída del bárbaro, y se bebe vino y se lanzan rosas al aire y se hacen fiestas y hogueras para celebrarlo.

En cuanto nos alegramos demasiado, volviéndonos más fuertes y valientes viendo al invasor aniquilado, la autoridad dispersa a las multitudes y nos recuerda que a las puertas del reino siguen acechando; que volvamos a casa y nos preparemos para lo peor, que mantengamos silencio y prudencia, que no hagamos nada que alerte a los bárbaros.

Y así vivimos. Con el pánico en la piel y en la cabeza permanentemente. Dejando que los líderes manejen nuestro destino.

Pero sé de cierto que algún día no muy lejano alguien del pueblo se levantará y saldrá, con otros muchos, armados hasta los dientes, en busca de los bárbaros. Y los que queden en la ciudad, presas del terror, se apertrecharán y cerrarán a piedra y lodo sus puertas y ventanas esperando la inminente venganza.

Y así morirán muchos, de miedo, mientras otros buscan a los conquistadores.

Porque el miedo es bastante más peligroso que los bárbaros.

Porque el miedo no está a las puertas del reino, sino dentro de nuestras casas y nuestros corazones. Y como nadie saldrá a cultivar los campos, ni a hacer pastar a las vacas, ni a traer agua, la ciudad morirá muy pronto. Y seremos no más que polvo.

Y cuento todo esto porque está pasando en mi ciudad y en mi país. Y me rebelo todos los días ante el destino que nos espera.

Y lo cuento, porque leí un texto de Constantino Cavafis, el poeta griego, que se llama así precisamente: «Esperando a los bárbaros». Y aquí mismo transcribo un fragmento para que no se nos olvide que la mejor manera de combatir el miedo es resistiendo todos juntos.

*—¿Qué esperamos congregados en el foro?
Es a los bárbaros que hoy llegan.*

—¿Por qué esta inacción en el Senado?
¿Por qué están ahí sentados sin legislar los Senadores?
Porque hoy llegarán los bárbaros.
¿Qué leyes van a hacer los senadores?
Ya legislarán, cuando lleguen, los bárbaros.

—¿Por qué nuestro emperador madrugó tanto
y en su trono, a la puerta mayor de la ciudad,
está sentado, solemne y ciñendo su corona?
Porque hoy llegarán los bárbaros.

Y el emperador espera para dar
a su jefe la acogida. Incluso preparó,
para entregárselo, un pergamino. En él
muchos títulos y dignidades hay escritos...

DE CÓMO VA UNO CAMBIANDO

Lo noto. Frente al espejo empiezo a ver a otro que es muy parecido a mí, pero que no soy yo. Es uno al que le sale un vello cada vez más hosco y feroz en la barba y la zona del bigote, al que le va cambiando la voz y haciéndose cada vez más grave. Es uno que empieza a tener sueños donde cada vez aparecen más culos y tetas de distintos tamaños y colores.

Sigo siendo yo pero sin serlo del todo. Ése, el del espejo, es un poco más huraño, más tragón, menos sociable, más ensimismado, menos alegre. Es uno que piensa a veces que los que están alrededor no tienen su altura ni su inteligencia. Pero afortunadamente siempre está a su lado Sofía y el tío, que inmediatamente lo ponen en su lugar en cuanto intenta pasarse de listo. Que le recuerdan que dentro de él habita el mismo de siempre, el que sueña con tigres y marcianos y ballenas blancas. Que lo animan a escribir lo que siente y él, a regañadientes lo hace. Y luego, escribiendo, va dándose cuenta de que es cierto, que no es mejor, ni más inteligente que nadie y que si la inteligencia sirve de algo, es precisamente para darse cuenta de esas cosas.

Paco dice que son los cambios hormonales. Que es algo llamado adolescencia y que se quita con el tiempo. A él no le preocupa. Cada vez que sale el otro en vez de yo, le da un palmo de narices, un portazo en la cara, un cubetazo de agua helada por encima de la cabeza. Lo deja hablando sólo, lo ignora. Y hace bien.

Ése, el del espejo, no me gusta. Es una caricatura oscura de mí mismo. Es uno que intenta contestar todas las preguntas en la clase, el que se burla de los que no las saben. Uno que de mí tal vez sólo conserva la sonrisa, y cada vez la saca menos a pasear. Soy el Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Un poco más el segundo que el primero, alarmantemente y cada vez con mayor frecuencia.

He insultado a Matías. Lo llamé enano en público. Él puso sus ojos como platos y salió del salón sin pestañear, sin poder creérselo. Detrás salió Sofía, solidaria. Pero antes de salir me lanzó una mirada que llevaba en ella un puñal envenenado. Me deshice en disculpas que Matías aceptó benevolente. Nos abrazamos en el patio y le juré que nunca jamás volvería a insultarlo. Pero Sofía es un hueso duro de roer.

Lleva dos semanas sin dirigirme la palabra. Le llevé flores, le escribí un poema, le compré un disco de Bob Dylan que no tenía, me puse de rodillas y me llamó ridículo.

La acorralé en el salón cuando terminó la clase de química. Los dos solos. Me le puse enfrente.

—¿Ya no me quieres? —le solté a bocajarro.

—Quiero a Sebastián. Tú no eres Sebastián. ¡Eres un petulante, engreído, baboso!

Fue como si me clavara una estaca en el centro del corazón.

Me fui a casa, arrastrando los pies. Paco cocinaba.

—Tío Paco —lo llamé así después de mucho tiempo—, ¿de plano soy petulante, engreído y baboso, como dice Sofía?

—No, pero a veces te esmeras en parecerlo —dijo, mientras hacía malabares con una espátula con la que cocinaba tortilla española.

—¿Y cómo hago para no ser así? —pregunto ingenuamente.

—Eso es un misterio que tendrás que resolver por ti mismo, a menos que te quieras convertir en el señor Kurtz.

—¿En quién?

—Kurtz es un hombre que quiso volverse un dios y que lo único que logró fue volverse loco. Y arrastró a muchos junto a él a la locura. Es un personaje de *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad. No digo que acabes como él. Pero en el largo camino a través del tiempo, uno tiene que darse cuenta cabal de los agravios que va cometiendo, e impedir que sus cambios afecten a los otros. Porque, cuando te des cuenta de lo que vas dejando por el camino, tal vez sea demasiado tarde para remediarlo.

—¿Entonces?

—Entonces, busca dentro de ti al que quieres ser. ¿La tortilla la quieres con pimientos o sin pimientos? —preguntó, quitándole importancia al otro

tema.

Paco sabía de estas cosas. Él emprendió un largo camino para encontrarse.

Leí toda la noche a Conrad. Sin parar.

No, definitivamente no quería ser como el señor Kurtz y acabar viendo el horror, perdido en el delirio. Sólo quería seguir siendo yo. Crecer, cambiando pero sin cambiar, pensar y creer en las mismas cosas y defenderlas contra viento y marea, a capa y espada, desde donde los años me encontrarán.

Así que recurrí a las técnicas de Paco para cambiar el mundo. Aunque el mundo, en este caso, fuera tan sólo hacer que Sofía volviera a verme con los ojos de siempre.

Me encadené al poste de la puerta de su casa.

Cuando llegó por la tarde hizo como que no me vio. Pero me vio. Cada tanto yo notaba cómo se movían, milimétricamente las cortinas de su cuarto. Bajó sobre las once de la noche, en bata.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó indignada.

—Resistencia pasiva —contesté pelando un plátano y acomodándome la manta sobre las piernas.

Si la técnica le había funcionado a Gandhi contra los ingleses, no tendría por qué no funcionar en mi caso.

—No me voy hasta que me perdones —anuncié entonces poniendo cara de niño bueno.

—Pues te vas a helar —y dándome la espalda, resueltamente, como era ella, se fue dando un sonoro portazo.

Nunca en mi vida he pasado tanto frío. En algún momento me quedé dormido, tiritando, y un perro callejero orinó sobre la manta. Así que en la madrugada me quedé sin cobijo. Paco sabía de mis planes y cada dos o tres horas pasaba en el auto para estar seguro que no moriría en el intento.

Amaneciendo volvió a salir Sofía. Con una taza de café en la mano. Se sentó en las escaleras de su casa y se dedicó a mirarme un largo rato.

Cuando volví a cerrar los ojos, tan sólo un instante, sentí una pequeña patada en el muslo. Ella me miraba desde arriba, con la pecosa nariz apuntándome acusadoramente.

—¿Quién eres?

—Un arrogante, petulante y baboso que quiere pedirte perdón —contesté.

—No, no. ¿Quién eres tú?

Esperaba otra cosa. Una respuesta que no me venía a la cabeza. Un rayo de sol me dio en los ojos, se había colado entre la enredadera y había llegado franco y directo contra mí, iluminándome.

—Soy Sebastián. El de toda la vida.

—Demuéstramelo.

Y automáticamente, sin pensarlo, vino a rescatarme don Pablo Neruda, desde el fondo de mi memoria:

*Para mi corazón basta tu pecho,
para tu libertad bastan mis alas.
Desde mi boca llegará hasta el cielo
lo que estaba dormido sobre tu alma.*

—Neruda, del poema número doce de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* —dije. Jamás plagiaría un verso, por ningún motivo.

—No está mal —sentenció Sofía—. Quítate la cadena. Y jamás de los jamases vuelvas a insultar a un amigo. Porque me insultas a mí.

—Sí —acepté, y la seguí hacia la cocina, arrastrando la cadena, como la de un alma en pena. Pero liberado del otro, que se fue para siempre, con el breve rayo de sol que ahora iluminaba al mundo.

RODAR Y RODAR...

No nos fijamos, pero deberíamos. Cada paso que damos es el resultado de una enorme y compleja cadena de acontecimientos que suceden en el cerebro, por el cual se envían impulsos eléctricos que recorren el cuerpo entero y que hacen que las piernas y los pies reaccionen, bajo nuestro mando, a esos impulsos. Lo mismo sucede con las manos y los brazos. Con los sentidos. Oímos, vemos, olemos, tocamos y gustamos con la lengua, y hasta soñamos, gracias a la perfección con la que el cerebro funciona las veinticuatro horas al día, todos los días de nuestras vidas.

No todos tienen esa suerte. De repente alguien, por un problema genético, por falta de oxígeno al nacer o a causa de un accidente deja de recibir esos impulsos en alguna parte del cuerpo. Se rompe la cadena transmisora de información. Y eso hace que te vuelvas esclavo de tu cuerpo, ése que debería seguir a pies juntillas tus órdenes y dejarte correr, nadar o amar como tienes derecho por naturaleza.

Mi amigo Mario está sujeto a una silla de ruedas a causa de un accidente. Se tiró a los once años a una piscina y pegó con la cabeza en el fondo, que debería estar más lejos de lo que estaba. Él lo explica mejor que yo: «Tengo paraplejia, la mitad de mi cuerpo hacia abajo está inmovilizado a causa de una lesión medular que impide que mis piernas funcionen. No puedo caminar pero ruedo por la vida. No soy menos que nadie».

Va arriba y abajo con su silla de ruedas y descubre con pesar, cotidianamente, que esta ciudad y este mundo no está hecho para facilitarle la vida. Las rampas en las calles no están donde deberían estar y las escuelas, rara vez tienen las condiciones necesarias para ayudarlo a desenvolverse mejor. Es un tipo brillante que saca siempre las mejores notas, tiene ideas

propias muy elaboradas sobre la vida y sobre las causas y efectos de los actos que realizamos, y es un líder nato que organiza todo el tiempo grandes manifiestos acerca de su estado y de la injusticia social que sobre él y los que son como él pesan diariamente.

—No quiero tu lástima. Quiero tu apoyo. Firma aquí —dice mostrando el pliego petitorio que piensa mandar a la Cámara de Diputados para que existan mejores condiciones en la ciudad para aquellos que ruedan por la vida.

Damos largos paseos por el parque hablando de libros y de política y de mujeres. Siempre acabo yo mucho más cansado que él. Jamás ha permitido que lo empuje. Sus brazos también son sus piernas. Si te da un golpe, es probable que muerdas el polvo instantáneamente.

Su estado es irreversible. No hay nada que hacer. Así que, a veces, camino por él, allí donde no puede, nado por él y me enojo junto con él cuando alguien no entiende lo que debería ser fácilmente comprensible. No es un inválido. Tampoco, como dice, tiene «capacidades diferentes», tiene las mismas que todo el mundo y desprecia, junto conmigo, a aquellos que lo miran con condescendencia.

Mario cumple años y Sofía ha tenido una idea para celebrarlo.

Lo veo venir hacia el salón por el medio del patio, dando vigorosas brazadas para rodar como sólo él sabe hacerlo. Tiene un espacio reservado en la clase para que acomode, en el centro del salón, su silla. No hasta adelante. Justo en el centro. Pero hoy hay algo diferente. La puerta de la clase está cerrada, todos desde dentro oímos cómo manipula el pasador y mienta madres cuando se le resiste. Pero lo logra y la puerta se abre con un súbito vaivén. Dentro estamos esperando sus doce compañeros. No están allí las habituales sillas con paleta integrada para escribir, en donde nos sentamos. Y sí, doce compañeros en silla de ruedas, como él. La sorpresa se dibuja en su rostro. No entiende lo que está pasando. Sofía, rápidamente, toma la palabra.

—Mario. Esto no es una burla. Al contrario. Es un homenaje. Te queremos y admiramos por tu manera de llevar adelante tu vida, sin miedo y sin detenerte a compadecerte de ti mismo. No podemos saber qué sientes dentro de ti, pero sí podemos saber qué sientes por fuera. Por lo menos durante estos tres días en que todos viviremos rodando, como tú. Si no te

importa.

Noté cómo Mario apretó la mandíbula y luego, distendiendo el rostro, soltó una sonora, larga carcajada.

—¡No saben la joda que les espera! —espetó con lágrimas de felicidad en los ojos.

Partimos pastel, lo abrazamos uno a uno formando un enjambre de sillas de ruedas que chocaban unas contra otras constantemente haciendo una sinfonía de metales sin ritmo.

Todos le dieron un regalo. Yo le dije «Pleamar», de Oliverio Girando:

*Nada ansío de nada,
mientras dura el instante de eternidad que es todo,
cuando no quiero nada.*

Y lo cumplimos al pie de la letra. Nadie se bajó de la silla rentada en esos tres días en que aprendimos todas y cada una de las dificultades que Mario, con absoluta entereza, soportaba diariamente. Jugamos carreras en el patio y nos fue derrotando, por mucho, uno a uno. Subimos y bajamos escaleras con enorme complicación. Íbamos al baño en la silla y hacíamos lo que teníamos que hacer como él lo hacía, sin usar nuestras extremidades.

Mario nos miraba entre halagado y un poco escéptico. La diferencia residía en que al término del plazo, todos volveríamos a caminar, excepto él; lo nuestro había sido no más que un gesto puramente simbólico. Notaba en nuestras caras esa tristeza y en pleno patio, con doce sillas de ruedas alrededor, el día final de nuestra demostración, tomó la palabra:

—Lo agradezco muchísimo. Y los quiero a todos. Sé lo que están pensando y no importa ni me preocupa. Cada quien tiene que vivir con lo que le toca. Ustedes caminan y yo ruedo, y ruedo, sin duda, mucho mejor que cualquiera y por supuesto mil veces mejor que Sebastián, que es torpe como pocos. Ustedes han hecho un acto de amor y solidaridad que yo no voy a olvidar. Dijeron que iban a sentir como yo siento por fuera, pero realmente, hoy yo siento como ustedes sienten por dentro.

Algunos lloraban franca y abiertamente. Yo no quise que me viera llorar y aguanté apretando los labios. Continué hablando.

—Les propongo, que para terminar, hagamos el ataque de las sillas de ruedas voladoras.

Nos pusimos todos alrededor de la fuente de la esquina del colegio, de espaldas a ella, y a la cuenta de tres, empujamos al unísono nuestras máquinas. Caímos dentro. El agua estaba helada. El primero que salió fue Mario, más hábil que ninguno. Sacamos su silla y no dejó que lo ayudáramos; se subió, impresionantemente enérgico, sobre ella, empapado hasta los huesos.

Fue muy emocionante ver cómo éramos un grupo unido y fuerte, hecho de ese material indestructible con el que se hacen los amigos, los compañeros.

Unas semanas después tuvieron que cambiar las ruedas de Mario, que completamente oxidadas daban cuenta cabal de la misión que se había impuesto en la vida, rodar más lejos, más fuerte y más alto que ninguno.

DE CÓMO LOS VIAJES ILUSTRAN

Voy sentado absolutamente solo en el vagón del metro. Es la última corrida de las noche, la de las doce. Salí muy tarde de la conferencia sobre filosofía en la ciudad universitaria. Sofía tiene una muy fuerte gripe y no pudo acompañarme. Lo lamento enormemente, le hubiera encantado escuchar a Fernando Savater decir cosas tan divertidas como «la única obligación moral que tenemos es no ser imbéciles». Este filósofo español es diferente, devorador de historietas, de novelas, aficionado a la cultura popular, escritor él mismo. Tiene un libro particularmente interesante llamado *Ética para Amador*, donde con un lenguaje claro y sencillo habla de filosofía para niños y adolescentes y explica, a través de nueve capítulos cómo debe uno actuar a partir de razonamientos morales y éticos. Y no es moralista, todo lo contrario, Amador es su hijo y a él le dedica sus pensamientos sobre el mundo.

El caso es que la conferencia fue muy divertida y, sobre todo, ilustrativa. Savater es absolutamente miope y le brincan dos pequeños ojitos detrás de sus lentes de aumento que parece que sirven, como una lupa, para ver el mundo y algunas cosas que los demás no vemos. En la última estación se bajaron los que me acompañaban, Matías y Laura. A mí me queda todavía un largo recorrido hasta casi el final de la línea y vengo leyendo una novela de aventuras extraordinaria; se llama *Ojos de lagarto*, de Bernardo Fernández, BEF. Me la estoy comiendo página a página. Tengo que recomendársela a todos mis amigos.

El tren para. Escucho el típico sonido que sale de los altavoces indicando que se van a cerrar las puertas: *Tiruriruriu...* Pero no despego los ojos del libro, y tampoco noto ninguna presencia extraña.

Repentinamente, escucho a mi derecha, claramente, un «hola» sensual,

proferido por una voz de mujer que viene acompañado por un breve viento helado. Doy un respingo y me voy hacia el otro lado. Allí, junto a mí, está una de las criaturas más bellas que he visto en mi todavía corta vida. Va vestida de negro, como negro es el pelo y los ojos y hasta las uñas que lleva pintadas. Pero su cara es blanca, muy blanca y los labios de un intenso rojo que le iluminan el rostro. La muchacha debe tener unos veinte años, lleva el pelo azabache en un moño, zapatos de tacón, medias de seda negras y un vestido entallado con una abertura en la pierna que deja ver mucho más de lo que cualquiera puede resistir.

—Me asustaste —le digo mientras recobro el ritmo de mi acelerado corazón—. No te vi entrar.

—Es que no entré. Ya estaba aquí —dice enigmática.

Yo me recorro unos milímetros lejos de ella, casi imperceptiblemente.

—No te voy a comer. Me llamo Baal —y extiende con delicadeza la mano blanca con puntas negras. Se la estrecho con cuidado; está helada; la suelto lo más rápidamente que puedo mientras farfullo mi nombre como única respuesta.

—¿Qué lees? —pregunta con una voz de embeleso y misterio que podría derretir al mismísimo Polo Norte si se lo propusiera.

—Una novela de dragones —y me muevo un par de milímetros lejos de la tentación.

—Los dragones no existen —dice contundentemente, casi enojada.

—La imaginación es siempre más poderosa que la realidad —contesto—. Y mucho más divertida.

—¿No estás grandecito para andar creyendo en dragones? —y avanza moviendo las nalgas hacia mí, recuperando los milímetros que yo había ganado tan penosamente. Cada vez se veía más guapa...

Y de repente, puso una mano sobre mi pierna. Una mano aparentemente pequeña que se volvió enorme conforme avanzaba hacia mis zonas pudendas. Como una garra.

Y sentí una oleada de calor súbito que me llegó hasta los ojos, nublándolo todo. Por algún motivo incomprensible y contra cualquier precepto hormonal, me levanté de un golpe. Me fui de dos largas zancadas hacia la puerta. El metro iba a toda velocidad; destellos luminosos se veían por las ventanas a su

paso.

Me di la vuelta y la encaré, dispuesto a decirle, a decirle... Cualquiera cosa. Y entonces descubro frente a mí, sentado en el sitio que ella ocupaba hace unas décimas de segundo, a un hombre vestido de frac, con sombrero de copa, barbita de candado en punta, uñas largas, un fistol en la solapa y un bastón de ébano con mago de plata en forma de cabra.

—Buenas noches —saludó balanceando la pierna que llevaba cruzada sobre la otra, con una maliciosa sonrisa en el rostro.

—¿Qué me dieron? —pregunté, haciendo un recuento de lo bebido en las últimas horas: un café y dos refrescos de manzana embotellados. Nadie pudo haber puesto alguna droga en ellos, por lo tanto, descarté inmediatamente las alucinaciones. El tipo sonreía y me miraba pasándose la lengua por los labios.

—¿No quieres ser inmortal? —dijo, mientras buscaba algo dentro de su chaqueta.

Yo tenía la espalda pegada a la puerta del vagón, estaba petrificado. Era el diablo. O por lo menos esa versión, la más suave, del mismísimo Lucifer. Sacó un pergamino y se levantó acercándose a mí, moviéndose como una serpiente.

—La inmortalidad a cambio de tu alma —y me puso el papel frente a los ojos. Yo no entendía una sola palabra del contrato porque estaba escrito en caracteres que jamás había visto. Di un par de pasos hacia el lado y él dio hacia el contrario, parecía que estábamos haciendo un baile.

Tiruriruriu... Sonó la alarma haciendo que la puerta se abriera. Él había quedado de espaldas al andén. Me acerqué al contrato, haciendo como que leía. Cuando las puertas empezaban a cerrarse le pegué el empujón más fuerte que he dado en mi vida. Cayó de culo sobre el andén e incluso resbaló cómicamente, sobre sus posaderas, un par de metros. Del bolsillo donde llevaba el pañuelo en el frac, vi cómo caía un diablillo de no más de siete u ocho centímetros, de cabeza contra las losas enceradas. El tren se puso en marcha. Por la ventana vi cómo se limpiaba furiosamente el pantalón con las dos manos. Por lo menos era un diablo limpio.

Lo vi alejarse hasta que entramos al túnel. Me di la vuelta y en mi lugar, ahora, había un viejecito de larga barba blanca, túnica y un triángulo dorado sobre la cabeza, que sonreía beatíficamente.

—Bien hecho muchacho. Eres de los nuestros —dijo.

—¿Dios? —pregunté balbuceante.

Y él asintió una vez con la cabeza, cerrando los ojos.

—Lo siento, pero no estoy vendiendo el alma, por ahora —me permití bromear, porque obviamente ésta era mucho más amable y bonachona que las dos apariciones anteriores.

—Te prometo que tu alma inmortal está asegurada, sólo tienes que...

Y su voz era igual a la de un vendedor de aspiradoras que fuera a desgranar las virtudes de su producto. Lo paré en seco.

—Así estoy bien. Viviré esta vida y luego... Luego ya veremos.

Por lo visto se enfadó. Hizo una mueca de profundo disgusto y se desvaneció en el aire dejando un polvo de diamantes finísimo en lugar de su cuerpo.

Tiruriruriu...

La puerta volvió a abrirse. Y yo abrí los ojos. No había nadie alrededor. Era la estación final. Me pasé por tres y era el último convoy. Tendría que caminar por lo menos media hora de regreso a casa.

Eso me pasa por no querer quedar bien ni con dios ni con el diablo.

DE LETRAS, NÚMEROS Y SORPRESAS

Paco se ha perdonado a sí mismo. Sigue yendo cada quince días al cementerio y ya no llora por las noches, incluso ha vuelto a la escritura de su novela. Todas las tardes aporrea furiosamente la vieja Olivetti que heredó del abuelo socialista, sobre la mesa del comedor. No lo molesto. Bajo de puntillas desde mi habitación y me acurruco en el sillón de la sala a leer, hacer la tarea o garabatear en mi cuaderno de viaje por la vida.

El sonido de las teclas, que para algunos podría resultar estridente, a mí me resulta armonioso, sé que cada cinco o seis golpes son una palabra, que cada doce o trece palabras hacen una línea y que treinta y una o treinta y dos líneas se convierten en una página. Le he ofrecido la computadora pero se rehúsa rotundamente, él dice de sí mismo que es *prototecnológico* (anterior a la tecnología), que prefiere ver cómo se van acumulando a su lado las cuartillas llenas de palabras, haciendo un montoncito que crece día con día. No ha corregido nada. Dice que eso se hace al final. Escribe con sólo cuatro dedos, índice de la izquierda, pulgar, índice y medio de la derecha, pero pareciera, por la velocidad, que usara todos, hasta los de los pies.

Me acerco sigilosamente e intento mirar por sobre su hombro las palabras negras que van apareciendo sobre la página blanca, pero me lo impide.

—Se leen cuando están impresas, no antes —dice tapando con el antebrazo el rodillo de la máquina.

—Tantito —pido.

Un no tajante es su respuesta.

Cada noche, cuando termina, toma la resma de papel y la pone dentro de un fólter amarillento. Y así fólter y máquina van a parar a una mesa que mi madre había puesto en la sala. No lo esconde, sabe que soy absolutamente

incapaz de mirar su texto sin su consentimiento. Hay entre nosotros una confianza absoluta, inquebrantable. Él no mira en mi clóset o mis cajones, ni yo en los suyos. Yo no toco su cartera. Él, cada semana, pone sobre mi mesita el dinero que necesito, nunca es más o menos, siempre me alcanza. Cuando hay que comprar útiles, libros o ropa, discos, vamos juntos y paga siempre en efectivo. Hay una chequera en la que podemos firmar cualquiera de los dos, pero yo nunca lo he hecho. El dinero es una cosa que sirve para comprar otras cosas que sirven para lo que sirven.

—¿Por lo menos dime de qué es tu novela? —le pido mientras cenamos pan con jitomate, aceite de oliva y jamón serrano.

—Trata de la relación entre un sobrino y su tío —contesta maliciosamente.

—¡No es cierto!

—Trata de una isla desierta donde un muchacho aprende el valor de las palabras.

—¡Mientes con todos los dientes! —y se lo digo riéndome como loco.

—Trata de un viejo trompetista que cree que el mundo es maravilloso.

—Inténtalo de nuevo —respondo.

—Trata de un campamento en la sala de una casa muy parecida a ésta.

—Eso que dices no es una novela —le pico el orgullo.

—Todo es una novela. La vida es una novela.

Y no puedo más que darle la razón. Todo eso que dijo podría ser muy bien una novela, si no fuera porque lo que me estaba contando es nuestra propia vida. Y considero que nuestra propia vida no merece estar impresa como una novela. ¿O sí?

Tal vez sí. Las pequeñas cosas son las que a la larga se convierten en las grandes historias. La memoria es esa maravilla que se va formando con retazos de conversaciones, un olor, como el de la panadería, un momento justo, un beso, la súbita aparición del sol en el horizonte; en fin, es como una de esas mantas que se hacen con retazos de tela de diferentes colores que aparentemente no encajan unas con otras y que, sin embargo, acaban resultando de una perfecta armonía.

Creo que la vida de cualquiera, sabiendo qué contar y escribiendo lo mejor posible lo que hay que escribir, merecería ser una novela.

Los papeles de Paco van creciendo día con día. Es como si una prisa misteriosa lo urgiera a terminar lo antes posible. Eso me inquieta. Yo estoy cerca de finalizar la preparatoria y todavía no me queda muy claro lo que quiero estudiar, aunque algunas ideas tengo al respecto.

Descartadas las ciencias, particularmente cualquier carrera que incluya matemáticas en su lista de materias. Me gusta la historia, la literatura, la comunicación, tal vez la sociología. Paco, que sabe de mi profundo resentimiento contra los números, algo completamente inexplicable y que por más que busco en el fondo de mi memoria no logro descifrar, me va a regalar un libro, que según él, servirá para vencer mi aversión. De entrada y para convencerme, me dice que el autor es uno de los más polifacéticos y agudos escritores del mundo, saca del estante de la biblioteca, un título que tenemos y en el cual yo no había reparado: *Poesías para los que no leen poesía*, de Hans Magnus Enzensberger, al azar lo abro por cualquier parte y me encuentro con esto:

*hay palabras
ligeras
como semillas de álamo

se levantan
llevadas por el viento
y vuelven a caer*

Muy bien. Un poeta alemán. Extiendo las manos para recibir el regalo prometido, lleno de expectativas porque lo que estoy esperando es otro libro de poesía y no sucede así. Definitivamente no.

El diablo de los números se llama. Tiene un subtítulo que dice llamativamente: «Un libro para todos aquellos que temen a la matemática». Lo miro con cierto recelo. A estas alturas de mi vida, acercarme a los números me parece tan arriesgado como meter la mano en la jaula de un león al que no le han dado de comer desde hace tres días. Pero tengo la mente abierta y el hecho de que sea un poeta quien lo escribe me da alguna confianza. Tal vez sea que no tuve los maestros lo suficientemente sensibles

que me ayudaran a entender mejor ese universo que me es completamente ajeno. Pasé siempre la materia gracias a la generosidad de los mismos maestros que descubrieron muy pronto mi absoluta incapacidad para el razonamiento matemático y mi enamoramiento por las letras. Supongo que decidieron, sin ponerse de acuerdo, que acabaría escribiendo y no sumando, multiplicando, restando o despejando incógnitas.

Paco me empuja los hombros sin decir nada, pero diciendo con el cuerpo: déjame escribir y vete a leer. No estoy seguro pero me resigno. Con la misma confianza con la que me tiraría de un sexto piso sabiendo que en la calle está el tío esperándome con los brazos abiertos, así me tiro de cabeza al libro de Enzensberger.

Es la fantástica historia de Robert y las doce apasionantes noches en que un diablillo, durante sus sueños, lo introduce al mundo de los números, de una manera divertida, inteligente, brillante. En sus sueños, como en los míos, pasan cosas extraordinarias que van despejando, ahora sí, la incógnita que representan las abstracciones numéricas. Lo leí de un tirón. Y ahora veo las matemáticas de otra manera. Debí haberlo leído siendo un niño y tal vez mi vida hubiera tomado un rumbo distinto, o por lo menos habría entendido antes esas cosas que apenas voy entendiendo ahora. Como, por ejemplo, que en la ciencia también hay poesía.

—¡Es una maravilla! —le grito a Paco, por sobre el furioso sonido de su teclado.

—Te dije —replica mientras sigue aporreando las letras.

—¿Por qué tanta prisa por terminar? —y me siento a su lado esperando que cese su furibundo movimiento.

Y cesa.

Se me queda mirando como si fuera la primera vez que nos encontráramos cara a cara. Como si yo fuera el niño que hace cinco años comenzó a vivir con él, recién despojado de padres y de sueños. Me sonrió. Puso una mano sobre mi hombro y dijo:

—Tengo cáncer. No sé cuánto tiempo me quede. Quiero terminar para poder estar contigo, sin distracciones, todo ese tiempo.

Sentí un puñal helado en el centro del corazón. Miles de pequeños puñales. No pude abrir la boca. Apreté la mandíbula para no llorar.

—La gente se muere. Es la cosa más natural del mundo. No hay por qué tenerle miedo —dijo, como si estuviera hablando del clima en el Pacífico.

Entendí la prisa. Y lo odié. Por primera vez en mi vida lo odié con todas mis fuerzas. Me fui a mi habitación y cerré por dentro con llave, también por primera vez. No salí hasta dos días después, a pesar de los ruegos de Paco, que desde el otro lado de la puerta me pedía que comiera, que saliera, que habláramos. Bebí agua de la llave del baño y no probé alimento, el nudo en la garganta y el estómago se hacían cada vez más grandes.

Abrí unos minutos después de descubrir que no lo odiaba porque se fuera a morir, sino porque me iba a quedar solo una vez más. Porque me había prometido no morir nunca. O por lo menos dijo que iba a hacer su mejor esfuerzo, lo recuerdo claramente. Y entonces me odié a mí mismo, por egoísta. Por haberme perdido dos días enteros sin él, sin su cálida, maravillosa, imprescindible presencia.

Bajé las escaleras. Él sacó de la máquina de escribir una hoja y la puso sobre el montón. Volteó a verme y sonrió, una vez más, como sólo él puede hacerlo.

—Terminé la novela —y se levantó de la silla.

Nos fundimos en el más grande y fuerte de los abrazos. No lloramos. Nos prometimos mutuamente que el tiempo que quedara sería nuestro, y que sería un tiempo, como la vida que habíamos vivido juntos, extraordinario.

DE INSTRUCCIONES, COMPONENDAS Y CONSEJOS

Los siguientes días fueron de actividad frenética. Paco, con un plumón rojo iba corrigiendo las páginas escritas, tachando, haciendo anotaciones en los márgenes, rompiendo algunas cuartillas, reacomodando el texto como si se tratara de una baraja. Estaba tan concentrado, ensimismado, que yo le iba poniendo los platos de desayuno, comida y cena a un lado y él picoteaba casi sin prestarles atención. Pero a las ocho de la noche en punto, detenía de golpe su trabajo, ponía a un lado los papeles y me miraba a los ojos. Entonces hablábamos, larga, profundamente sobre todo lo que se nos ocurriera. Ante la inminencia de la muerte, ese tránsito natural y sin embargo absurdo, Paco tenía prisa y me recetaba, como una ametralladora cada vez que me tenía enfrente, una mezcla exótica de consejos, instrucciones, comentarios, apreciaciones y cuestiones variopintas para cuando él ya no estuviera presente.

Los rastrillos no duran más de una semana. A menos de que quieras acabar como luchador, o cristo de vitrina en iglesia de pueblo.

Alcohol y volante son incompatibles. Vino tinto moderadamente y conversación abundante son combinación perfecta. ¡A las paellas no se les pone limón, nunca! Checa siempre la caducidad de las latas y, de preferencia, ¡evítalas!

Pili no sabe nada. Por favor no se lo digas. No quiero que aparezca por aquí con su gurú hablándome de reencarnación y terminemos a bofetadas.

Jamás vendas la biblioteca; si un día quieres deshacerte de ella, dónala, regálala a una escuela, repártela en la glorieta del metro Insurgentes. Hay muchos que quieren leer y no tienen cómo pagar por los libros. No se vale hacer negocio.

La llave del agua caliente del baño de arriba es mañosa. Hay que darle sólo tres cuartos de vuelta, si la abres completa sale fría. Es tan veleidosa como político ecologista.

Si vas a acostarte con una chica, que sea siempre de mutuo acuerdo y con amor de por medio; cambia primero los sábanas, ten condones a la mano y ponlos correctamente en su lugar. Nunca jamás te levantes de la cama antes que ella. Hazle el desayuno.

La luz se paga los días 20, el teléfono antes de los días 4 de cada mes, las chequeras están en el cajón de arriba del mueble de mi cuarto, los del gas vienen cada veinte días y si no los oyes te fregaste.

Dejé mi última voluntad en un sobre cerrado junto a los calzoncillos, no lo abras hasta el mero final.

Los filetes de pescado se hacen pasando el cuchillo desde la cola hacia la cabeza, nunca al revés.

No te vendas, no te alquiles. Sé un alma libre y vela por lo justo. Es mucho mejor pasar hambre que ser un esclavo. Sigue tus corazonadas. Apela al sentido común. Nunca pierdas el sueño por aquello que no tiene solución. Nunca pierdas el sueño por aquello que tiene solución. Nunca pierdas los sueños.

La familia que te tocó en suerte es importante, la familia que construirás es más importante... Los amigos son la familia que elegiste; a ellos, respeto, amor a raudales, palabras de oro, lealtad absoluta, confianza. Si das tu palabra es como si dieras tu vida, es más importante que cualquier contrato.

Ya lo sabes, pero va de nuevo: el dinero sólo sirve para lo que sirve, ni más ni menos. Si con dinero puedes cambiar la vida de una persona, cámbiala sin dudar. Si con dinero no puedes cambiar tu propia vida, deshazte de él.

Nadie es más ni menos que tú, mira a los demás a los ojos, escúchalos, intenta entenderlos. Si no entiendes sus razonamientos o sus motivaciones guíate por el corazón y no por la cabeza.

Lo más importante es lo que piensas y lo que sientes...

Y yo contestaba, sí, sí, sí, de acuerdo; no, no, no, de acuerdo, e iba anotando todo dentro de mi cabeza.

Los médicos dijeron que Paco podría si acaso, vivir seis meses más. Así que en junio hicimos la cena de Navidad: pusimos árbol, comimos pavo, intercambiamos regalos.

Y en diciembre repetimos de nuevo todo el numerito. Porque Paco seguía allí. Más flaco, un poco ojeroso, sin pelo a causa de las radiaciones y

quimioterapias, pero de una pieza, como uno de esos árboles que quedan en medio de las ciudades, rodeados de edificios y coches y que, sin embargo, siguen llenos de pájaros y reverdeciendo cada primavera.

La novela fue entregada a un amigo editor. Están por publicarla.

Hemos oído muchísima música en los últimos tiempos. Conocí a Edith Piaf, Jacques Brel, George Moustaki, todo el rock de las décadas de 1960 y 1970 en inglés, óperas alemanas, conciertos de piano, música barroca, canción de protesta y canción de puro amor, boleros rancheros y trova yucateca; en fin, la casa siempre está llena de música y de palabras. La música la pone el sistema de sonido y las palabras las cruzamos Paco y yo, todo el tiempo.

La tía Pili ya sabe de la enfermedad y no trajo a su gurú. Trajo, en cambio, una caja llena de frasquitos con algo llamado Flores de Bach, con mucho cariño y mucha buena voluntad. A cada rato pregunta:

—Paco, ¿te las estás tomando como te dije?

Y Paco responde afirmativamente con la cabeza y la besa y abraza. Pero por supuesto que no se las toma. La vecina de junto le trajo un escapulario y una foto del Niño Fidencio, que dice que es muy milagroso. Paco se lo agradeció mucho y la invitó a tomar con nosotros un té.

—Lo que más lamento es no tener tiempo para seguir estando juntos. Y, además, me faltan un montón de libros que se me antojan —dice Paco.

Así que pasamos el día juntos en cuanto vuelvo de la escuela y luego lee hasta altas horas de la noche, que son más bien las bajas horas del siguiente día. En algún momento pensé en raparme como un acto de solidaridad. A Paco no le gustó la idea y me quedé con mi pelo enmarañado. Sofía viene todas las tardes con nosotros y a veces se queda en la casa los fines de semana. A Paco le encanta Sofía, está seguro que estamos hechos el uno para el otro. Cada vez que discutimos lo confirma, porque dice que estar de acuerdo siempre vuelve conformistas a las personas. Constantemente nos reta a pensar más allá de nuestros conocimientos o habilidades.

Hace unos días, llevé a casa *El arte de la guerra*, de Sun Tzu, ese libro escrito quinientos años antes de nuestra era por un general chino y que supuestamente resume las estrategias y técnicas de la batalla y el comportamiento de los grandes guerreros.

Paco lo miró por encima y dijo, displicente, que estaba perdiendo el tiempo. Que si encontraba *El arte de la paz* lo cambiara inmediatamente. Lo devolví a la biblioteca al día siguiente y comencé una biografía de Gandhi, mucho más edificante.

Le han prohibido la carne de cerdo, el pan, los irritantes, el café.

Le valió madres y sigue comiendo de todo y bebiendo café como loco.

Ya estamos en marzo. Paco ha sobrepasado por más de siete meses el plazo fatal que le dieron los médicos.

Cómo se ve que no lo conocen.

DE CÓMO FUNCIONA ESO QUE SE LLAMA VOLUNTAD

*Nada sabe tan dulce como su boca
me transporta a una nube cuando me toca.
La estela de su cuerpo te abre el camino
como una antorcha; tempestades,
desata mientras se escapa sobre su escoba.*

Y Paco, Sofía y yo hacemos el coro: «U u u, su boca... U u u, su boca».

La canción de Víctor Manuel se escucha por los altavoces del automóvil. Yo manejo, Sofía a mi lado, Paco en el asiento de atrás. Por el retrovisor veo su calva cabeza contoneándose al compás de la canción. Alrededor, un bosque de pinos, oyameles, encinos; hay en el aire un surtido de fragancias que se mezclan con la tierra buena, el musgo, la humedad.

Llevamos dos horas de camino, vamos felices. Hemos cantado a José Alfredo Jiménez, Joaquín Sabina, Armando Manzanero, Joan Manuel Serrat, Juan Luis Guerra, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Marcial Alejandro, dos o tres de Los Beatles, alguna de Leonard Cohen, Bob Dylan, Janis Joplin, George Brassens... Bueno, un surtido rico de pura *educación sentimental*. De vez en cuando intercalamos fragmentos de poemas entre canción y canción:

—¡Machado! —grita Paco. Y Sofía inmediatamente lo secunda:

—*He andado muchos caminos,/ he abierto muchas veredas,/ he navegado en cien mares/ y atracado en cien riberas.*

—¡García Lorca! —digo yo. Y Paco responde:

—*Hoy siento en el corazón/ un vago temblor de estrellas,/ pero mi senda*

se pierde/ en el alma de la niebla.

—¿Cernuda? —pregunta Sofía y ella misma contesta inmediatamente—:
*Donde habite el olvido,/ en los vastos jardines sin aurora;/ donde yo sólo
sea/ memoria de una piedra sepultada entre ortigas/ sobre la cual el viento
escapa a sus insomnios.*

—Falta Miguel Hernández —y antes que nadie se me adelante, recuerdo
claramente un verso y lo digo mientras tomo una curva larga y pronunciada
—: *Es tu risa la espada/ más victoriosa,/ vencedor de las flores/ y las
alondras./ Rival del sol/ porvenir de mis huesos/ y de mi amor.*

Siento una mano que pasa sobre mi hombro, es la de Paco que con el
dedo índice señala, como debió haber señalado la tierra prometida, Rodrigo
de Triana, cuando divisó por primera vez las costas de América.

—¡Allí! —dice.

Y veo, resplandeciente entre el bosque, un claro lleno de verde y
reluciente hierba, cubierta en parte de hojarasca dorada. Me estaciono sin
hacer preguntas a un costado de la carretera. Nos bajamos. Hoy por hoy, Paco
debe pesar alrededor de cincuenta kilos, está en los huesos y, sin embargo,
hace, o intenta hacer todo con una vitalidad sorprendente, movido más por la
férrea, espectacular voluntad que lo ha mantenido vivo un año y medio
después de la sentencia médica. Por supuesto no deja que lo ayude a bajar del
auto, pone pie en tierra con decisión y una pequeña polvareda se levanta.

Caminamos los tres juntos respirando el paisaje, comiéndonoslo con los
ojos, sintiendo en la piel un nuevo mundo. Llegamos hasta el sitio. Paco me
mira.

—¿La canasta? —pregunta sonriendo desde sus ojos de cuencas
hundidas.

—Voy por ella.

Y deshago el camino rumbo al coche. Volteo un par de veces mientras
camino. Miro de lejos a las dos personas más importantes de mi vida en
medio de ese lugar mágico, por donde se filtran los rayos del sol y danzan los
árboles con la suave brisa que ahora mismo se ha desatado. No cambiaría este
momento por un Premio Nobel, por una isla con tesoro, por la eternidad a
cambio de que olvide. Se han sentado sobre las hojas, Sofía se soltó la cola de
caballo y el viento mece sus cabellos a un compás que sólo la naturaleza

entiende; Paco mira hacia las copas de los árboles.

Vuelvo con las viandas. Tenemos vino, jamón, queso, tomates frescos, aceite de oliva, frutas, pan campesino. Lo tenemos todo. Nos tenemos los unos a los otros.

Extiendo la manta sobre el suelo. Comemos y reímos y brindamos por la maravillosa vida que hemos tenido.

—Si alguna vez tienen nostalgia, que sea nostalgia del futuro —dice Paco levantando su copa.

—¡Por el futuro! —brindamos a coro.

Propongo dar un paseo. Paco dice que prefiere echarse una siesta.

Sofía y yo, abrazados, caminamos por los alrededores, encontramos un pequeño manantial, jugamos y nos tiramos agua uno al otro, nos besamos. Un par de horas después volvemos hasta el claro para encontrar un prodigio.

Paco está acostado sobre su lado izquierdo, cubierto, del cuello hacia abajo por cientos, miles de mariposas amarillas. Presiento lo peor.

Nos acercamos lentamente. Las mariposas mueven tímidamente las alas pero no alcanzan el vuelo.

Me arrodillo, acerco mi oído a la cara del tío. Respira lenta, pausadamente. Está vivo. Duerme plácida, armoniosa, cálidamente.

Está cobijado por una bellísima manta de mariposas amarillas. Se lo merece.

Una lágrima rueda desde los ojos grises de Sofía. Una lágrima extraña que va acompañada por la más bella de las sonrisas.

Sabemos bien que la naturaleza teme los vacíos.

Lo dejamos dormir hasta que quiso.

DE CÓMO LA VIDA, PESE A TODO, SIEMPRE SIGUE

El tío Paco vivió hasta mucho tiempo después de que salí de la universidad. Todo un récord, si se toma en cuenta que los médicos, año con año, no pensaban que pudiera llegar en pie a la Navidad. Supongo que cruzaban apuestas entre sí; si el tío hubiera apostado con ellos, habría tenido muchísimo dinero, pero no apostó. En cambio, cada vez que iba a verlos, una sardónica, enorme sonrisa se dibujaba en su rostro. Esa sonrisa inigualable que sólo pueden lucir aquellos que saben que han podido vencer a su manera a la muerte.

Nunca dejó de comer lo que le gustaba. Fumaba como carretero, de vez en cuando se bebía una copa de vino, tenía sexo ocasionalmente con sus viejas y queridas amigas, leyó todo lo que cayó en sus manos, cantó, se carcajeó de lo lindo y, sobre todo, siguió siendo día con día, faro, manta, mano que guiaba el camino o ponía la música indispensable.

Estudié letras, no números, como podrán imaginarse. Doy clases a jóvenes impetuosos que prefieren ver videos que leer libros. Poco a poco los voy convenciendo de las bondades tecnológicas de aquello que desprecian. El libro es portátil, no se le acaba nunca la batería, es digital, pues cambias las páginas con el dedo, y dentro está el infinito. Me miran como si estuviera loco. Como si no fuera una *persona normal*. Será que afortunadamente no lo soy. Intento todos los días cambiar, aunque sea, un poquitín al mundo y, sobre todo, resistiendo ferozmente para que el mundo no me cambie.

Sofía y yo seguimos juntos. Dormimos en la misma cama desde hace mucho y yo le llevo todos los días el desayuno. Cada semana cambio el

rastrillo. Cada tanto no escucho a los del gas y tengo que ir en el coche a rastrearlos por toda la colonia. La tía Pili viene a comer los sábados. Dejó al gurú francés y se enroló a Greenpeace; a finales de este año, irá en una expedición contra los balleneros japoneses, sé que puede contra ellos.

Seguimos teniendo los mismos amigos de los que nos hicimos inseparables en la escuela. Mario ha ganado tres medallas olímpicas en su silla de ruedas y dirige una asociación contra la discriminación en la cual todos los demás colaboramos. Matías es abogado laboral y brinda sus servicios gratuitamente a personas que han sido despedidas injustamente. Sofía estudió letras también, da talleres de redacción y de fomento a la lectura. Roxana se casó con un ingeniero y se divorció un año después. Nunca la volví a ver, pero hace poco me mandó un mail el día de mi cumpleaños que decía solamente: «¡Felicidades, Cyrano!».

Creo fervientemente en lo que creo. Cada vez que me miro al espejo no veo mi cara, pero tampoco la del señor Hyde; más bien, la de un ser de doce años que asombrado veía cómo el mundo era maravilloso. Y al voltear, miro cómo sigue siendo maravilloso, y yo el ser en la piel de un adulto que sabe que, pese a todo el mal que se cierne sobre nosotros, como un buitre, hay motivos para resistir.

Siempre que empeñé mi palabra, he cumplido cabal, punttilosamente al pie de la letra con lo dicho, honrando al tío Paco y a mi propio honor. No le debo nada a nadie. No pido nada ni exijo nada, excepto justicia, paz, libertad para todos.

Tenemos dos hijos, gemelos. Julio Sandokán y Francisco Robinson. La biblioteca, en cuanto tengan trece años, junto con la lanza masai, la plateada armadura, la pluma de halcón y el diario para escribir vidas, serán suyas.

Paco murió como debe morir la gente buena. Dormido. La noche antes, al ir a darle un beso a la cama donde pasó postrado tan sólo una semana, me dijo al oído:

—Te amo, Viernes.

—Y yo a ti, jefe —contesté.

No sufrió. A la mañana siguiente, le quité de las manos su novela, ya impresa y que era tan divertida, apasionada y memorable como su propia vida junto a mí. Estaba abierta en donde cuenta que el lugar donde todos

deberíamos vivir se llama *Nuncajamás*, y sé que allí nos encontraremos tarde o temprano; pero sólo aquellos que hayan leído previamente el libro; los que no, no.

Fue incinerado, como los vikingos, los majarás hindúes, los emperadores mexicas, los indios sioux. Todos los rituales sólo se hicieron dentro de nuestras cabezas. Dejó escrito que pusieran, durante la cremación, la vieja canción del viejo Louis Armstrong. Lo cumplimos a rajatabla.

Sofía y yo estamos ahora mismo sobre el puente para peatones por el que corre la Autopista del Sur, cumpliendo la última voluntad de Paco. Los niños están con la tía Pili, que insiste en que aprendan los nombres de todos los animales en peligro de extinción que hay en América. Los dos piensan que está loca pero, como decimos en secreto, «es locura de la buena».

Hay un tráfico intenso allá abajo, en la carretera. El atardecer de un viernes es cuando todos parten, huyendo de la ciudad para vivir, durante el fin de semana, otra vida distinta de la que tienen.

La urna está entrelazada en nuestras manos, lentamente vamos soltando las cenizas del tío Paco que van cayendo poco a poco sobre los autos que pasan.

Así, como escribió en su testamento, se irá a lugares en los que nunca estuvo.

Al terminar nos abrazamos muy fuerte. Hemos cumplido.

Confío ciegamente en que su espíritu, en forma de ceniza, llegue tan lejos como pueda y llene a los demás, como nos ha llenado a nosotros, de alegría.

LA BIBLIOTECA DE SEBASTIÁN



En este libro se habla mucho de otros libros.

Son esos libros los que hicieron de Sebastián, con la ayuda del tío Paco, lo que hoy es: simplemente una buena persona.

Seguramente a ti te pueden ayudar también a ser esa persona que quieres ser.

Y como decía el escritor argentino Tomás Eloy Martínez: «Somos, así, los libros que hemos leído. O somos, de lo contrario, el vacío que la ausencia de libros ha abierto en nuestras vidas».

Por eso Sebastián quiere compartir los libros de los que habla o se adivinan, en este libro.

Ésta es parte de la biblioteca de Sebastián, capítulo a capítulo. El mapa de un tesoro que es de todos. El tesoro que te ayudará a pertenecer a la mejor y más democrática de todas las repúblicas: la República de los Lectores.

Tempestad

El primer libro al que hace homenaje este libro está escondido en el propio título: La tempestad es una obra de teatro de William Shakespeare estrenada

el primero de noviembre de 1611 en Londres. En ella se cuenta la historia de una enorme tormenta provocada por las artes mágicas de Próspero, duque legítimo de Milán, en contra de su hermano Antonio, que viaja en un buque cerca de la isla donde Próspero vive con su hija Miranda, rodeado de libros.

Cuando aparece la góndola en medio de la calle inundada, hay oculta también otra gran novela: *Muerte en Venecia*, del premio Nobel de Literatura 1929, Thomas Mann. En ella se cuenta cómo un escritor que ha perdido la inspiración viaja a Venecia y es sorprendido por una epidemia de cólera. Allí encuentra, inesperadamente, un amor imposible que le devuelve las ganas de escribir.

El hombre que viaja en la góndola, y que salva a la muchacha de las aguas, es ni más ni menos que Sandokán, llamado el Tigre de la Malasia, personaje creado por el espectacular escritor italiano Emilio Salgari y que protagoniza once libros de la saga conocida como Los Tigres de la Malasia o Piratas del Sudeste Asiático. Sebastián tiene todos los títulos: *Los misterios de la jungla negra* (1895); *Los tigres de la Malasia* (1896), también conocida como *Los tigres de Mompracem*; *Sandokán, el tigre de la Malasia* (1900), también conocida como *Los piratas de la Malasia*; *Los dos tigres* (1904), también traducida como *Los dos rivales*; *El rey del mar* (1906); *A la conquista de un imperio* (1907); *La venganza de Sandokán* (1907); *La reconquista de Mompracem* (1908); *El falso brahmán* (1911); *La caída de un imperio* (1911); *El desquite de Yáñez* (1913).

De cómo sobrevivir en una isla desierta

Viernes es el nativo que encuentra Robinson Crusoe, de la novela del mismo nombre, escrita por Daniel Defoe. La más clásica de las novelas de aventuras, publicada en 1719 en Inglaterra. Trata del naufragio de Robinson Crusoe en una isla desierta y las penalidades que en ella pasa intentando sobrevivir. Una intensa historia sobre la soledad y sobre la esperanza.

En este capítulo se habla mucho acerca de las palabras. De cómo éstas sirven para decir lo que queremos decir. Por ello, Sebastián ha escogido algunos títulos de la biblioteca para que los busques y los disfrutes:

Defensa apasionada del idioma español, del periodista y escritor Alex Grijelmo. Un alegato imprescindible sobre la fuerza de nuestro idioma y su inmensa riqueza. Y, además, muy divertido y bien escrito.

Inventario general de insultos, de Pancracio Celadrán Gomaríz. Para que cuando digas algo, sepas realmente lo que estás diciendo. O por el contrario, para que no lo digas, pero lo sepas a ciencia cierta. Las palabras sirven sólo cuando las conoces y las sabes aplicar correctamente.

Diccionario de Mexicanismos, de la Academia Mexicana de la Lengua, coordinado por Concepción Company. En él vas a poder encontrar todas las palabras de uso cotidiano que hay en nuestro país, de dónde provienen y qué significan. Más de 11 400 voces y 18 700 acepciones del español actual de México. Aparece, por ejemplo, la palabra «wey», que muchos jóvenes de hoy utilizan en vez de las comas, los puntos o los puntos y comas. Inmensas posibilidades de un idioma que cambia y se transforma constantemente. Todo el mundo debería tener uno en su casa.

De las dificultades del amor

En este capítulo, Sebastián habla de la caída de Tenochtitlán en 1521 frente a su clase. Pudo hacerlo porque leyó previamente, y con enorme placer: *Visión de los vencidos*, del antropólogo e historiador mexicano Miguel León-Portilla. En él se cuenta, desde la perspectiva de los pueblos originarios de México invadidos por los españoles, la historia de la conquista a partir de códices, leyendas de tradición oral y otros documentos únicos. Es un libro fascinante que vio la luz por primera vez en 1959 y que dio voz a los que perdieron. Las tradiciones y costumbres de esos vencidos siguen vivas.

Si quieres conocer la otra cara de la moneda, una crónica que hay que leer es la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. En él, se cuenta, no sin asombro, un mundo desconocido y vibrante para los ojos de un europeo. Vale la pena, ya que es el primer texto en castellano que describe, de una manera sencilla y directa, el proceso de la conquista y también el poco interés que tenían los españoles por entender lo que sucedía a su alrededor.

Cuando el tío Paco habla de la comedia española hay una velada referencia a una obra importantísima: *La Celestina*, de Fernando de Rojas, publicada en España por primera vez en 1499. También se llama *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. En ella, el personaje de la Celestina actúa como casamentera, esa mujer que une a los amantes separados, llamada también *alcahueta*. Tiene un final muy trágico y, sin embargo, es una comedia de enredos.

El poeta viejo y ciego al que se refiere el tío Paco es ni más ni menos que el mismísimo Homero, nacido en Grecia en el siglo VIII antes de nuestra era y autor de los dos poemas épicos más importantes de la historia: *La Ilíada* y *La Odisea*. En el primero, se cuenta, en veinticuatro cantos, la historia de Aquiles, la guerra entre aqueos y troyanos, el secuestro de Helena, el sitio y la caída de Troya (y el famoso caballo de madera que ayuda a la invasión y del que seguro has oído hablar), la lucha entre Aquiles y Héctor y mucho mucho más.

La Odisea, también de veinticuatro cantos, narra en tres partes la historia de Odiseo, rey de Ítaca y sus múltiples y escalofriantes aventuras. El griego Odiseo también es conocido como Ulises en su acepción latina, esposo de Penélope, esa mujer que durante su larga ausencia, rodeada de pretendientes, que lo que pretenden también es el trono, promete casarse con alguno de ellos en cuanto termine el tejido que hace durante todos los días, y que desteje por las noches en espera de su amado. Podríamos considerar que este texto es, de alguna manera, el inicio de todas las novelas de aventuras del mundo. En ella aparecen cíclopes, sirenas, dioses, ninfas, guerreros...

Por último, Sebastián le lee por teléfono a Roxana un poema de amor. Ésta es una broma que parecería complicada, pero que no lo es tanto. Roxana se llama también el personaje del que está enamorado *Cyrano de Bergerac*, obra de teatro del dramaturgo francés Edmond Rostand; pero ella, al que quiere es a Cristian, otro hombre. Cyrano tiene una enorme nariz y un corazón desmesurado; es un poeta formidable con mala suerte. En algún momento, Cristian pide ayuda a Cyrano para enamorarla y es él quien escribe las cartas que Cristian le envía. Roxana cae rendida ante las palabras, no ante quien supuestamente las dice. Cyrano de Bergerac existió en la realidad, fue soldado, poeta, y uno de los precursores de la ciencia ficción con su novela *El*

otro mundo, publicada en 1662, que también está en la biblioteca de Sebastián. Antonio Skármeta, escritor chileno, autor de *Ardiente paciencia*, que luego se convirtió en la película *El cartero*, resume muy bien lo que este capítulo pretende; él dice: «La poesía no es de quien la escribe sino de quien la necesita».

De las marcas que deja la vida en la piel

La batalla de las Termópilas se llevó a cabo en el año 480 antes de nuestra era. Sucedió en el paso de las Termópilas, Grecia, entre el ejército invasor persa de Jerjes, de aproximadamente trescientos mil hombres, contra los resistentes griegos comandados por el rey espartano Leónidas y tan sólo trescientos de sus más fieros y espectaculares guerreros.

Durante siete días, ese puñado de hombres contuvo las oleadas persas, dando así origen a una de las más grandes leyendas de heroísmo de todos los tiempos. En algún momento, a Leónidas, uno de sus lugartenientes le dijo que cuando los persas lanzaban sus flechas, éstas oscurecían el cielo, ocultando el sol. Él, con enorme arrojo dijo: «Muy bien, entonces combatiremos a la sombra».

Heródoto, conocido como el padre de la historia, lo cuenta maravillosamente en sus escritos conocidos como *Los nueve libros de la Historia*.

Pero Sebastián tiene una preferencia, una novela que tiene un lugar especial en su biblioteca y en su corazón aventurero: *Puertas de fuego*, de Steven Pressfield. Contada espectacularmente, te transporta hasta ese lugar y ese tiempo y te hace estar escudo con escudo, con los espartanos que defendían su forma de vida y a la civilización griega.

El tío Paco menciona los derechos civiles en Estados Unidos, la lucha contra el racismo y a Rosa Parks, la mujer negra que se negó a cederle su asiento en un autobús a un blanco y que fue el hecho desencadenante de todo un enorme movimiento que culminó con el asesinato de Martin Luther King. Sebastián tiene varios libros sobre el tema, quiere compartir sólo dos de ellos que pueden ayudarte a entenderlo.

Uno de ellos es *Matar a un ruiseñor*, de Harper Lee, la única novela que escribió en su vida y por la cual ganó el prestigiado Premio Pulitzer. Trata sobre un hombre llamado Atticus Finch, un respetado miembro de una comunidad sureña en Estados Unidos durante la época de la Gran Depresión, la mayor crisis económica en ese país en su historia. Es un alegato por la igualdad, la justicia y contra el racismo, cuando este hombre decide defender a un negro acusado falsamente de la violación de una mujer blanca. Pero es también la historia de un tiempo y una manera de pensar que hoy, poco a poco, hemos ido superando.

Toni Morrison, Premio Nobel de Literatura 1993, es la escritora afroamericana que más títulos tiene sobre el tema del racismo en Estados Unidos. Su novela *Ojos azules* retrata perfectamente el problema. Habla sobre la vida de una pequeña niña negra llamada Pecola que piensa que todas las desgracias que le suceden son porque no tiene los ojos azules, como los de los blancos. Emocionante y bella obra.

La Comuna de París fue un movimiento popular que gobernó esa ciudad francesa del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871, como una respuesta a la derrota francesa en su guerra contra el imperio prusiano. Un movimiento libertario que en ese breve tiempo hizo una serie de decretos revolucionarios como la recuperación de las fábricas abandonadas por sus dueños para que los obreros las manejaran en cooperativas, la creación de guarderías para los hijos de las obreras, la instauración de un Estado laico, la extinción de la deuda por alquileres vencidos y la abolición de los intereses en las deudas con los bancos.

París se llenó de barricadas. Y el ejército intervino. La última semana de resistencia en la Comuna dejó más de treinta mil muertos y un sueño destrozado. Existe una obra de teatro del poeta alemán Bertolt Brecht llamada *Los días de la Comuna*, en que cuenta la ascensión y caída de esa utopía y el libro de Carlos Marx, llamado *La Comuna de París*, que detalla todos y cada uno de los hechos que allí se sucedieron. No hay ninguna novela histórica sobre el tema en español que yo conozca. Habría que escribirla...

Sebastián menciona que huye de una tribu de antropófagos y que es mordido por un pterodáctilo. Este es un homenaje a una novela excepcional: *El mundo perdido*, de sir Arthur Conan Doyle. La novela, publicada en 1912,

es el intento del escritor para *sacudirse* al personaje que lo hizo famoso: Sherlock Holmes. Cansado de que todo el mundo le preguntara por el detective, inventó una saga que lleva como protagonista a un nuevo personaje, el profesor Challenger, la encarnación de los tiempos modernos, un divertido, analítico y audaz científico de la era moderna, del prometedor inicio del siglo XX. En *El mundo perdido* hay dinosaurios, tribus salvajes y pterodáctilos que no muerden a nadie pero que son enormes y aterradoras. Una vibrante novela de aventuras con una gran dosis de ciencia y de sarcasmo.

De la aventura de lo cotidiano

Cuando Sebastián se aburre en la clase de matemáticas, y mira al techo, piensa inmediatamente en tres libros importantes para su vida pero no los menciona explícitamente. Uno de ellos es *El halcón maltés*, de Dashiell Hammett. Novela policiaca en la que aparece por vez primera el detective que lo haría famoso en todo el mundo: Sam Spade. En la trama, que se desarrolla en la ciudad de San Francisco, un puñado de delincuentes siguen la pista de una estatuilla de un halcón, repleta de piedras preciosas que supuestamente es regalada a Carlos V en 1530 por la orden de los Caballeros de Malta, de ahí su nombre. Estupenda novela que cambiará para siempre al género policiaco.

El segundo y tercero son de Julio Verne. Uno de los escritores preferidos del Sebastián de doce años, junto con Emilio Salgari. Tiene todas sus novelas, que son muchísimas, pero aquí se refiere a *Cinco semanas en globo*, la primer obra publicada por Verne, donde mezclando intriga, ciencia, aventuras y descripciones técnicas, geográficas e históricas, cuenta un viaje alucinante de cinco semanas sobre el hasta entonces inexplorado y fascinante continente africano. La otra es *Dos años de vacaciones*, en la que un grupo de estudiantes de entre nueve y catorce años, la mayor parte de ellos ingleses, naufragan en una isla desierta; se cuenta allí sus peripecias, y cómo por medio del ingenio aderezado con múltiples y variadas aventuras, convierten lo que podría haber sido una tragedia, en las vacaciones más inolvidables de

la historia; ésas que todos quisiéramos tener algún día. Tres libros que están en un lugar muy especial de la biblioteca. Libros que impedirán que te aburras nunca.

La siguiente referencia es a Edmundo Dantés, *El Conde de Montecristo*, novela de Alejandro Dumas, padre, escrita en 1844 en Francia. La historia perfecta sobre traición y venganza. Dantés es enviado al siniestro Castillo de If, condenado a pasar el resto de su vida en una infame mazmorra por crímenes que le achacan y por supuesto no cometió. Pero logra escapar y toma venganza, paso a paso, lentamente contra sus enemigos. Tienes que leerla, es maravillosa, divertida, amena, y sobre todo, porque habla sobre las más grandes pasiones humanas, aquellas que nunca nos serán ajenas, como el amor y el odio. Muchos héroes del siglo XX están inspirados en Dantés, convertido de un pobre diablo en el aristocrático, refinado y brillante Conde de Montecristo, el sinónimo de la lucha por la justicia y la venganza. Desde el día que lo leyó, Sebastián cayó enamorado del personaje y del autor y no para de recomendarlo a amigos y conocidos.

La historia del vampiro, como todas las historias de vampiros, está inspirada en *Drácula* de Bram Stoker, escritor irlandés que saltó a la fama por su obra editada en 1897. Una historia oscura y compleja sobre un conde que sólo aparece por las noches y que bebe sangre humana. Bram Stoker delinea claramente el carácter y, sobre todo, el físico del vampiro, que pasará a ser un icono en la historia de la humanidad. Se han hecho cientos de adaptaciones de la obra, hasta en historieta; se ha llevado al cine e incluso se han realizado comedias musicales sobre ella. Cuando uno piensa en un vampiro, por fuerza recuerda a ese hombre alto, vestido elegantemente de frac, con capa, que en cualquier momento, si te descuidas, hincará sus dos largos y mortíferos colmillos en tu cuello. Si existen los vampiros, son porque nacieron de la pluma inigualable de Bram Stoker. Que no te cuenten historias.

Cumpleaños número trece

Para cuando Sebastián cumple trece años, ya ha leído un montón. Él mismo

se refiere algunos de sus títulos preferidos: Sandokán y los tigres de la Malasia, de Emilio Salgari, que ya se mencionó. El corsario negro, del mismo autor, es una novela de aventuras que inicia la saga de cinco historias que se desarrollan en el mar Caribe durante el siglo XVIII, época en la que la piratería tuvo mayor auge en el continente americano, y donde grandes y veloces barcos llenos de feroces bucaneros y piratas, armados hasta los dientes y bajo la bandera negra con el cráneo y las dos tibias cruzadas, hacían de las suyas. El protagonista es Emilio di Roccabruna, señor de Ventimiglia, un noble italiano que se convierte en corsario para vengarse del gobernador holandés de Maracaibo, que ahorcó a sus dos hermanos, los corsarios Verde y Rojo. Pero, como en toda novela de aventuras que se precie, acaba enamorado de la hija de su peor enemigo, Honorata. Leer a Salgari, cualquiera de sus 84 novelas, es entrar a un mundo mágico, misterioso, lleno de acción y de heroicos sucesos. Es compartir el sueño por lo desconocido, es vivir en carne propia la mayor aventura. Salgari escribió sobre varios rincones del mundo. Él nunca salió de Italia. Es un prodigio de imaginación.

Julio Verne coopera con dos libros en esta curiosa lista. *La vuelta al mundo en ochenta días*, fue publicada en el diario francés *Le temps* por entregas, entre noviembre y diciembre de 1872 y seguida diariamente por miles que fueron avanzando paso a paso esta extraordinaria aventura. El inglés flemático y obsesivo por la puntualidad, Phileas Fogg, consciente de los avances tecnológicos de su tiempo, apuesta a sus conocidos del Reform Club de Londres, que puede dar la vuelta al mundo en ochenta días, algo impensable para su tiempo. Incluso les da el recorrido puntual que será seguido y que aquí ponemos para que lo disfrutes. Parece fácil, pero piensa que sucede en la parte final del siglo XIX:

Londres (Inglaterra) a Suez (Egipto) en ferrocarril y barco de vapor: 7 días

Suez a Bombay (India): en barco de vapor: 13 días

Bombay a Calcuta (India) en ferrocarril y elefante: 3 días

Calcuta a Hong Kong (China) en barco de vapor: 13 días

Hong Kong a Yokohama (Japón) también en barco: 6 días

Yokohama a San Francisco (Estados Unidos) en barco: 22 días

San Francisco a Nueva York, cruzando Estados Unidos de costa a costa en ferrocarril y trineo: 7 días

Y de Nueva York a Londres de regreso en barco: 9 días

TOTAL 80 días

Suena lógico si lo miras en un mapa. Incluso parece sencillo. Pero las cosas *nunca* salen exactamente como las piensas. Mil y un retrasos, contratiempos, princesas secuestradas, averías y problemas diversos, ataques de indígenas y todo lo que puedas o no puedas imaginar, sucede en esta encantadora y apasionante novela de aventuras. De las pocas de este autor donde un personaje se enamora. Con sus afanes tecnológicos, Verne casi no escribía sobre el amor. Estaba siempre más preocupado por dar sustento científico a sus aventuras. Y es esa extraordinaria combinación lo que lo hace ser quién es: uno de los grandes de la literatura de anticipación científica, un visionario.

Con setenta novelas escritas, algunas salidas a la luz póstumamente, Verne publica también *De la Tierra a la Luna* en 1865, una época en la que un viaje así era absolutamente imposible. Y sin embargo, lo explica tan bien, de manera tan clara y nítida, que muchos se sintieron dentro de ese vagón proyectil que sería lanzado por un cañón poderosísimo llamado Columbiad hasta nuestro satélite. Tiene un final absolutamente inesperado y, para conocerlo, deberás leerla. No te defraudará para nada. Palabra de lector.

Ya habíamos hablado de *El conde de Montecristo* en un capítulo anterior; Alejandro Dumas (padre), un fenomenal novelista, es también autor de *Los tres mosqueteros*, pero, al contrario de Verne, a él lo que le gusta es visitar el pasado. Es en 1844 cuando escribe esta maravillosa historia acerca de tres mosqueteros al servicio de la reina francesa que hoy todos sabemos eran cuatro: Athos, Portos, Aramis y D'Artagnan. Una novela sobre la amistad, la solidaridad y, sobre todo, la importancia del honor y lo valioso que es la palabra dada. En ella aparece uno de los villanos más famosos de todos los tiempos: el cardenal Richelieu. A capa y espada se va desarrollando esta historia que sin duda es clásica y magnífica.

El diario de Ana Frank, del que habla Sebastián, fue escrito entre el 12 de junio de 1942 y el primero de agosto de 1944. Tres días después, todos los

que estaban escondidos en esa buhardilla de la ciudad de Ámsterdam (Holanda), son capturados por la Gestapo, el temido y salvaje servicio secreto nazi. Ana Frank representa, para todos los que creemos en un mundo más justo, un símbolo de esperanza en tiempos oscuros. En el fondo, todos somos una niña judía escondida en una buhardilla intentando sobrevivir. O por lo menos, así me gusta verlo. Hay que leerlo para así impedir que vuelvan a suceder cualquier tipo de atrocidades que recuerden esos días terribles.

La isla del tesoro que menciona el tío Paco cuando está a punto de darle a Sebastián su regalo de cumpleaños, es la clásica y divertidísima novela de Robert Louis Stevenson, escritor escocés, que se publicó por primera vez en Londres en 1883. Por decirlo de alguna manera, se ha convertido en un mito en sí misma. Todos hablamos, a partir de ella, de la posible existencia de una isla con un fabuloso tesoro escondido. Pero también es un apasionante recorrido por la simbología, los hábitos y las malas costumbres de los piratas. Jim Hawkins es el joven protagonista que se verá envuelto en la búsqueda de ese codiciado tesoro, mientras intenta escapar de hombres con pata de palo, parche en el ojo, caras de malo, como diría Joaquín Sabina en una de sus más conocidas canciones. No quiero contar el argumento de la novela. Es imprescindible que la leas. Pero, por ser tú, te cuento un secreto: el propio Stevenson dibujó el mapa de la isla, búscalo.

Cuando se habla del misterioso *Nautilus* del capitán Nemo, se hace referencia a otra excepcional obra de Julio Verne: *Veinte mil leguas de viaje submarino*, escrita en 1869. En ella, Nemo, un hombre culto y brillante, harto de la sociedad hipócrita e injusta de su tiempo, construye un fabuloso submarino con el que recorre el mundo bajo el agua, haciendo justicia y al mismo tiempo admirándose y descubriendo ese universo que hay en las profundidades. Verne es, sin duda, uno de los grandes visionarios de nuestro mundo, mientras otros no podían ni siquiera imaginarse el futuro, él lo contaba, y anticipaba, en cada una de sus novelas, los adelantos científicos que cambiarían la historia.

Al hablar de Arturo, el de la mesa redonda, hay oculto un homenaje al gran escritor estadounidense Mark Twain, quien en 1889 escribe *Un yanqui en la corte del Rey Arturo*, en la que un joven estadounidense del siglo XIX, viaja increíblemente a través del tiempo hasta llegar al iniciático siglo VI, en

una Inglaterra que apenas se estaba conformando. Arturo, en el mítico Camelot, crea las bases, en una mesa redonda plagada de nobles caballeros, de la Inglaterra que haría historia, un reino dividido que gracias a él acaba unificándose. Mark Twain realiza con esta obra una sátira de las costumbres y moralidad de su tiempo, como en casi todos sus textos. Twain tiene una frase maravillosa que el tío Paco repite cada vez que puede: «Mi educación se vio interrumpida por mis años escolares». Es genial.

Cuando Sebastián abre una de las cajas de su nueva biblioteca encuentra algunos títulos que lo marcarían para siempre: *El nombre de la rosa*, del italiano Umberto Eco. Una impresionante novela que rinde tributo al Sherlock Holmes de Conan Doyle y que trata sobre una serie de asesinatos cometidos en una abadía de los Apeninos italianos en el siglo XIV, que son investigados por fray Guillermo de Baskerville (*El sabueso de los Baskerville*, de Conan Doyle, le da apellido al personaje), un fraile poco ortodoxo, ingenioso y deductivo, que va desvelando los misterios que se presentan. Refleja el ambiente opresivo, turbulento y en ocasiones terrible en el que vivían las comunidades religiosas de esa época. Es sin duda, una de las novelas emblemáticas de nuestro tiempo, escrita por un hombre que ha cambiado de muchas maneras nuestra manera de pensar y que hay que leer, sin duda alguna.

Los relámpagos de agosto, de Jorge Ibargüengoitia, escritor mexicano nacido en Guanajuato, es una de nuestras novelas satíricas más famosas e importantes. Escrita con una ironía muy fina y al mismo tiempo salvaje, va contando a partir de las supuestas memorias de un general de la Revolución Mexicana, los entramados, traiciones y truculencias que dieron inicio a nuestro país como nación *moderna* y cómo el PRI se instaló, por medio de todas esas artimañas y otras muchas, en el poder, durante casi setenta años. Jorge Ibargüengoitia murió trágicamente en un accidente aéreo en Madrid, el 27 de noviembre de 1983. Sus libros siguen deleitando a miles, y es uno de nuestros escritores preferidos. Sus restos descansan en el parque Antillón de Guanajuato, donde en una placa de talavera puede leerse: «Aquí yace Jorge Ibargüengoitia, en el parque de su tatarabuelo, quien luchó contra los franceses».

El Principito es la obra maestra de Antoine de Saint Exupéry, escritor y

aviador francés. Una de las obras cortas más influyentes de la literatura universal. De una aparente sencillez que podría calificarse «para niños», es en realidad una importante metáfora sobre el amor, la soledad, el sentido de la vida y la amistad. La historia comienza como una severa crítica hacia el mundo de los adultos y la manera en que ellos ven a los menores; como siempre, sin entender nada. Sebastián lo tiene como uno de sus libros de cabecera, uno de éstos que lo obligan a recordar siempre que dentro de él vive un niño que cuida con toda la pasión esa flor que representa lo mejor de nosotros mismos.

Poeta en Nueva York, del granadino Federico García Lorca, son sus textos reunidos mientras vivió, entre los años 1929 y 1930, en esa ciudad estadounidense. Uno de los grandes poetas de todos los tiempos en nuestra lengua, fue fusilado el 19 de agosto de 1936, salvajemente, por las tropas franquistas que se habían sublevado contra la naciente y legal II República española. Uno de los delitos que se le imputaron fue su condición homosexual. No alcanzará el tiempo para que aquellos que lo mataron puedan arrepentirse de habernos privado de una de las voces más lúcidas, sonoras y brillantes de la poesía universal. Lo tenemos siempre en nuestras mentes y en nuestros corazones.

La sombra del caudillo, de Martín Luis Guzmán, es una de las novelas históricas más importantes y significativas que hay en nuestro país. Publicada en 1929 y prohibida durante algún tiempo, narra en un tono fuerte y decidido las intrigas de un México posrevolucionario donde la traición y el caudillismo eran moneda corriente. Es una crítica fina y despiadada acerca de la turbiedad con la que se fue construyendo esta patria que no ha acabado de recuperarse del todo. Para entender de qué estamos hechos y por qué somos como somos, hay que leerla.

Y *El hombre que fue jueves*, de G. K. Chesterton, publicada en 1908. Gabriel Syme, un poeta inglés, es reclutado por los servicios secretos de Scotland Yard para acabar con una conspiración anarquista. Una obra divertida, analítica, brillante, donde todos son el enemigo, incluyendo en ocasiones a uno mismo. Una de las más brillantes obras de principios del siglo XX en Inglaterra. Chesterton fue llamado el Príncipe de las Paradojas, averigua por qué.

De las cualidades de la palabra

En este capítulo se habla un poco acerca del Siglo de Oro español, época clásica o de apogeo de la cultura española en que la literatura floreció de una manera deslumbrante. Estamos refiriéndonos al tiempo entre el momento en que se publicó la Gramática castellana, de Nebrija, un humanista y apasionado de la palabra, en 1492, libro que por primera vez en la historia habla sobre el uso de la lengua castellana y sus reglas, y que termina en 1681 con la muerte de Pedro Calderón de la Barca, uno de los autores teatrales más brillantes y significativos de la escena española. Como habrás notado, y contado, no es exactamente un siglo, es un poco más, casi dos, pero así se le llama.

Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), fue un maestro sin igual de la pluma y el ingenio mordaz. Poeta de altos vuelos y versos satíricos magníficos. Autor de aproximadamente 875 poemas que pueden leerse en cualquiera de las antologías que sobre su obra se han realizado. Fue capaz, con su dominio absoluto del verso, de crear tan bellos sonetos como «Amor constante más allá de la muerte»:

*Cerrar podrá mis ojos la postrera
Sombra que me llevare el blanco día,
Y podrá desatar esta alma mía
Hora a su afán ansioso lisonjera;
Mas no, de esotra parte, en la ribera,
Dejará la memoria, en donde ardía:
Nadar sabe mi llama el agua fría,
Y perder el respeto a ley severa.
Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
Venas que humor a tanto fuego han dado,
Medulas que han gloriosamente ardido:
Su cuerpo dejará no su cuidado;
Serán ceniza, mas tendrá sentido;
Polvo serán, mas polvo enamorado.*

O ser absolutamente agudo y aparentemente cruel, como sucede con el soneto «Desengaño de las mujeres»:

*Puto es el hombre que de putas fía,
y puto el que sus gustos apetece;
puto es el estipendio que se ofrece
en pago de su puta compañía.
Puto es el gusto, y puta la alegría
que el rato putaril nos encarece;
y yo diré que es puto a quien parece
que no sois puta vos, señora mía.*

*Mas llámenme a mí puto enamorado,
si al cabo para puta no os dejare;
y como puto muera yo quemado
si de otras tales putas me pagare,
porque las putas graves son costosas,
y las putillas viles, afrentosas*

Quevedo es, para Sebastián, el Gran Jefe del Siglo de Oro y ha pasado muchas horas de su vida leyendo sus estupendos versos.

A pesar de que por fechas no le correspondería estar inscrito dentro del Siglo de Oro, Jorge Manrique (1440-1479) con «Coplas por la muerte de su padre», uno de los textos más bellos y perfectos en nuestra lengua, merecería estarlo. O debería, tener un estante para él sólo. Va aquí un fragmento:

*Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando,
cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,*

*da dolor;
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.*

Luis de Góngora y Argote (1561-1627) escribió sonetos perfectos sobre todo tipo de temas: amorosos, satíricos, morales, filosóficos, religiosos, polémicos, laudatorios, funerarios. Uno de sus libros más conocidos y aplaudidos es Soledades. He aquí tan sólo el principio, para que después lo busques y lo disfrutes completo:

*Pasos de un peregrino son, errante,
Cuantos me dictó versos dulce Musa
En soledad confusa,
Perdidos unos, otros inspirados.*

Miguel de Cervantes (1547-1616), soldado —el 7 de octubre de 1571 participó en la famosa Batalla de Lepanto contra los moros otomanos, donde fue herido y perdió el movimiento de un brazo, por lo cual es llamado desde entonces el Manco de Lepanto—, novelista, poeta, dramaturgo, autor de la más importante de las obras en nuestro idioma: El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, y la cual seguro has leído, o por lo menos has oído hablar de ella, dijo de Góngora:

*Aquel que tiene de escribir la llave,
con gracia y agudeza en tanto extremo,
que su igual en el orbe no se sabe
es don Luis de Góngora, a quien temo
agraviar en mis cortas alabanzas,
aunque las suba al grado más supremo.*

Así que, si un genio dice que el otro es un genio, menudo elogio.
Lope de Vega (1562-1635) es por la extensión e importancia de su obra,

uno de los más importantes representantes del Siglo de Oro del que hemos venido hablando. Fue llamado, también por Cervantes, que no hacía elogios gratuitos, el Fénix de los Ingenios y también el Monstruo de la Naturaleza. Se le atribuyen no menos de tres mil sonetos, tres novelas, cuatro novelas cortas, nueve epopeyas, tres poemas didácticos y varios centenares (leíste bien), varios centenares de comedias.

Lope, como era llamado, escribió entre otras muchas, las obras teatrales *Fuenteovejuna*, *El perro del hortelano* y *El caballero de Olmedo*. Hablar de toda su enorme labor daría para un libro completo. Conformémonos, aquí, y sólo como muestra, con un poema suyo llamado «Pasé la mar»:

*Pasé la mar cuando creyó mi engaño
que en él mi antiguo fuego se templara;
mudé mi natural porque mudara
naturaleza el uso, y curso el daño.
En otro cielo, en otro reino extraño,
mis trabajos se vieron en mi cara,
hallando, aunque otra edad tanta pasara,
incierto el bien y cierto el desengaño:
el mismo amor me abrasa y atormenta
y de razón y libertad me priva.
¿Por qué os quejáis del alma que le cuenta?
¿Que no escriba, decís, o que no viva?
Haced vos con mi amor que yo no sienta
que yo haré con mi pluma que no escriba.*

Garcilaso de la Vega (entre 1498 y 1503-1536) fue un excelso poeta y un muy valiente soldado.

Entró a servir en 1520 a Carlos I de España como miembro de la guardia real. Participó en múltiples batallas mientras escribía poesía, por qué no. Luchó en la Guerra de las Comunidades de Castilla y participó en el cerco de su ciudad natal, Toledo (1522). Estuvo también en Rodas, Grecia, intentando que la ciudad no cayera en manos de los turcos; allí fue herido por primera vez de gravedad. En 1524 se enfrentó a los franceses en el cerco de

Fuenterrabía. En 1530 se batió con enorme valentía en la toma de Florencia, en Italia, en poder de los mismísimos franceses que ya había combatido tantas veces.

Garcilaso de la Vega participó, en 1535, en la campaña africana de Carlos V y en Túnez cayó de nuevo gravemente herido. Con su alma de poeta soldado tan singular, tan sólo un año después se alistó en la expedición contra Francia. Recibió el nombramiento de maestro de campo de un tercio de infantería y murió en octubre de 1536 tras el temerario asalto a la fortaleza de Le Muy, siendo el primero en subir la escala de asedio. Al enterarse, Carlos V mandó a pasar a cuchillo a todos los franceses que resistieron en ese lugar para honrar la memoria del caballero español.

Lo recordamos siempre por su obra, llena de bellísimas metáforas sobre el amor y la vida, que parecerían no corresponder al talante fiero y determinado del soldado que fue. Aquí, un fragmento de uno de sus poemas, sólo para recordar que un alma noble y sensible puede vivir dentro de la piel de un luchador:

*Contigo, mano a mano
busquemos otros prados y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse, y siempre pueda verte
ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte.*

«Si Garcilaso viviera yo sería su escudero, que buen caballero era», dice Rafael Alberti (Santa María de Cádiz, España, 16 de diciembre de 1902-28 de octubre de 1999), excelso poeta miembro de la llamada Generación del 27, integrada entre otros por Luis Cernuda, Federico García Lorca, Gerardo Diego, Emilio Prados, Miguel Hernández, Jorge Guillén y Pedro Salinas. Uno de los movimientos poéticos más importantes del siglo XX en español y con un impresionante número de magníficos representantes.

Es de Alberti la frase sobre Garcilaso y también el poema que de memoria dice en este capítulo don Rafael en la casa de Sebastián y el tío Paco. Entre sus libros más destacados podemos citar *Marinero en tierra*,

Sobre los ángeles y Cal y canto, todos ellos están en la biblioteca y deberían estar en la que tú vas a ir formando a lo largo de la vida, por su belleza y profundidad.

De gallinas y recuerdos

Sebastián se refiere al tío Paco como el Sombrerero Loco, uno de los más extravagantes y divertidos personajes de Alicia en el país de las maravillas, obra publicada en 1865 por el escritor y matemático inglés Lewis Carroll. Es, este libro, una de las más grandes obras de la fantasía universal. Pero también es un homenaje a la lógica matemática de la que estaba enamorado Lewis Carroll. Parecería una fábula escrita para niños, pero sus simbolismos, sátiras a la rígida educación inglesa de la época y personajes magníficos y enloquecidos, lo hacen ser también un homenaje a la imaginación desbordada para lectores de todos los tiempos y todas las edades.

«La loca de la casa» es como la escritora española Santa Teresa de Jesús (1515-1582) llamaba a la imaginación. Es un bello nombre para referirse a ella. Será que es incontrolable, que vive en el piso de arriba (en la cabeza) y que hace lo que se le antoja cuando se le antoja, aunque nosotros no estemos ni siquiera enterados de lo que se trae entre manos. Rosa Montero, otra escritora española, pero contemporánea, encantadora e inteligentísima, ha escrito un libro con ese título. Un libro espectacular que trata sobre escritores y libros, sobre cómo la imaginación y el talento generan maravillas y cómo la literatura no sería nada sin la compañía de *La loca de la casa*. Es un libro que hay que leer, que hay que disfrutar, que hay que guardar para siempre.

El señor de las moscas, del Premio Nobel de Literatura (1983) inglés William Golding es una de esas obras iniciáticas que todo adolescente debe de leer. Publicada en 1954 y tomando como claro marco de referencia las novelas de aventuras de naufragios e islas desiertas (desde Robinson Crusoe a las muchas que escribió Verne sobre el tema), Golding escribe una apasionante historia sobre el poder, el liderazgo, la naturaleza humana, el miedo y la pérdida de la inocencia infantil. Es el mejor ejemplo del rito de paso entre el mundo de los niños, sus sueños y deseos, y el más cruel y

despiadado de los adultos. Una novela que marcará tu vida para siempre y que te enseñará el verdadero valor de la vida en circunstancias adversas.

Cuando Sebastián pide en la fiesta un vodka martini «mezclado, no revuelto», está haciendo una clara alusión a James Bond, el mítico agente inglés 007, personaje creado por Ian Fleming e icono de la cultura popular contemporánea. Muchos libros tienen a Bond como protagonista, pero sobre todo, una saga larga de películas se sigue haciendo desde la década de 1960 hasta nuestros días. Algunas de las más famosas son *Con licencia para matar*, *Desde Rusia con amor* y *Los diamantes son para siempre*. Servidor del imperio inglés y armado con la tecnología más deslumbrante, Bond va por el mundo matando enemigos de la corona y del orden mundial, sin importar quiénes sean. A partir de la caída de la Unión Soviética en la década de 1980 y la desaparición del comunismo, Bond ha tenido que ir encontrando nuevos y más peligrosos enemigos que amenacen la paz mundial. En una de éstas, los mexicanos seguimos en su lista. Sólo para divertirte. No más.

De las formas que guarda el asombro

El hombre siempre ha querido volar, ése es uno de los sueños más largos y acariciados de la historia. Hoy poderosas máquinas nos lo permiten sin aparente mayor esfuerzo; los aviones han venido a darnos las alas que la naturaleza nos negó. Este capítulo trata de eso, de la posibilidad de alzar el vuelo; es un homenaje a uno de nuestros mitos más antiguos, el de Ícaro.

En la antigua Grecia, poblada por dioses y héroes, Ícaro, hijo de Dédalo, el arquitecto constructor del famoso laberinto de Creta, es encarcelado junto con su padre por el rey Minos, para evitar que cualquiera de los dos cuente los secretos de la famosa construcción. En la torre más alta de la isla, los dos añoraban la ansiada libertad. Con su inmenso ingenio, Dédalo construye unas alas perfectas que les permitirán escapar del encierro y advierte a su impulsivo hijo que no puede volar demasiado alto, porque las plumas de esas alas están unidas con cera y el calor del sol podría derretirlas. Pero, al sentir que volaba como los pájaros, Ícaro quiso ir cada vez más y más alto, desoyendo la advertencia de su padre. Y, por supuesto, la cera se derritió e

Ícaro cayó al mar, desapareciendo para siempre. Esta fábula está contada por Heródoto en uno de sus *Nueve libros de la historia*, y allí puedes leerla con todos los detalles.

Nazim Hikmet es el más importante poeta turco del siglo XX y un vital luchador social que pasó muchos años en la cárcel por defender sus ideales. Los regímenes totalitarios turcos, a los que combatió con la palabra, lo mantuvieron retenido durante muchísimos años. Gracias a una campaña internacional que pidió por su liberación, fue amnistiado en 1951 y tuvo que abandonar su amada patria para siempre. Terminó su vida en el exilio como ciudadano polaco. El poema que Sebastián recuerda con tanto cariño se llama «Carta a Vala Nureddin» y puede encontrarse en alguna de las antologías que existen del poeta.

De cómo se perdió el oeste

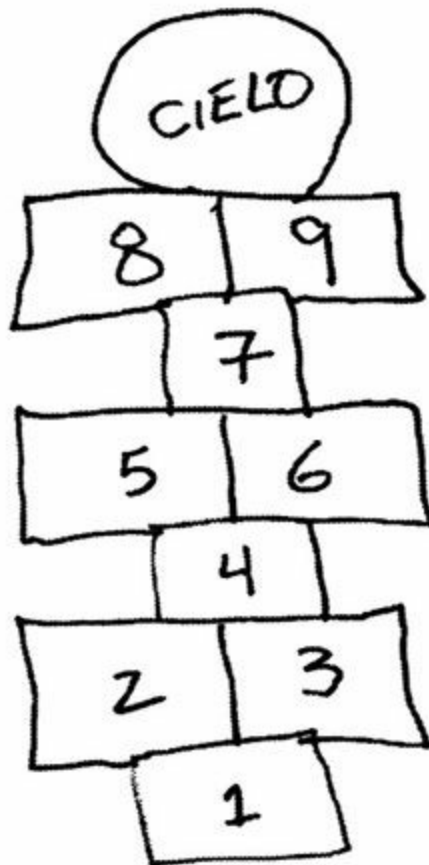
Este capítulo está inspirado, en su totalidad, en la maravillosa obra del historiador estadounidense Dee Brown titulada *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*. Se encuentra en la biblioteca de Sebastián como un permanente recordatorio de cómo los pueblos originarios de Norteamérica fueron diezmados cruelmente por el hombre blanco y su aparente civilización. Ojalá pudieras conseguirlo y leerlo.

De la velocidad del pensamiento

Las batallas en el desierto es de José Emilio Pacheco, uno de los más importantes escritores mexicanos de todos los tiempos; poeta, ensayista, novelista, cuentista, ha abarcado con enorme éxito casi todos los géneros literarios. Pero, sobre todo, es reconocido por su humildad y generosidad absoluta; recibió el premio Cervantes de Literatura en el año 2010. El libro que abre este capítulo no necesita mayor explicación, ya que Sebastián habla maravillas de él. Como todos y cada uno de los que lo han leído desde que fue publicado por primera vez. No puedes perdértelo.

Aparece otro gran escritor latinoamericano en esta historia. El argentino Julio Cortázar (1914-1984), su novela *Rayuela* es uno de los grandes fenómenos literarios del siglo XX. Se trató, sin duda alguna, de uno de los escritores más originales y completos de su tiempo. La novela, de la cual no contaremos el argumento, porque su importancia estriba en cómo está escrita, consta de 155 capítulos que pueden leerse de diferente forma; con la lectura tradicional, empezando por la primera página y avanzando hasta el capítulo 56, o siguiendo lo que él llama «el tablero de dirección», que propone una lectura totalmente distinta, saltando y alternando capítulos. A esas dos posibilidades se suma la más ambiciosa y tal vez arriesgada de todas, «el orden que el lector desee». Una verdadera maravilla. Sebastián se identifica mucho con Cortázar después de haber leído lo que él decía sobre su propia infancia: «Yo creo que desde muy pequeño mi desdicha y mi dicha, al mismo tiempo, fue el no aceptar las cosas como me eran dadas. A mí no me bastaba con que me dijeran que eso era una *mesa*, o que la palabra *madre* era la palabra *madre* y ahí se acaba todo. Al contrario, en el objeto *mesa* y en la palabra *madre* empezaba para mí un itinerario misterioso que a veces llegaba a franquear y en el que a veces me estrellaba. En suma, desde pequeño, mi relación con las palabras, con la escritura, no se diferencia de mi relación con el mundo en general. Yo parezco haber nacido para no aceptar las cosas tal como me son dadas».

Cortázar, como se cuenta en este capítulo, está enterrado en París, en el cementerio de Montparnasse, donde es costumbre dejarle una copa de vino y un boleto de metro con una rayuela dibujada, ese juego que en México llamamos avión. La misma que hoy aquí ponemos como un homenaje a su memoria.



También se menciona al excepcional poeta peruano César Vallejo (1892-1938), de los que murieron en París. Es uno de los grandes innovadores de la poesía latinoamericana de los inicios del siglo XX. Dos libros suyos que están guardados como verdaderos tesoros dentro de la biblioteca de Sebastián son *Los heraldos negros* y *Trilce*. De una sonoridad y unas formas revolucionarias, Vallejo habla desde lo más hondo de su alma para poder ser escuchado por todos los hombres.

Ernest Hemingway fue un gran maestro, renovador de la prosa estadounidense. En 1953 ganó el Premio Pulitzer por *El viejo y el mar*, novela de la que hablaremos más adelante, y al año siguiente, el Premio Nobel de Literatura por su obra completa. «Papá» Hemingway es el guía de varias generaciones de periodistas de nuestro tiempo y sus crónicas hicieron

época. Son muchos los libros que hay de este prolífico autor en la biblioteca de Sebastián; he aquí tan sólo algunas novelas: *Fiesta* (1926), cuenta la historia de Jake Barnes, un periodista estadounidense que tras la Primera Guerra Mundial hace un viaje a París (siempre París presente), donde se relaciona con la bohemia de la Ciudad Luz y el ambiente y los lugares que la comunidad estadounidense frecuenta. De allí, viajará a España, para ir a ver corridas de toros. Por eso se llama fiesta, en clara alusión a la fiesta brava que Hemingway recrea de manera asombrosa.

Adiós a las armas (1929) es una novela en gran parte autobiográfica, ya que Hemingway, al igual que el protagonista, fue conductor de ambulancias durante la Primera Guerra Mundial. Realmente es un manifiesto antibélico y una apasionada historia de amor en un marco poco apto.

¿Por quién doblan las campanas? (1940) se desarrolla en España, en plena Guerra Civil. Robert Jordan, un profesor estadounidense de español, se alista del lado republicano para combatir contra el franquismo. Tal vez una de las más lúcidas y agudas miradas que sobre España y esa guerra que dejó más de un millón de muertos, y escrita por un extranjero.

Por otra parte, *El gran Meaulnes*, del francés Alain-Fournier, es esa incesante búsqueda de un amor perdido, y también su única novela. Es curioso que un autor pase a la historia de la literatura con tan sólo un texto. Se le considera uno de los escritos más influyentes de la literatura francesa de los dos últimos siglos y sin temer a equivocarnos, una recomendación que no deberías perderte.

Giuseppe Ungaretti (Alejandría, Egipto, 1888-Milán, Italia, 1970), con su *Poesía reunida*, es también otro de los preferidos de Sebastián. Poeta de voz increíble porque, alejándose de la formalidad del verso, lo rompe y lo destruye para crear nuevas formas, dejando palabras aisladas que construyen, en sí mismas, nuevos universos. Imprescindible.

El último libro del que se habla en este capítulo es *Lord Jim*, de Joseph Conrad, cuyo nombre verdadero era Józef Teodor Konrad Korzeniowski, nacido en Polonia en 1857, pero que adoptó el idioma inglés para realizar su obra, y murió en Inglaterra en 1924. Es considerado como uno de los más grandes escritores pre-modernistas. Lord Jim, como lo cuenta el tío Paco, es un personaje que sólo teme fallarse a sí mismo. Un hombre al que su

naturaleza indómita e insólita le acarrea muchos malentendidos. Marcado por ser de éstos que cree en lo que nadie cree. Una novela escrita en 1900, que viene muy bien para el inicio de este nuevo siglo donde muchos cambian de bando sin el menor pudor y recato.

Travesías

Al entrar a la nueva escuela, Sebastián encuentra un mundo diferente, más libre y mucho más ancho. En parte gracias a las enseñanzas de Paulo Freire (1921-1997), educador brasileño e importantísimo teórico. En la biblioteca se guarda con enorme respeto y cariño su libro *La educación como práctica de la libertad*. Con conceptos absolutamente revolucionarios acerca de cómo forjar a la juventud y convertirlos en seres libres y pensantes, Freire fue encarcelado durante setenta días cuando sucedió el golpe de Estado en su país, en 1964. Afortunadamente, pudo salir a Chile, al exilio, donde siguió con su tarea. Volvió a Brasil diez años después y allí escribió gran parte de su lúcida y agitadora obra pedagógica.

El tío Paco le da a Sebastián tres libros imprescindibles para entender el movimiento estudiantil de 1968 y al México de esos días, sin el cual no podríamos entender el México de hoy:

Días de guardar, de Carlos Monsiváis, escritor, ensayista, agudo crítico de la sociedad mexicana y uno de los intelectuales más renombrados e importantes de nuestro siglo. Es Monsiváis un «rescatador» de las mejores tradiciones populares, y hoy el Museo del Estanquillo, en el centro de la Ciudad de México, guarda su importante colección, que se exhibe para todo el pueblo de México. *Días de guardar* (publicado en 1970) es el recuento ácido, feroz y también nostálgico del movimiento del 68, su auge y su estrepitoso final. Fallecido en 2010, nos deja una obra rica y llena de su aguda, brillante y penetrante mirada.

La noche de Tlatelolco es de Elena Poniatowska, periodista, cuentista, poeta y novelista. Es Elenita, como la llaman sus amigos, otra figura clave de la intelectualidad mexicana del siglo XX y principios del XXI. Traducida a decenas de idiomas y con múltiples premios en su haber, tiene una prosa

exacta, deslumbrante y conmovedora. Su crónica publicada en 1971 es el recuento, en voz de los protagonistas, de esa noche, la del 2 de octubre de 1968, que cambió para siempre la historia de nuestro país. A Elena se le reconoce también por su incesante activismo político y por estar siempre del lado de las causas más nobles y justas. La queremos mucho. Y todos sus libros tienen un espacio reservado e importante en la biblioteca, allí donde dice «México».

El último que se menciona, no menos importante y vital, es *Los días y los años*, de Luis González de Alba, representante en su momento de la Facultad de Filosofía y Letras en el Consejo Nacional de Huelga, que cuenta esos días desde adentro del movimiento. Un recordatorio claro y directo y también una toma de postura frente a muchos *errores* cometidos en esos días del verano en que los estudiantes tomaron las calles de la ciudad de México exigiendo justicia y mejores condiciones de vida para todos... Es considerado por muchos como el memorial más claro y agudo sobre el 68.

Tres libros imprescindibles para entender de qué estamos hechos y, sobre todo, para evitar que vuelva a sucedernos.

Victorias pírricas y verdades de perogrullo

En esta parte de la historia, Sebastián envía a los golpeadores del colegio de junto, unas plumas de gallina blanca en sobres, a su nombre. Éste es un homenaje a una novela de principios del siglo XX, escrita por A. E. W. Mason, llamada *Las cuatro plumas*, una aventura épica en la que un joven soldado inglés, antibelicista, recibe de sus amigos y de su prometida, cuatro plumas blancas que lo tachan de cobarde por no querer ir a la guerra en Sudán. La novela trata de sus titánicos esfuerzos por devolver, una a una, esas plumas.

El soneto dedicado «A una nariz» es obra de Francisco de Quevedo y Villegas, de quien ya hemos hablado en capítulos anteriores y que muestra, una vez más, su absoluto dominio del lenguaje y su muy afilada pluma.

De la virtud de los sueños

Este capítulo es un muy personal homenaje a dos títulos fascinantes. El primero, de Ruyard Kipling, escritor inglés y Premio Nobel de Literatura 1907, es *El libro de las tierras vírgenes*, conocido más ampliamente como *El libro de la selva*. Una serie de relatos o cuentos que llevan como protagonista a Mowgli, un niño adoptado por una familia de lobos y amigo de osos y panteras. El mismo que tiene como feroz enemigo a Shere Khan, el fabuloso tigre que tal vez sale de los cuentos y aparece, por arte de magia, en la azotea de una casa de la ciudad de México.

El otro es *Lord Tyger*, de Phillip José Farmer, escritor estadounidense de ciencia ficción y creador de la fantástica saga de *El mundo del río*, una de las más insólitas aventuras de todos los tiempos. *Lord Tyger* es la fábula del mítico Tarzán, revisitada en un mundo fantástico donde nada es lo que parece y donde el peligro es una constante.

El libro de poesía de Luis Rius, donde se habla del tigre que caza palomas para dárselas a su amada pensando que eran flores, se llama *Cuestión de amor y otros poemas* y es bellísimo. También está como un preciado tesoro, dedicado, en la biblioteca.

De cómo uno también puede oír al mundo

Robin Hood es un libro escrito por ese señor, o señora, que tantas cosas buenas le ha dado al mundo; el famoso anónimo, autor de innumerables obras muy importantes y que han pasado a la historia. La historia de Robin y sus alegres bandidos, que vestidos de verde merodean por los bosques de Sherwood haciendo rabiar al alguacil de Nottingham, robando a los ricos para dar a los pobres, es un clásico de la literatura que ha dado pie a cientos de interpretaciones dentro del folclor popular y el cine. En el fondo, todos llevamos a un pequeño Robin Hood dentro de nuestro corazón, impaciente por hacer justicia.

En este capítulo también se menciona a *El Principito*, del cual ya

hablamos.

De cómo el universo se instaló en una sala

El único libro que se menciona en este capítulo es Palabra sobre palabra, texto fundamental del poeta asturiano Ángel González (1925-2008), quien recibió en 1995 el Premio Príncipe de Asturias de las Letras y un año después el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. Sus textos son de una brillantez extraordinaria. Uno de los grandes poetas de nuestro tiempo que hay que recordar para siempre.

Capitanes y grumetes

Julio Verne sigue presente en la vida de Sebastián, permanentemente. Mucho de lo aprendido sobre el mar, las leyes del mar, los nombres de los barcos y sus aditamentos, provienen de su lectura. Un capitán de quince años es tal vez una de sus obras más memorables. Y comparte la edad de Sebastián, por lo que es doblemente memorable. Barcos y naufragios en un libro que es un canto a la aventura y al paso inevitable de madurar, hacerse responsable.

Pero el verdadero homenaje en este capítulo es a una obra cumbre, mayor. Una obra que se ha leído y estudiado una y otra vez, y donde una y otra vez se encuentra en ella un universo escondido. Me refiero a *Moby Dick*, del escritor estadounidense Herman Melville (publicada en 1851), que cuenta la travesía del ballenero *Pequod* y de la búsqueda obsesiva, interminable, de una gran ballena blanca por parte del impulsivo y torvo capitán Ahab.

Ese capitán, que lleva una pata de palo, busca al demonio que lo ha dejado inválido. Todo su odio y su rencor se acumulan en la figura de esa ballena mítica y escurridiza que lleva decenas de arpones en el lomo como cruel testimonio de la cacería implacable a la que ha sido sometida, la *Moby Dick* del título. Una obra cargada de simbolismos y metáforas sobre el bien y el mal, que hay que leer tarde o temprano. Trata sobre una ballena que puede irrumpir cualquier noche en tu habitación, ocupando todo el espacio y

quitarte el sueño...

Arena y poesía

En el viaje por carretera rumbo a la playa, el tío Paco recita de memoria varios de sus poemas preferidos. El primero es de Nicolás Guillén, poeta cubano del siglo XX. Algunas de sus obras son *Motivos de son* (1930), *La rueda dentada* (1972) y *Por el mar de las Antillas anda un barco de papel* (1978). Con su forma de escribir clara y rítmica, Guillén ha sido uno de los preferidos de la juventud. Muchos de sus poemas se han musicalizado y convertido en canciones. Su particular aplauso a François Villon, del que ya se habla en el capítulo, es sin duda uno de los más emocionantes homenajes que un poeta puede hacer a otro poeta.

Paul Valéry (1871-1945) es un gran poeta francés destacado por considerársele como uno de los mejores representantes de la poesía pura, de fuerte contenido estético e intelectual; él mismo decía que «todo poema que no tenga la precisión de la prosa, no vale nada». Difícil tarea la que se impuso a sí mismo si pensamos que la poesía es de alguna manera el arte de, en pocas palabras, decir lo más posible; y si a eso le añadimos la precisión de la que habla Valéry, resulta un verdadero prodigio. Su libro más conocido y reconocido es *El cementerio marino*, publicado en 1920.

Jorge Luis Borges, argentino (1899-1986), es uno de los intelectuales más importantes del siglo XX. Ni más ni menos. De una erudición sobresaliente, sus textos, sin embargo, pueden leerse con absoluto placer y sin necesidad de consultar diccionarios o enciclopedias. Su obra es extensa y gloriosa y abarca la poesía, el cuento y el ensayo, principalmente.

Tal vez uno de sus libros más conocidos sea *El aleph*. Compuesto por diecisiete cuentos que van recorriendo temas como la inmortalidad, el pasado que vuelve a atormentarnos, un criminal nazi condenado al fusilamiento y, por supuesto, el misterioso y ya mítico cuento que da nombre al libro: «El aleph». He aquí una representación del aleph, que es la primera letra del alfabeto hebreo:



En el cuento, un personaje llamado Borges narra cómo encuentra un objeto en la antigua casa de su amada Beatriz Viterbo, en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires. Es una esfera que tiene de dos a tres centímetros de diámetro y está en un sótano. Ese curioso artefacto es el espejo y el centro de todas las cosas, en el cual todo confluye y se refleja. La cantidad de alusiones literarias y de vida es inmensa. Es una biblioteca completa. Bien podría ser el propio universo, como dice el narrador. El descenso al sótano es un referente a la Divina comedia, de Dante; es el descenso a los infiernos o la inmersión dentro de uno mismo. Tiene múltiples y variadas lecturas que lo han convertido en una de las obras más extraordinarias de todos los tiempos.

Cuando el tío Paco y Sebastián ven el mar, los acompaña un fragmento de poema del gran Pablo Neruda, Premio Nobel de Literatura 1971. Chileno, activista político y afamadísimo poeta, sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* son lectura obligada para entender a cabalidad cómo latía el corazón de ese viejo caballero. Murió el 23 de septiembre de 1973, tan sólo doce días después del brutal golpe de Estado en su país dado por Augusto Pinochet en contra del gobierno popular y legítimo de Salvador Allende, que resistió ese fatídico 11 de septiembre en el Palacio de la Moneda (la casa presidencial), incluso bombardeos de aviones. Dicen que Neruda murió de un cáncer de próstata, yo estoy seguro que murió de tristeza al ver cómo era arrasada su patria.

De cómo el amor aparece cuando menos te lo esperas

Los miserables, de Víctor Hugo (francés, 1802-1885), es un elemento clave en la historia de la novela del siglo XIX. Publicado originalmente por entregas, narra las vidas y las relaciones de varios personajes en un periodo de veinte años en los cuales, entre otras muchas cosas, suceden las guerras napoleónicas. Es casi un tratado sobre la naturaleza humana, sobre la historia

de Francia, la política, la ética, la religión, la justicia y la sociedad en general. Pero, sobre todo, retrata la conmovedora vida de ese curioso personaje llamado Jean Valjean en su camino a la redención. Un camino que nos lleva al epicentro de nuestra propia forma de ser y de actuar. Para entender mejor, en general, al mundo, habría que ponerse a leer a Víctor Hugo.

Por otro lado, la enorme sorpresa que se lleva Sebastián al descubrir que Sofía lee a Bertolt Brecht se debe a la importancia del personaje y lo poco que es leído hoy en día por los jóvenes. Brecht nació en Augsburg, Alemania, en 1898 y murió en Berlín en 1959. Es uno de los grandes maestros del teatro realista contemporáneo, también poeta, cuentista, director de teatro y actor. Pero, sobre todo, un hombre fiel a sí mismo. De una rectitud intachable y un sentido práctico en busca de la justicia para todos, consciente de que las decisiones humanas deben ser éticas y más que nada morales; se deben a él, entre otras memorables frases, este poema: «Hay hombres que luchan un día y son buenos, otros luchan un año y son mejores, hay quienes luchan muchos años y son muy buenos, pero están los que luchan toda la vida, y éstos son los imprescindibles». A su certera y envenenada pluma se deben entre otras, las obras: *Terror y miserias del tercer Reich*, *Madre coraje*, *La vida de Galileo Galilei* y *La ópera de los tres centavos*.

Los incondicionales de Baker Street, a los que hace mención Sebastián, son un nutrido grupo de niños y muchachos que se convierten en los ojos y los oídos de Sherlock Holmes en el tétrico Londres del siglo XIX. Holmes es uno de los favoritos de Sebastián. Salido de la pluma de Arthur Conan Doyle por primera vez en 1887, se trata de un detective cerebral, intuitivo, brillante, con enormes claroscuros que lo hacen más humano; su capacidad de deducción es asombrosa. Protagonizó cuatro novelas y 56 relatos.

La biblioteca se enorgullece de tener las obras completas donde Holmes, con su pipa en la boca, nos mira escrutadoramente, intentando encontrar algún rasgo que nos identifique como culpables.

Recomendamos: *Estudio en escarlata* (la primera de la serie), *El sabueso de los Baskerville* y *Las aventuras de Sherlock Holmes*. Pero lo mejor, lo mejor, es que las leas todas.

El libro de Mario Benedetti, novelista, poeta uruguayo y guía de más de una generación, se llama *Táctica y estrategia* y el fragmento de poema que

aquí se reproduce tiene el mismo título. Benedetti ha sido musicalizado por varios cantautores y su poesía va de lo cotidiano a lo imposible. Con alto contenido social, fue, sin duda, un poeta que ha marcado a muchos con sus versos.

La discusión que sostienen Sofía y Sebastián en el salón de clases sobre la evolución es un pequeño homenaje a Charles Darwin y su libro, que cambió para siempre la visión de quiénes somos y de dónde venimos, *El origen de las especies*, una demostración de cómo el hombre fue cambiando hasta convertirse en lo que hoy es. Un libro indispensable para comprendernos.

De dónde soy y a dónde pertenezco

Sebastián habla de lugares a los que pertenece y que sólo están allí porque son producto de la imaginación de varios escritores. Pero eso no quiere decir que no existan. Existen.

Mompracem es la mítica isla donde viven Sandokán y los Tigres de la Malasia. Ya hemos hablado de Salgari en capítulos anteriores.

Macondo es producto de la genial pluma del Premio Nobel de Literatura 1982, colombiano, Gabriel García Márquez en su novela *Cien años de soledad*. Se cuenta allí la saga de los Buendía en un universo donde todo puede suceder, incluyendo la realidad. García Márquez hace del realismo mágico una aventura que no puedes perderte.

Cuévano está en algún lugar de Guanajuato, México. Allí se desarrollan algunas de las intrigas, traiciones y cuartelazos que cuenta de manera impecable Jorge Ibarguengoitia para explicar a su singular manera las fórmulas del poder y cómo se accede a él. Se parece enorme y peligrosamente a cualquier lugar de nuestro país.

Comala es ese pueblo maldito donde vive Pedro Páramo, del libro homónimo de Juan Rulfo. Uno de los más grandes literatos mexicanos, que con esta obra, marca un parteaguas en la historia literaria de nuestro país.

No tengo que contarte dónde está *El país de las maravillas*. Lo conoces perfectamente. Está dentro de tu cabeza, a pesar de que la escribió Charles Dodgson, y fue editada en 1865. Desde entonces, millones de copias, en

todos los idiomas, ruedan por el mundo.

El viejo y el mar es una obra de Ernest Hemingway. Un cuento maravilloso sobre los sueños, la perseverancia y el desafío. No puedes perdértelo.

Nuncajamás es la isla donde viven los «niños perdidos» de Peter Pan. Ésos, que como yo, se niegan a crecer. Por lo menos dentro de nuestro corazón y nuestra mente. Seguimos viendo al mundo con los ojos del asombro que sólo un niño puede tener.

La República, de Platón, es la obra más conocida e influyente de ese pensador griego (428-347 antes de nuestra era). Estructurada en diez libros, se discute en ella la naturaleza de la justicia, la educación y, sobre todo, la filosofía y la mejor manera de organizar al Estado.

Por su parte, *La Utopía*, de Tomás Moro, es una obra publicada en 1516. En ella, Moro crea una comunidad ficticia con altos ideales filosóficos y políticos, muy diferentes de los de la Europa oscura y vengativa en la que le tocó vivir. Utopía es una comunidad única, una isla pacífica donde los bienes son comunes y las autoridades son elegidas por el voto popular. Un lugar ideal.

Ya hablamos de José Emilio Pacheco. Su poema «Alta traición» es, para Sebastián, un grito y una toma de postura frente a los nacionalismos tontos, pero también una de las más bellas declaraciones de amor a la patria, al país, a la nación.

De la forma de los otros

Este capítulo, entero, está dedicado a un solo libro: *Crónicas marcianas*, del escritor estadounidense Ray Bradbury. Publicada en 1950, hoy sigue siendo la delicia de todos los amantes de la fantasía y la ciencia ficción. Se trata de una serie de relatos que hablan acerca de la colonización de Marte por los terrícolas y cómo los marcianos se enfrentan a su extinción. Llenos de poesía y descripciones insólitas del llamado Planeta Rojo, Bradbury hace muchas reflexiones sobre la naturaleza del ser humano y es, sin duda, una ácida crítica hacia la sociedad estadounidense de mediados del siglo pasado. Pero,

sobre todo, constituye un ejercicio bellísimo, emocionante y conmovedor sobre el otro, el diferente. Otros títulos del autor que también están en la biblioteca son: Fahrenheit 451, la escalofriante historia de un mundo donde los libros están prohibidos. Y, por supuesto, su colección de relatos Las doradas manzanas del sol. Bradbury es jefe.

Cuando poco es mucho y mucho es poco

Ir a un concierto de rock con libros en la mochila les parece lo más natural del mundo a Sofía y Sebastián. Será que a nosotros también. El libro debe estar siempre en nuestras vidas y hay momentos en que uno puede aprovechar para leer. Trayectos en autobús, en metro, en la sala de espera del médico o el dentista, en el baño, o antes de que comience el concierto, ¿por qué no?

Dos obras muy significativas para los que hacen el paso entre infancia y adolescencia son *En el camino*, de Jack Kerouac (1922-1969), un libro de viaje alucinante que recorre en automóvil de costa a costa Estados Unidos y luego hasta México en la década de 1960, describiendo, contando, alucinando a cada kilómetro. Un hito para muchos jóvenes del mundo entero y el símbolo de la Generación Beat en Estados Unidos. Kerouac incorpora la literatura en esta aparente crónica de viaje, e inventa algunos pasajes para darle al texto mayor fluidez y tono. A Kerouac le gustaba decir que cuando estaba trabajando en una novela, cada párrafo era un poema dentro de un extendido texto que flotaba en el mar de la lengua inglesa. El libro debería estar, lo antes posible, en tu propia biblioteca.

Por otra parte, los *Escritos de un viejo indecente*, de Charles Bukowski (1920-1994), son el compendio de los textos periodísticos, salpicados de alcohol y desenfreno, que realizó el poeta y escritor estadounidense en el periódico *Open City* de Los Ángeles, entre 1967 y 1969. Crónicas ásperas sobre su tiempo y absolutamente críticas del modo de vida de Estados Unidos. La locura, las drogas, una enorme brillantez y un ácido sentido del humor convierten a esta obra en un reflejo de esa sociedad que está condenada a parecerse a sí misma.

En pleno campamento dentro de la sala de la casa, los muchachos cuentan historias de terror, de la mano de tres grandes del género: Horacio Quiroga, uruguayo (1878-1937), cuentista, dramaturgo y poeta, es considerado por muchos como el Edgar Allan Poe latinoamericano. Sus cuentos, que retratan en ocasiones a la naturaleza como enemiga del ser humano, se ubican dentro de la corriente del modernismo, un ejemplo de prosa realista, vívida, cercana al horror. Tal vez su cuento más famoso sea «El almohadón de plumas», pero no lo vamos a contar, tienes que leerlo. Tal vez tus noches, a partir de ese momento, cambien para siempre.

Howard Phillips Lovecraft, Providence, Estados Unidos, 1890-1937, fue, durante la década de 1920, el gran innovador del cuento de terror, al que dota de una mitología propia y bien estructurada e incorpora elementos muy novedosos para su tiempo, como razas alienígenas, viajes en el tiempo y existencia de otras dimensiones. Su obra *Los mitos de Cthulhu* ha creado toda una escuela. El cuento «El horror de Dunwich» es magnífico. Un escritor que te quitará el sueño, en más de un sentido. Hay que tenerlo a la mano para las noches de insomnio.

Edgar Allan Poe (1809-1849) es el cuentista y poeta estadounidense por antonomasia, uno de los grandes maestros universales del relato corto. Publicó, tan sólo tres años antes de su muerte, un poema que lo haría celebre mundialmente: «El cuervo». Se debe a su entrañable, fascinante, y en ocasiones aterrador pluma, obras maestras como: «La caída de la casa de Usher», «El pozo y el péndulo» y por supuesto «La máscara de la muerte roja». Si el género existe, en parte es gracias a su brillante inteligencia.

Esperando a los bárbaros

Este corto capítulo está inspirado en su totalidad en el poema «Esperando a los bárbaros», de Constantino Cavafis (1863-1933). El gran renovador de la poesía griega. Puedes encontrar el texto completo en su Poesía reunida.

De cómo uno va cambiando

¿Puede haber el bien y el mal dentro de una persona?

La respuesta es sí, sin duda. Este pensamiento lo hemos tenido todos de alguna u otra manera, pero el que se atrevió a escribirlo, en forma de novela, fue el ya citado Robert Louis Stevenson (*La isla del tesoro*) con una obra inquietante y sombría donde se demuestra, desde la ficción, que la dicotomía bien mal puede existir de una manera singular. *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* es una hazaña literaria en sí misma. Escrita en un par de tormentosas noches, Stevenson quemó el primer manuscrito, y volvió a escribirla. No es necesario contar el argumento. El bien vive dentro del apocado y pacífico Dr. Jekyll y, por las noches, el mal sale a pasear en su mismo cuerpo, transformado en el insondable Mr. Hyde, capaz de los peores excesos. Stevenson plasma la hipocresía de la sociedad victoriana con una alegoría aplastante acerca de la aparente virtud y de la doble moral.

Otra oscura novela que se menciona en este capítulo es *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad. Kurtz, al que se alude directamente, es ese hombre que decidió en plena selva congoleña en el siglo XIX, según Conrad, convertirse en un dios. Un libro que se lee de un tirón y que habla del racismo, el imperialismo y por supuesto, la locura. Narra un apocalíptico y extraño viaje a través de un enorme río en busca de esa figura escurridiza y mítica que es Kurtz. Una de las grandes novelas del siglo XX.

Rodar y rodar

El único autor que se menciona en este capítulo es Oliverio Girondo (1891-1967), poeta argentino. De una energía singular y avasalladora, es uno de los grandes. En la biblioteca está, brillante, su texto *Veinte poemas para leer en el tranvía*.

De cómo los viajes ilustran

Ética para Amador es el libro de Fernando Savater (filósofo, ensayista y novelista español) del cual se habla en este capítulo. Merece ser leído con

detenimiento para entender un poco mejor la manera de comportarnos con el mundo y con nosotros mismos.

Uno de los títulos más recientes en la biblioteca de Sebastián es *Ojos de lagarto*, de Bernardo Fernández BEF, una de las más inteligentes, singulares, trepidantes e ingeniosas novelas de aventuras hechas en nuestro país. BEF cuenta de manera apasionada un Mexicali, en la frontera con Estados Unidos a principio de la década de 1920, donde aparentemente no pasa nada. Pero en el subsuelo, en los sótanos de la ciudad, se incubaba un misterio único, indescriptible que te hará soñar durante largos días. Contar el argumento sería destriparlo. Te doy mi palabra de lector que no serás defraudado. ¡Créeme!

El diablillo que sale de la bolsa de Satán fue prestado por el gran maestro de la ciencia ficción Isaac Asimov (1920-1992). Azazel es el nombre de ese personaje con cuernos y de no más de siete centímetros de alto, que hace de las suyas en ese volumen de cuentos divertidísimo que lleva su nombre. Implacable y ácido. Indispensable.

De letras, números y sorpresas

En este capítulo hay dos libros de Hans Magnus Enzensberger. Sebastián es el encargado de comentarlos. No hay mucho más que decir, excepto, tal vez, que el estilo y fluidez de la escritura de Enzensberger es magistral y de una sencillez demoledora. Escribir fácil es lo más difícil del mundo.

De cómo funciona eso que se llama voluntad

Un breve pero intenso homenaje a Antonio Machado, Federico García Lorca, Luis Cernuda y Miguel Hernández, todos ellos poetas españoles, y con excepción de Machado, pertenecientes a la brillante Generación del 27. Sonoros todos, espectaculares todos, imprescindibles todos. En la biblioteca hay muchos de sus libros. Pero sobre todo, hay antologías que los reúnen y en los que puedes disfrutarlos juntos.

Comenzar una biblioteca propia consiste en tener el primer libro, luego,

como una cascada, irán sucediéndose las páginas y los autores. Todo es cuestión de empezar. A lo mejor, éste, el que tienes en las manos, es tu primer libro para arrancar un camino apasionante por la vida. Una extraordinaria aventura.



BENITO TAIBO (México, 1960) es un escritor furtivo, chef profesional de la improvisación, gourmet que disfruta lo mismo birria o langosta, y un devorador de libros. Divertido, apasionado, irreverente, entregado y obsesivo, su producción literaria inició como poeta joven, autor de *Siete primeros poemas* (1976), *Vivos y suicidas* (1978), *Recetas para el desastre* (1987) y *De la función social de las gitanas* (2002). Ha acumulado una experiencia vital particular tras recorrer los caminos del periodismo cultural, el cuento, la publicidad, el guionismo, la producción de televisión y la promoción de la lectura.

Desde 2006 es Coordinador Nacional de Difusión del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). *Polvo* es su primera novela.